

EL TESORO DE MI MADRE

A painting of a woman with short brown hair, wearing sunglasses and a blue and white patterned short-sleeved shirt. She is looking slightly to her right with a gentle smile. She is surrounded by laundry hanging on a red line: a blue shirt, a green patterned cloth, and a colorful patterned cloth. The background is a vibrant, abstract mix of warm colors like orange, yellow, and brown, suggesting a sunlit outdoor setting. The overall style is expressive and painterly.

Wilfrido Zúñiga

EL TESORO DE MI MADRE

EL TESORO DE MI MADRE

Wilfrido Zúñiga

C863.7

Z95

Zúñiga, Wilfrido

El Tesoro de mi Madre / Wilfrido Zúñiga

Quibdó : Editorial Uniclaretiana, 2023

XX páginas, _X_ cm

ISBN impreso : XXX

ISBN digital : XXX

Literatura colombiana – Novela. – 2. Maternidad. – 3. Separación. – 4. Duelo.
– 5. Migración. – 7. Consciencia. – 8. Infancia. – 9. Matrimonio.

Uniclaretiana-CO / Spa / AACR2

SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Wilfrido Zúñiga

© Editorial Uniclaretiana

Vigilada Mineducación

El tesoro de mi madre

ISBN: 978-958-52151-3-9

Regente: Luis Armando Valencia Valencia, CMF.

Rector: Albeiro Ospina Ospina, CMF.

Vicerrector Académico: Geiner Alexander Montero Bermúdez

Coordinador de Editorial Uniclaretiana: Efraín Arturo Ferrer de la Torre

Dirección: Calle 20 N.º 5-66 / Barrio La Yesquita

Servicio de publicaciones

Editorial Uniclaretiana, 2023

Correo electrónico: editorial@uniclaretiana.edu.co

<https://www.uniclaretiana.edu.co/>

Quibdó (4) 672 60 33 - CAT Medellín (4) 6045780

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse por ningún sistema de recuperación, de información en ninguna forma ni por cualquier otro medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación sin permiso previo por escrito del autor.

Impreso en Editores Publicidad

Medellín 2023

Cuanto más te gusta la idea de lo que vas a escribir, más miedo te da no estar a la altura de tu musa.

Rosa Montero

La tarea de una madre no consiste solo en engendrar un niño, sino en producir un campo de posibilidades en el cual el niño puede convertirse en una persona distinta de ella misma.

David Cooper

No debéis machacar y destruir lo que os resulte un obstáculo en el camino, sino esquivarlo y dejarlo estar. Y cuando lo hayáis esquivado y dejado estar, dejará de existir por sí mismo, porque no encontrará ya alimento.

Georg Kuhlmann

EL TESORO DE MI MADRE

Para mis padres, hermanos, Carlina, Isabel y Tomás Elías,
seres que me enseñaron que el amor es eterno
y que la vida es ahora, porque eso somos...

1

La casa estaba oscura. Los pies sostenían el cuerpo del niño que escondía un trompo de madera en una montañita de arena que había construido en el corazón de la sala. Una pareja conversaba estando a su lado de pie. El niño no entendía el lenguaje. Un carro amarillo estacionó en frente de la casa de bahareque, de ventana verde, techo de palma africana y paredes blancas. Unos segundos después, el hombre sembró los labios sobre la cabeza del niño y se despidió de la mujer confiando en que volvería. Este gesto amoroso acompañaría al niño toda la vida. Con la inocencia de la infancia desbarató la montañita de arena para sacar el trompo y estar atento a lo que el hombre le decía a la mujer.

- Mujer..., no llores que me vas a hacer llorar... Volveré muy pronto.
- ¡No sé!... Siento que no te voy a volver a ver.
- ¡No digas eso!... Si fuera así... Lo más lindo que me ha sucedido ha sido vivir contigo alegrías y tristezas.
- ¡No sé!... pero algo en mi corazón me dice que no volverás vivo, ...
- Si así fuera, prométeme una cosa... Mujer...
- ¡Lo que quieras!
- Prométeme que no vivirás con otro hombre.
- ¡Eso jamás!... Te puedes ir tranquilo de este mundo, si así fuere. Le respondió. ¡Primero muerta!, ¡contigo hasta el final! Jamás dudes de mí, nunca viviría con un hombre que no

seas tú. Pero no hablemos de muerte... Más bien, confiemos en Dios, que saldrás de esta situación.

Con un beso y un abrazo sellaron el pacto de amor en medio de lágrimas. El hombre subió al carro conducido por un hombre que ignoraba que ese sería definitivamente la despedida de dos amantes que un día se prometieron amor eterno.

Después del abrazo entre los amantes, el niño salió a la calle a decirle adiós con su diminuta mano derecha a aquel hombre que no les quitó la mirada a ambos, en ella expresaba el último gesto de despedida. Sí. ¿Quién lo creyera?

Esto lo sintió la mujer. Únicamente quien ama de verdad puede adelantarse a ese último instante que siempre recordará por el resto de la vida.

El hombre subió al carro para regresar muerto. Había viajado a Cartagena para que le hicieran una operación; le iban a extraer el pulmón derecho, lo tenía afectado de tanto fumar cigarrillo sin filtro. El niño, desde entonces, aprendió a detestar el cigarrillo.

Ella fue seguramente la que más sufrió porque no pudo viajar con él, ni estar allí cuando llegó la muerte, debido a que en el hospital aceptaban únicamente un acompañante. Ese puesto lo ocupó el primer hijo que el hombre había tenido con su primera mujer. Varios años después, el adulto que fue testigo siendo niño piensa que el hombre que se despidió esa mañana estaba seguro de que no regresaría vivo de la ciudad de Cartagena. El viaje que emprendió en búsqueda de la salud terminó con su regreso en un ataúd. El fin de la travesía que a veces iniciamos lo finaliza la muerte caprichosa con su presencia silenciosa.

Aquel lunes, padre e hijo fueron a Cartagena, para que los médicos extrajeran su pulmón derecho. Había vivido durante varios meses con un solo pulmón. Pese a que, los médicos que le intervinieron

determinaron, después de rigurosos exámenes, que también tenía afectado el izquierdo. Sin pulmones, era imposible vivir.

Estando en el quirófano, no tuvo las fuerzas necesarias para soportar semejante intervención quirúrgica. Cuentan los médicos que el hombre dejó de respirar a eso de las tres y cuarenta y cinco de la tarde de aquel trágico jueves de octubre.

El acompañante llamó a la mujer de su padre a comunicarle la trágica noticia. A pesar de que, para ella ya su amado físicamente había muerto mucho antes de que se lo notificasen. El desplome interior para ella fue rotundo. La tragedia oscureció la vida de la mujer y de cuatro niños inocentes, ahora huérfanos. La ausencia de un padre amoroso es invaluable. Juntos, la mujer y los cuatro niños lloraron inconsolablemente. La muerte de un padre o de una madre convierte el tiempo en dolor absoluto. Poco a poco, los vecinos que se enteraron del suceso fueron llegando para manifestar ese tipo de solidaridad que silenciosamente genera la muerte.

De niño se ignora la magnitud de lo que está sucediendo, sobre todo si es una situación en que la muerte es protagonista. Luego lo entiende, lo hace consciente, pero ya es demasiado tarde.

Ese jueves, 23 de octubre de 1980, quedó registrado en lo más profundo del niño. Desde ese día no dejó de sentir la ausencia de su padre. Es como ese Dios que a veces da la sensación de que existe, pero otras, es todo lo contrario. El padre dejó a una mujer y a cuatro hijos solos en este mundo.

El sepelio fue el día siguiente de su deceso. En sus siete años de vida, el niño no había visto un sepelio tan concurrido en el pueblo. Hubo mucha gente, gente del sector público y privado; asistieron políticos, empresarios, estudiantes y profesores de todos los colegios, vecinos, amigos, clientes y

compadres del difunto, todos, con el único propósito de darle una digna despedida y sepultura.

La mujer y los cuatro huérfanos asistieron desconsolados a la iglesia. La mujer se desmayó en el cementerio cuando justo estaban colocando los últimos ladrillos en la entrada de la tumba donde reposaría el cuerpo del amado. La bóveda sostiene los recuerdos de quienes un día nos acompañaron. El pasillo de aquel lugar quedó vacío, dándole paso ahora a la mujer desmayada y cargada en los brazos fuertes de unos hombres. Los cuatro hijos ahora estaban más angustiados, y no era para menos: además del padre muerto, ahora tenían a una madre desmayada y temían lo peor. La angustia acampó en sus cuerpos. Afortunadamente, después de tomar un poco de aire, la mujer volvió a respirar. En adelante, sacaría fuerzas del recuerdo del hombre que la amó y de los hijos que debería educar.

2

Somos símbolos. El niño, ahora adulto, es quien escribe para quitarle protagonismo a la muerte. El trompo de madera era el regalo más significativo que había recibido de mi padre. Un trompo que se engalanaba cada día para la fiesta en la tierra. Un juguete que conservé después de mucho tiempo. Uno, muy querido, y fabricado por don José, el carpintero del barrio.

El juguete merecía un ritual: cada noche, antes de acostarme, preparaba esa versión infantil de altar instalado en un rincón de la única habitación que había en casa, y allí dejaba mi trompo sin quitarle la mirada hasta que el sueño me vencía. Era un gesto silencioso que me permitía guardar su recuerdo. En ese espacio sagrado, un pedazo limpio de tela vieja recibía la materia contenida en el trompo de madera dispuesta a descansar. Mas no era simplemente el juguete en sí, más bien era la memoria, la conexión, el espíritu, el presente, el recuerdo, el instante, el afecto profundo que despierta un juguete regalado por un padre que ama intensamente a su hijo. Aunque viejo, el pedazo de tela añosa parecía saber lo que recibía cada noche. Era un encuentro único. A su lado, descansaba el vestido del juguete preferido: una cuerda blanca de casi dos metros de largo, dispuesta a acompañar aquel trozo de madera, se había convertido en su propia alma. Tras preparar el altar, yo terminaba con la oración de agradecimiento. Vivir en gratitud es la forma más sensible y sublime de orar. Daba gracias al trompo de madera por haberme permitido jugar con todos mis amigos del

barrio. Le daba las gracias también, por consentir disfrutar de la vida mediante el juego.

En vacaciones, todos los niños del barrio nos reuníamos cada día, conscientemente, en nuestra querencia. Compartíamos instantes alegres y tristes; sobre todo lo primero, cuando no era el trompo propio el que había sufrido en el altar de sacrificio. Sí, todos los niños invitados a jugar sabíamos que el trompo que no bailara sería llevado a tal altar. El sacrificio derivaba en derramamiento constante de lágrimas por niños que no soportaban los ultrajes provistos a su trompo de madera, a consecuencia de no haber bailado en su debido tiempo, quizás por algunas circunstancias adversas, presentadas en momentos menos esperados cuando todos los niños deseaban que todo saliera bien en el juego.

Por ejemplo, el trompo de los otros niños sostenido con un cordel desde la punta del clavo hasta la cabeza, se balanceaba y se lanzaba fuertemente por turnos, para que la punta del clavo destrozara el trompo víctima de los múltiples ultrajes. Poco a poco, el trompo lo iban destrozando. A veces en cierto tiempo nos convertimos en juguetes ultrajados por otros. Vi muchas veces a niños llorar; probablemente les pudo fallar el arte de vestir con la cuerda blanca el cuerpo del inerte juguete, pero también era posible que la cuerda se hubiera enredado en el momento menos indicado, o que su dueño, cegado por un exceso de confianza, se creyera experto en el arte de hacerlo bailar.

Nunca pensé que me sucedería lo que experimenté en la infancia tan mía. La tragedia jamás está distante y se instala cuando uno menos lo espera. Durante mis primeros años, siempre evité vestirme... no me gustaba. Mi cuerpo llevaba escasamente un calzoncillo. Una pieza diseñada para cubrir la parte íntima de mi cuerpo.

Armando Delgado Escarpeta era un vecino, robusto, de un metro con noventa de estatura; con unos brazos enérgicos; con una contextura física intimidante. A este vecino siempre le tuve miedo; tenerlo al frente era como si estuviera viendo al mismísimo diablo en carne y hueso y con los ojos rojos encendidos.

Esa vez estábamos jugando y esperó a que yo me descuidara, concentrado en mi turno en el juego, llegó don Armando por la espalda y, me sujetó muy fuerte; no era la primera vez que lo hacía, esa escena se repetía constantemente. En ese momento mi trompo de madera no bailó. Fue indescriptible el miedo al que estaba sometido mi cuerpo. Don Armando Delgado Escarpeta siempre me dejaba desnudo siendo apenas un niño. Ese niño quedaba humillado frente a las demás personas y frente a esos niños que sin previa invitación habían asistido a ese espectáculo. Lo más doloroso para mí no era simplemente la humillación de hallarme desnudo, sino que yo también oía y presenciaba las profusas risas de todos los invitados a la obra de teatro, que, sin tener conciencia, estaba protagonizando en ese momento. La risa sarcástica de todos los asistentes aprobaba lo que el señor Delgado me causaba.

A ese señor no le bastaba con dejarme desnudo; para cerrar el espectáculo lanzaba mi calzoncillo a la cima del techo de la casa. La vida es una constante búsqueda de refugio; una búsqueda de confianza, ya sea en uno mismo o en otro; pero es preferible encontrarse en uno mismo, porque es la única forma de garantizar que no nos traicionen. Quedé desnudo, expuesto ante todo el mundo. En ese instante mi trompo de madera no bailó, porque yo, que lo hacía bailar en llanto, me desplomé. Después de tantos ires y venires varios amiguitos me dijeron que mi juguete de madera pudo resistir a los múltiples ultrajes sometidos.

— ¡Tu trompo de madera es muy fuerte! —me dijo uno de ellos al oído.

— ¡Tu trompo de madera tiene arreglo! —dijo— otro para consolarme. Estos comentarios sinceros me llevaron a comprobar que mi apreciado trompo de madera podía reponerse. Aquella tarde, mi juguete ultrajado por los clavos de los trompos de todos los niños que participaban en el juego, me enseñó que se puede resarcir la vida de víctima cuando descubrimos nuestros talentos.

El instante en que no pudo bailar mi trompo de madera, —mi juguete preferido que me regaló mi padre—, está asociado a la ausencia de no haber tenido a nadie para que me defendiera de ese adulto que me estaba poniendo en ridículo y burlándose a costa de un niño indefenso y huérfano. Cuando nos conectamos con nuestros propios recuerdos dolorosos de la infancia, se generan alternativas posteriores y alcanzables para resarcir el sentimiento de víctima; si no lo hacemos, estaremos condenados a vagabundear por la existencia y nos pasaremos transmitiendo el dolor a nuestros hijos. Un buen padre jamás permite este tipo de ultrajes hacia su hijo. —pensaba posteriormente. La conciencia de la tragedia nos ayuda a entender que el dolor es efímero, pero se podría convertir en reiterativo cuando nos quedamos representando el papel de víctima. En la vida debemos tener el coraje de reclamar el derecho de existir. Éramos huérfanos de padre, con todo, nunca lo fuimos de madre.

3

El cuerpo es la forma que cubre lo informe. Lo informe es el Ser y el objetivo profundo de la muerte es destruir la forma. Por esta experiencia expreso que mi padre es Julio Antonio. El primer nombre, de emperador romano; destinado a gobernar; el segundo nombre consagrado a trabajar. Recibió el arte de jugar con el hierro en herencia. Trabajar es jugar, disfrutar y crear. Su padre, Blas Alberto, mi abuelo que no conocí, le despertó la creatividad para trabajar el hierro en la fragua. Un día tiene veinticuatro horas, más para mi padre, quizás constaba de otras más. No heredó únicamente el trabajo, sino también clientes. Clientes de la alta sociedad del pueblo. Clientes que confiaron ciegamente en mi padre y en el trabajo que realizaba a diario.

Mi padre se fue consolidando, no solo por el trabajo, sino por la sinceridad y puntualidad de la entrega. Si decía que a tal hora tenía la ventana terminada, pues a esa hora la estaba entregando. Nunca una hora o un minuto después.

A veces prefería la sinceridad de decir que no podía hacer un trabajo, que ser irresponsable con un cliente. Eso sí, trabajaba tanto, que no le quedaba tiempo ni para sus labores de procreación, hasta que decidió casarse. Con su primera mujer emprendió la aventura de engendrar hijos como el anciano Príamo en la espaciosa Troya. Engendró doce. Doce las tribus de Israel. Doce los apóstoles del Nazareno. Doce los meses del año. Así como los hijos fueron naciendo, se le fue alimentando la esperanza de que naciera un

hijo samaritano. Un hijo capaz de sustituirlo, cuando ya no pudiera trabajar más.

Pues, nacieron doce hijos, pero ninguno heredó el arte del hierro. El sentimiento de frustración para mi padre tuvo que haber sido intenso. La primera esposa ansiosa le esperaba cada tarde cuando venía de la fragua. Le entregaba a su primogénito. Pensaba en sus adentros: “¡este es mi heredero!, ¡este es mi Cirineo!, ¡este es mi samaritano! Lo alzaba con sus poderosos brazos. Los hijos fueron naciendo. Al primero le pusieron Julio, para ver si al asignarle ese nombre heredaba el arte perpetuado en la familia. Este primer intento fue fallido. Nació el segundo hijo, al que le pusieron Antonio; segundo intento fallido. Se animó a engendrar el tercero, y le sucedió lo mismo que con los dos primeros. No bastándole esto o quizás esperanzado en que naciera el que iba a prolongar su laborioso arte del hierro, nunca nació. En esto mi padre fue religioso: aplicó en su vida la superstición del número doce. A pesar de que los años le fueron deteriorando físicamente, albergaba la esperanza que naciera ese hijo capaz de ayudarlo a sostener un hogar que se iba multiplicando como las estrellas del cielo, pero sin el cumplimiento del deseo anhelado. Ese hijo nunca nació.

Se pregona constantemente que la esperanza es lo último que se pierde; esto es verdad, sobre todo en hogares humildes que esperan la realización de muchos sueños que pueden tornarse en pesadillas, pero se camina en pos de ellos, no importa si es contra corriente. Los sueños son los instantes efímeros que la muerte utiliza para engañarnos con la ilusión de que nos encontramos vivos.

Mi padre dejó a la primera mujer, para comprometerse con mi madre, eso sí, nunca dejó la responsabilidad con sus primeros hijos. Nosotros fuimos cuatro. Yo soy el último. Pero, ya que hemos hablado de estas dos responsabilidades de mi padre,

déjame contarte un sueño que él mismo me contó: que en el taller se le presentó un niño, quien, viéndolo trabajar tan magistralmente el hierro, le preguntó:

- Señor, ¿qué hace?
- Calentando el hierro.
- ¡No le da miedo!
- No.
- ¿Para qué calienta el hierro?
- Para sacar figuras y letras.
- ¿De quién aprendió a trabajar?
- De mi papá.
- ¿Cómo se le llama a su trabajo?
- Herrero—. Es un arte.
- ¿En qué consiste ese arte?
- En calentar el hierro para hacer rejas, campanas, piezas decorativas y utensilios de cocina.
- ¡Aaaaaah!
- ¿No tiene hijo que le ayude?
- El silencio fue eterno.

Después de este sueño narrado nos fuimos a dormir. Al día siguiente, con un tinto en el estómago y un cigarrillo en la mano, se armó con las herramientas necesarias para ir a la fragua. Antes de darle un beso de despedida a mi madre, cogió el papel donde estaba la figura de la ventana y de la puerta que tallaría en el transcurso del día. Y sacó la bicicleta del patio de la casa.

Los vecinos le saludaban: ¡Buenos días, Juliaoooo! Con una extensión de la “o” de atención, de admiración y de aprobación, porque estaba pasando un hombre responsable. Lo que un hijo ve hacer a su padre tarde o temprano, algún hijo también lo repite. En virtud puede que sea posible, pero en el arte a veces es inconcebible. El padre debe dejar que el hijo viva la propia vida. A veces, por las tardes, me iba con él a la fragua, a ayudarlo a calentar el hierro, y veía cómo corría el sudor en todo su cuerpo, me deleitaba viendo el fuego que salía por un diminuto

orificio; el fuego era una mezcla de azul, amarillo y rojo y una disputaba con el humo negro. Varios minutos después veía a mi padre concentrado en la figura de la ventana o de la puerta dibujada en la hoja de papel y constataba que todo saliera como lo esperaba y entre tanto lo iba plasmando en el hierro encendido. Repetía, repetía y repetía esto todos los días. ¡Qué disciplina! La disciplina es la madre de todos los artistas.

4

La libertad es un delirio, una de las más grandes ilusiones creadas para sostener el deseo de revolución colectiva; uno de los conceptos más complejos que hemos usado para defender ideas a lo largo de los siglos, con el pretexto de salvaguardar la vida. Hemos creado proyectos en nombre de la libertad, pero al evaluarlos casi nadie reconoce equivocación alguna. Hemos hablado de libertad en muchos contextos, no podía quedarme atrás y recuerdo que, una noche le pregunté a mi padre, ¿qué es la libertad?, me respondió, “cuando la tomamos al pie de la letra, eso implica que alguien nos la debe conceder y esa sí que es nuestra mayor condena. Las múltiples revoluciones perpetuadas en la historia han sido en nombre del bien, aun cuando en el fondo han sido en el nombre del mal”. Y como estábamos en la sesión de preguntas, entonces aproveché y le dije: ¿Por qué existe el mal en el mundo?, guardó silencio por unos minutos. Después me dijo: el hombre considera que el problema está en tener o no fe en Dios. La vida no depende si creemos o no en Dios. Esto es irrelevante.

Al escucharle esto, sentí que estaba frente a un hombre que experimentaba a Dios desde otra perspectiva de la vida. Entonces, sin todavía haber respondido la primera cuestión, como todo niño, le seguí preguntando:

- Papi, ¿para ti quién es Dios?
- Dios no es un concepto, sino una experiencia necesaria en la vida; erramos cuando pensamos que nos pertenece porque lo nombramos. Dios es como la luz, me dijo y señaló el único

bombillo que teníamos en casa, y señalándolo me dijo: ¡párese, vaya hasta el interruptor, y apáguelo!

- Entonces quedamos por un corto momento en absoluto silencio. En medio de la oscuridad, ya no era yo quien preguntaba. Me dijo: ¿qué sientes?
- Tranquilidad— respondí.
- ¿Y por qué?
- Porque en medio de la oscuridad no me siento solo. ¡Te siento a ti, papito!, respondí efusivamente.
- Pues así es la vida. Cuando nos sentimos solos, entonces, le tememos a la oscuridad. Te das cuenta, que el mal es la soledad en medio de la oscuridad. Entonces, siguió diciendo: Cuando era niño, mis padres con sus vidas me enseñaron una conexión armoniosa entre palabra y acción, y me protegieron de las diferentes doctrinas religiosas, porque vieron que estas lo que enseñan es el miedo a Dios. A esto, le añadieron la teoría del pecado original, entonces según las religiones todos estamos en deuda con Él. Mirándome a los ojos me repitió que, Dios no era un concepto. Dios es una forma de vida.

Sentía que estaba frente a un hombre dueño de una fe muy profunda, y no frente a un erudito sobre el tema de Dios. Mi padre fue un hombre que pensaba y que sentía muy diferente la experiencia de lo divino.

- Papi, ¿por qué dices eso?, pregunté.
- Porque, Dios es más que esos discursos inventados para esclavizar. Lo importante es preguntarnos si somos buenas personas.
- Guardé silencio.
- Es nocivo creer en Dios por tradición. Porque esto origina una falsa creencia. Una creencia

impuesta por los padres sin entenderla es peligrosa. Conocer a Dios es un sueño frustrado; a pesar de que, es como una esponja que absorbe todo lo existente. No le pertenece a nadie. Ni a ninguna forma religiosa.

A la altura de este relato había empezado por recordar la perspectiva que mi padre tenía de libertad y había caído en la cuenta de que no estaba lejano de la relación que siempre se le ha planteado con la fe, pues, me encontraba cuestionando mis creencias y comparándolas con las de mi padre. Este ejercicio comparativo me dio bases para entender que mi padre se había esmerado cada día en ser una buena persona. Entre tanto, es fundamental preguntarnos: dime cómo vives y te diré si transmite lo divino a través de tu comportamiento. Ignoramos que nuestra labor es convertirnos en ese orificio por donde transita la luz divina del Universo.

- Hijo, la vida es sagrada, y no conocer el origen no nos debería dividir; por el contrario, es mejor entender que toda vida es un relato, esto me lo repetía tu abuelo. Y si la vida es sagrada, entonces también debe ser la palabra. Ella es una narración, no importa la forma de contarla, si es oral o es escrita, lo relevante es que la palabra que utilices no sea para engañar. En esto estriba la diferencia entre el creativo y el mediocre. ¡Cuidado en el uso de la palabra! Esto es lo más importante: que la vida y la palabra estén en armonía con tu obra; si esto no es posible, corremos el peligro de destruir el mundo y este tipo de gente es la que abunda. Siendo niño, cuando acompañaba a tu abuelo en la fragua, veía que su obrar estaba en sintonía con la palabra.
- ¿Y nunca cometió un error?
- Claro que sí. Lo que nos muestra un error es que no somos superiores y mucho menos, mejores

que los demás; un error es la posibilidad de no creernos más importantes que los otros. Claro que tu abuelo también se equivocó, pero no por eso dejó de vivir en armonía con la palabra sagrada, que lo es todo. Es necesario aprovechar cuando nos equivocamos, para entender que no somos tan importantes como solemos pensar. Eso sí, tu abuelo, se cuidó de no usar la palabra para engañar. Esto lo entenderás cuando hayas vivido lo suficiente. Me dijo, es hora de irnos a dormir; mañana será otra oportunidad para nacer de nuevo.

— Pero ¿ya nacimos?

Me contestó que en la noche morimos, pero aquella vez no entendí sus palabras.

5

Era abril. En una de esas noches en que nos sentábamos en el patio y la luna nos iluminaba, después de una jornada laboriosa esperaba a mi padre con mucha alegría. Olía a carbón y a hierro quemado, pero no me importaba; su cuerpo venía impregnado de suciedad corporal, pero de limpieza espiritual. No importaba cuánto había que esperarlo. Me acariciaba tiernamente el rostro y la cabeza; contemplaba la marca que tenía en su pecho, parecida a un pozo, resultado de la fuerza que ejercía sobre el hierro encendido para extraer la obra maestra. Allí introducía yo mis diminutas manos mientras él conversaba. Mi madre me decía: ¡Bájese de las piernas de su papá! ¿No se da cuenta de que viene del trabajo y está cansado? Él no decía nada. Simplemente nos mirábamos. El silencio nos convertía en cómplices. Compartíamos una sonrisa pícara; esa era la aprobación para seguir así, juntos.

No quiero dejar solo a mi papito, le respondía a mi madre.

Ella no estaba a veces a gusto con mi acto. Quizás nunca entendió que yo intentaba recuperar en las noches la ausencia diurna de mi padre a través de conversaciones sobre temas espirituales. Como cualquier niño, necesitaba que un adulto me aclarara mis dudas con un lenguaje sencillo. Y, ¿quién sino él? Mi padre era la persona idónea. El día anterior le había preguntado por la fe en Dios, pues, ahora había llegado el momento de indagar sobre la perspectiva que tenía acerca de Jesús de Nazaret. Le pregunté: — ¿Jesús es hijo de Dios?

- Esta es una idea que defienden los creyentes.
- ¿Quién fue Jesús?
- Jesús fue un hombre de fe. A ese judío lo presentaron sus seguidores como hijo de Dios, después de su muerte. Muerte que entendieron, en principio, como un acontecimiento que les despertó el amor por la vida.
- ¿Qué es el amor?
- La experiencia existencial de que, en el marco de la desgracia, la muerte no tiene la última palabra. Esta idea es muy antigua. Esta idea la resucitó el cristianismo.
- ¿Jesús, resucitó?
- Verdaderamente, quien ama nunca muere.
- ¿Murió?
- Sí. No obstante, resucita en quien vive a la manera como vivió Él. Esta es una gran paradoja.
- ¿Qué son los evangelios?
- Los evangelios son relatos colectivos que esconden antiguas verdades, en los que se cambian nombres para que descubramos lo que hay detrás de las variadas narraciones. La labor de todo lector consiste en meditar el mensaje que se le revela exclusivamente a él. La historia se hace y se deshace a cada instante. ¿Qué pasó ayer? A veces ni nos acordamos de lo que hicimos, y dentro de más días mucho menos. Por eso Jesús de Nazaret nos invitaba a vivir plenamente el hoy. ¿Para qué preocuparnos por el mañana? El mañana es una ilusión. Pensar en el mañana es la manera que ha inventado el hombre para huir de la angustia. El ayer, una manera para entender que debemos estar más concentrados en nosotros mismos para no repetir actos destructivos. El presente es una historia para escribir. Por tal motivo, Jesús de Nazaret es el hombre que no pertenece a ninguna forma religiosa. Fue el hombre que

enseñó que en la experiencia del amor podemos construir y vivir en un mundo sin fronteras. Cuando se experimenta el amor no hacen falta las leyes. Las leyes son un invento de los hombres. Jesús de Nazaret, fue el hombre que nos vino a enseñar con su vida que, en el marco de la desgracia, de la destrucción, de la traición, y del sin sentido, podemos vivir confiados en esa interacción superior con la que saldremos librados y transformados de la angustia, esa interacción él la llamó: Dios, su padre. Jesús de Nazaret fue el hombre traicionado. Traicionado a causa de que su enseñanza es para el hoy, pero muchos la han aplazado para el mañana. Vivir a la manera de Él es lo que más detesta el mundo. El mundo detesta la verdad.

Entonces recordé que en el catecismo la monja nos había leído el pasaje del Evangelio de Mateo, en el capítulo 18, versículo 5, que habla de la importancia del ser niño para entrar en el Reino de Dios. Aproveché para seguir la conversación, y le pregunté:

- ¿Quién es el más importante en el Reino de los cielos?
- Se dice que Jesús, tomó a un niño y lo puso en medio de los adultos, aun cuando no sé qué quiso dar a entender. Quien no se hace como niño no experimentará en la vida a mi padre que para ser Todo tuvo que convertirse en Nada. La pequeñez es una forma de vivir. Tendríamos que preguntarnos cómo vivimos.

Me encontré con la mirada tierna de mi papito, quien expresaba una inmensa alegría y transmitía una bienaventuranza de vida. ¡Bienaventurado los pequeños porque ellos viven a la manera de Jesús! Me dijo.

- ¿Crees en Jesús? Le pregunté.
- Sí. Pero de una manera mística.

- ¿Cómo es eso?
- El místico no habla de Jesús, sino que lo da a conocer a través de sus acciones. Todos sus actos muestran las buenas maneras de visibilizar que Jesús está presente en su vida. El místico es un niño. El niño no se preocupa por nada. No quiere nada. Vive de la confianza. Por eso Jesús de Nazaret se esmeró en que el hombre entendiera que la experiencia de ser, conlleva a vivir la vida despojado de reconocimiento, porque por el mero hecho de existir somos importantes para Dios. Él nos lo recordó cuando nos comparó con la belleza de los lirios del campo. No somos bellos por lo que hagamos, sino por lo que somos: Hijos de Dios. Entonces, como puedes ver, Jesús fue un místico. Cuando mi padre terminó de hablar, miró al cielo; yo le seguí su mirada y los dos contemplamos un buen rato la luna, llena, hermosa, inmensa, seductora, reveladora, acogedora y sanadora. ¡Luna redonda de abril! En su presencia me hubiera gustado preguntarle cuál era su perspectiva de bondad y de belleza. Es de contar que la relación con mi padre fue hermosa y de sentarme en sus piernas a preguntar, sobre todo en esas noches en que nos acompañaba la luz de la luna en el patio de la casa.

6

Saber de dónde venimos nos ayuda a entender nuestro destino. Mi padre era el hermano mayor. Cuando mi padre arribó al pueblo lo hizo acompañado de mis abuelos, dos tíos paternos, y once hermanos. Todos llegaron allí, desplazados por la acción de los grupos guerrilleros. Se instalaron en una casa de bahareque y techo de palma africana, el techo era muy apetecido por los murciélagos. Aquella casa tenía una sola habitación, pero cabían hasta aquellos animales voladores que se fueron instalando poco a poco, hasta el punto de llegar a formar una gran cantidad de nidos.

Como cualquier especie, cuando se instalan en un espacio aprovechan sus rasgos instintivos: comunicación, alimentación y reproducción. Este último fue el que más aprendieron los integrantes de la nueva familia. Pero en el caso de mi padre, este rasgo fue aplazado; en principio debido a tanta ocupación y trabajo. No había tiempo para nada, ni siquiera para el sexo tenía espacio. Sin embargo, sus hermanos, que no veían la vida de igual forma, no aplazaron este rasgo. Excepto uno: Tobías, quien nunca se casó.

— ¿Cuándo te vas a casar? Le preguntaba mi padre, en ciertos momentos, extenuado.

— Nunca — respondía con seguridad —.

Cierto fue, ese tío nunca se casó. Y así este último hermano se privó de la tarea de la reproducción.

Al primogénito de la familia le inquietaba esto; se preguntaba cómo sería la vida sexual de su hermano eunuco. Ante este quebradero de cabeza,

un día, muy temprano por la mañana, se levantó con la firme intención de seguir a su consanguíneo eunuco, quien religiosamente iba al único baño, tres veces al día.

Cuando mi tío menor sintió pasos, como de una sombra tenebrosa, cambió de rumbo. Se detuvo. Con sigilo y temor miró hacia atrás, pero no vio a nadie. Mi padre estaba detrás de un árbol grueso ubicado a unos cuantos metros del baño. Al hermano eunuco se le había despertado el sentimiento de estar asediado por otro y como todo un experto en hurtos, esperó a ver si sorprendía al que posiblemente le seguía. Después de un corto tiempo, resolvió continuar, pero este meticuloso tío eunuco calculó cada paso que daba, y hasta que no se sintió con confianza no entró al baño.

Cierta seguridad le hizo sentir que ya no existía ningún panóptico que le siguiera. Cerró la puerta del baño con mucha precaución. Por algo, entre sus familiares le llamaban El Gato.

Sacó una revista de mujeres desnudas; eran rubias; de ojos verdes y azules, y de senos grandes. Lo que el hermano eunuco no sabía era que mi padre estaba subido en lo más alto del árbol, y se había convertido en un panóptico. Ese día, allí, subido en una de las ramas, entendió el celibato de mi tío, El Gato.

La casa de bahareque que albergaba a todos los familiares desplazados de mi padre, ya instalados, tras muchas circunstancias adversas, empezó a experimentar novedades en su cotidianidad; más por este tipo de historias donde el implicado piensa que nadie le ve. En aquella casa la familia se fue acomodando para una muy larga permanencia. A medida que iban transcurriendo los días, los meses y los años, se iba definiendo mucho más los lazos de todos los familiares, oriundos de un lugar remoto.

Cada hermano de mi padre se fue también instalando sentimentalmente; a pesar de que no trabajaban, se les dio por enamorarse y embarazar a cuanta mujer llevaran a la cama. Todos mis tíos confirmaron la teoría de que el sexo es para la reproducción, sin importar la responsabilidad de traer hijos al mundo. Obviamente, desde niños les habían metido en la cabeza eso de que “el hombre para ser varón debe embarazar a cuanta mujer se le disponga”. Ellos siguieron este guion. Excepto aquel, que por la mañana, aprovechaba tres veces el descuido de sus familiares para irse a masturbar al baño.

Hasta mi padre, que muchas veces había pensado en no tener hijos, cedió empacándole doce a su primera mujer. Él no se iba a quedar por fuera de la lista de los galardonados y como sus hermanos no trabajaban, pero sí estaban capacitados para tener hijos, entonces a falta de empleo de los padres, mi padre, más se consolidó en el deber de trabajar para suplir las necesidades constantes de la familia. El hombre desconoce inconscientemente que, por ley, una familia desplazada busca reproducir el engaño perpetuado en el paraíso, que consiste en creer que el sexo es solo para la procreación. No. El sexo es para el placer. Para que el hombre no esté solo. Y se sienta pleno. La práctica de la monogamia nos conduce a estar más recogiditos para ser sinceros con nosotros mismos. Aun cuando, la monogamia no es asunto de la moral, más bien, es una cuestión de la hormona vasopresina en el cerebro. Esto lo descubrió la neurociencia.

Cuando las circunstancias no son las mejores, reproducirse termina generando injusticia social. Mi padre tarde se percató de que su primera compañera era diabética. Esta enfermedad congénita se propagaría a las futuras generaciones de la familia

de mis medios hermanos. Y en el tiempo, uno por uno moriría sin brazos, sin piernas y sin entender que cuando se tiene una enfermedad congénita lo mejor es no reproducirse. Traer hijos a este mundo es un acto de responsabilidad.

7

Los años en que estaba acabando de escribir los relatos sobre mi padre estaba leyendo los libros de Simone Weil, filósofa francesa, que planteó una teoría fascinante sobre: La retirada de Dios de este mundo. Nos tenemos que adaptar ante la ausencia de Dios; y responsabilizarnos de nuestra propia vida. Esta es nuestra mayor tarea. Desde la *Odisea* de Homero hasta nuestros días no hemos dejado de escribir sobre la figura del padre, llevamos tantos años y siglos escribiendo sobre el padre que, la figura de la madre había pasado desapercibida. ¿Y la función de Penélope dónde quedaba? ¿Y la de su hijo Telémaco?

El escritor Leonardo Boff, escribió un libro que se llama: *San José, padre de Jesús en una sociedad sin padre*; es un libro que habla del silencio de este José quien ha estado en el anonimato por siglos; gracias a este libro, consideré que era la oportunidad de escribir sobre mi madre, a partir del silencio de uno de los progenitores, pero en la dinámica de la relación con su hijo. Mi relación con mi madre apenas comenzaba.

¿Quién había sido ella? Es una pregunta que se formula demasiado tarde, como expone Gabriel, protagonista de la novela *Donde nadie me espere* de Piedad Bonnette. Hay una película destrozada por la crítica que se llama: ¡Madre! Cuyo director es Darren Aronofsky, protagonizada por Jennifer Lawrence y Javier Bardem. Cuenta la historia de una pareja; el esposo representa: la creatividad, la poesía, la escritura, la sabiduría, y por estas cualidades

lo convierten en una especie de divinidad, por el pasar de días y años, sin el más mínimo interés en cuestionar por qué lo idolatran sin límites. Entre tanto, la mujer todo el tiempo se ha encargado de cuidar la casa y no dejar que la destruyan. Un día tienen la visita de una pareja que abusan de la bondad de su esposo y se origina el caos, vale la pena ver esta película. El cine muestra lo que no podemos entender a través de un libro. No se trata de divinizar a nuestros padres, sino de entender que, gracias a ellos, somos lo que somos. Para estos tiempos en que hemos puesto la revolución social en el corazón de la cultura es importante leer el libro: *El cáliz y la espada* de Riane Eisler. Hemos estado equivocados por siglos. Es fascinante la hipótesis que plantea el libro, hemos creído que quien debe dirigir tiene que ser un hombre o una mujer, esta es una creencia nociva, jamás se había pensado que no importa si quien gobierna es hombre o mujer, puede que sea homosexual, travesti, o transexual o pansexual, esto es irrelevante. Lo que es de suma importancia es que quien gobierna encarne y promueva tres ingredientes: conciencia, empatía y creatividad. Conciencia, significa que quien dirige ayude a desaparecer la inconsciencia, esa incapacidad de ver del hombre, el mayor perpetuador de maldad; empatía, que me enseñe a convivir en medio de la diversidad y fomente mis virtudes, y valores para vivir honestamente; y creatividad, no es más, que poner mis talentos al servicio de los demás.

En casa vivíamos mi madre, mis tres hermanos y yo. La vida cambió después de la muerte de mi padre. Después de la experiencia de la muerte nada es igual. Sentir y estar son verbos completamente distintos, pese a que estos estén articulados con la vida, aun cuando, una mujer enlutada siempre se sentirá sola más si se aferra a una tumba. Mi madre,

viéndonos a nosotros cuatro tan pequeños, ahora sentía que caminaba hacia un abismo.

Al día siguiente del sepelio, estoy seguro de que sintió profundamente la soledad. Y con el tiempo le costó tomar conciencia de que mi padre se había ido de este mundo. Una dolorosa pérdida despierta el sentimiento de que el dolor no tiene límites.

Esa mañana fue un momento tétrico en todos los sentidos; la casa ya no volvería a grabar las pisadas de mi padre, quien apenas llegaba de la fragua, me abría los brazos para refugiarme y hacerme sentir protegido. Él no se limitaba simplemente a llevar alimentos para el sustento diario; también se esforzaba en pasar tiempo de calidad; en compartir la vida a través de relatos pedagógicos, reforzados con su ejemplo de vida.

La casa donde nacimos no volvería a sentir la alegría y el regocijo de su llegada. El hombre que por pocos años pudo rescatar a la doncella de la involuntaria servidumbre, ya no estaba.

Mi madre se desplomó. Esa tarde fúnebre apenas era el inicio de un nuevo camino. Fue solo despertar y tocar la cama vacía, para que el llanto la controlara de nuevo, no hizo más que llorar. Yo, que era un niño que todavía no tenía conciencia de lo que había perdido, me quedé ahí, acompañándola. Desde entonces se me hizo costumbre ver llorar a mi madre.

De mañana, por la tarde o en la noche, a cualquier hora que me acercaba a preguntar por qué lloraba, ella intentaba ocultar las lágrimas.

- ¿Por qué lloras, madre?
- Por nada, mi amor, respondía y se volvía a pasar el pañuelo que había sido de él.
- ¿Dónde está, papá? Insistía. ¿Cuándo regresa, mi papito? El silencio de mi desconsolada madre se prolongaba y las lágrimas volvían a aparecer en sus mejillas.

Yo no recibía ninguna respuesta a tan francas preguntas.

Aquel día por la mañana, mi madre seguía llorando sin consuelo de frente a la raíz del guayabo ya crecido, que había sido testigo de momentos en que sin planear nos reuníamos a compartir la vida. Dialogar es compartir la vida.

— ¿Cómo te fue hoy, mijo? Le preguntaba ella a mi padre.

— ¡Bien! Respondía... así le hubiese ido mal en el día. No tenía pensamientos negativos.

La muerte es un vacío. El vacío nos sostiene. Salimos de un vacío y entramos a otro. La simultaneidad del vacío no acaba. En esto está la genialidad de Heidegger.

A mi madre, hoy podría decir que la sostenían fuerzas invisibles, pese a que se refugió en el altar que las manos y su corazón le habían ayudado a construir. Cuando niño, además de sentirla llorar por la ausencia de mi padre, por mucho tiempo la vi de pie todas las mañanas, frente al altar donde había imágenes de la virgen María.

El dolor es simultáneo. Ella se levantaba a rezar y a invocar a cada una de las advocaciones de la madre de Jesús de Nazaret. Con incesantes voces clamaba a todas las advocaciones; en aquel altar suplicaba a Dios para sentir la compañía de la virgen madre sufriente que había experimentado en carne propia el dolor de ver a su hijo muerto y crucificado. Era imposible que le abandonara; mucho menos ahora, cuando había empezado a sentir la ausencia de su esposo.

Rezaba, cantaba, lloraba. Encarnaba el dolor de una mujer que ha perdido a su marido. La vida se tornó aún más difícil... ahora debía asumir ambos roles, de madre y de padre.

Educar y suplir las necesidades básicas de la cotidianidad de los hijos, es una ardua tarea,

no se trata solo de alimentarlos; también supone darles apoyo emocional. El enfrentarse a todos los pretendientes que le aparecen a la mujer viuda cuando estos se enteran de que dejó de existir el hombre que en verdad la amaba, es como cuando un indefenso animal suplica en medio de buitres impacientes. A este tipo de mujer no le queda más fármaco que defenderse a través de herramientas que le va mostrando la misma ebanistería de la vida. Desde la primera vez que le vi rezar, empecé a imitarla. Ignoraba a qué le conducía esto. Los dos, sin planificarlo, realizamos un pacto biológico, espiritual, psicológico y existencial que nos marcaría un destino distinto.

El altar, ya no era entonces solo de mi madre; ahora era también mío. Como niño, tenía infinidad de preguntas para mi madre, quien además de tener que llevar el dolor causado por la ausencia de mi padre, ahora tenía que luchar para no dejar morir de hambre a sus hijos.

Mi madre aprendió a cantarle a la madre de Jesús de Nazaret.

Dos mujeres unidas por el dolor y escogidas para enseñar a sobrevivir. Mujeres de virtudes comunes. Las canciones dedicadas a la madre celestial en las mañanas, le sacaban lágrimas, también, le reconfortaban y le infundían todas las ganas de vivir. Cada vez que se disponía a rezar, lo hacía con sus manos entrelazadas y ojos suplicantes; a su lado, un niño la imitaba. Juntos cantábamos:

«María, Tú que velas junto a mí,
y ves el fuego de mi inquietud.
María, Madre, enséñame a vivir
con ritmo alegre de juventud.
Ven, Señora a nuestra soledad,
ven a nuestro corazón,

a tantas esperanzas que se han muerto,
a nuestro caminar sin ilusión.

Ven, y danos la alegría
que nace de la fe y del amor,
el gozo de las almas que confían
en medio del esfuerzo y el dolor»

Con el paso del tiempo no solo la canté al unísono con mi madre, sino que también la guardé en mi corazón. Mi padre, físicamente, ya no estaba; sentía que se había ido de viaje, pero un viaje sin regreso, si bien, con el tiempo, mi madre me fue mostrando que él volvería. Mi Dios que había muerto estaba resucitando, a través de la presencia de mi progenitora.

8

El trabajo que se hace con amor es fuente de creatividad. La batea recostada al árbol de guayaba fue testigo de las lágrimas derramadas y de la múltiple ropa sucia que lavó para alimentar a sus hijos. Ella lloraba. Hoy, recuerdo, que veía desde cierta distancia que sus lágrimas se mezclaban con el agua de la batea. Y cuando me acercaba, a preguntar, por qué lloraba, me ocultaba su rostro. No es nada, hijo. Me decía, con voz entrecortada. Y más dolor, creo que sentía, ver el fogón apagado. En medio de tanto dolor, ella guardaba un secreto.

Mi madre iba perdiendo peso. Solo existía la tumba para ella. Por eso, todos los días, sagradamente, iba al cementerio a visitar la tumba en la que se leía:

“padre, esposo, tú no has muerto, tu cuerpo descansa aquí, tu alma con Dios y tu corazón con nosotros”. Un epitafio que ella hizo propio.

Siendo apenas un niño, le oí decir en medio de tantas lágrimas: «Mi amor, me dejaste muy temprano, sola en este mundo y con cuatro hijos pequeños» ... ¿Qué hago? Esa pregunta plena de una profunda angustia existencial me tocaba; yo estaba viviendo a plena conciencia mi nueva infancia.

Cada día, le esperaba la tumba, a las cuatro y treinta de la tarde. Algunas mujeres amigas le decían que comiera, que tenía que seguir viviendo, que lo hiciera por sus hijos, que la vida continuaba. Algunas le argumentaban: ¿no ves, que hay mujeres que están en la misma condición?! Esos repetidos

comentarios una y otra vez durante un prolongado tiempo, luego fueron desapareciendo, quizás porque no entendían lo que ella estaba viviendo.

Las palabras estorban cuando ignoramos el sufrimiento del otro.

Puntualmente, cumplía la cita con el cuerpo que reposaba en la tumba. Con el tiempo, mi madre, poco a poco, fue entendiendo que la vida continuaba. Entonces, tomó la decisión de que la única forma de mantener en la memoria a su amado era vivir de la experiencia de amor que habían compartido juntos.

Tomó la decisión de salir del cementerio. Sintió que era imposible que su hombre tan buena gente, respetuoso, bondadoso y cariñoso estuviera muerto. La forma de mantenerlo vivo era recordarlo como lo había conocido, y especialmente como él era.

La vida es un entrar salir continuo de una tumba.

Mi madre dejó de visitar la tumba. Había comprendido en medio de tanto dolor que la vida debía continuar.

De ahora, en adelante, respondería la pregunta sobre “qué hacer” que había formulado estando frente a la tumba.

Enero de 1981. Tres meses después de la muerte de mi padre, la situación económica en casa se complicó. Quizás lo más doloroso para mí, siendo apenas un niño, no era su ausencia solamente, o ver llorar constantemente a mi madre, sino la pobreza; literalmente si desayunábamos, no almorzábamos, o viceversa; nos íbamos a la cama a pedirle al Dios de mi madre que nos protegiera y se manifestara a través de un corazón misericordioso.

Una mañana, cuatro de los hijastros llegaron a la casa amigablemente. Les traía gratos recuerdos. Se sentaron en círculo en la sala, entre tanto, mi madre les servía un café que era lo único que tenía

para ofrecer. Me agarré fuertemente de la falda de mi madre, mientras mis hermanos se sentaron en unos butacos. Para ella era muy extraña esta visita, porque ya habían pasado tres meses después de la muerte de mi padre, y ninguno de ellos se había interesado por conocer cómo estábamos.

Los visitantes se sentían muy seguros en su capacidad de expresión. Estaban convencidos de que mi madre accedería a su propuesta. El hijo mayor, se había convertido en un exitoso comerciante en Venezuela; en ese entonces, allá todo era abundancia y prosperidad: la situación en el vecino país estaba en sus años más gloriosos, de la producción de petróleo, de la ascendente economía. Allá no tenía cabida la palabra pobreza; incluso había sido borrada del diccionario nacional. Se daban el lujo de despreciar todo lo que no fuera nacional. Habían olvidado que seremos extranjeros en un momento de la vida. Es cuestión de que nos visite la adversidad.

Así que aquel hijo mayor se dirigió de manera arrogante a mi madre.

— ¡Bien...!, como nosotros supimos de la situación económica que estás sufriendo con tus hijos... Personalmente, he venido a proponerte que tu hijo mayor se vaya conmigo; allá lo pongo a trabajar; creo que tiene ya edad para hacer trabajos. También lo puedo poner a vender todo tipo de mercancía y tu hija para que no tome mal rumbo, se puede ir con Antonio. Ella ya sabe cocinar, así que la podemos emplear como muchacha de servicio interna en una casa de familia. Tu tercer hijo, como aún está pequeño, se va con Pedro; él lo pone a trabajar para que sea un hombre de bien. Y el más pequeño puede seguir creciendo contigo, para que no te quedes sola. Terminó diciendo: esto era lo que teníamos que decirte y para eso venimos. ¿Qué dices?, preguntó mi medio hermano mayor.

Mi madre, había estado oyendo la propuesta en completo silencio; con ojos sombríos, miró a los visitantes, especialmente al que había tomado la voz entre sus hermanos. Con mirada de Medusa les dijo: “antes de que se vayan les voy a decir cuatro cosas para que no las olviden. Primero que todo, a mí me respetan, y respetan a mis hijos; segundo, a ninguno de ustedes les he pedido un pan para alimentarlos y nunca lo voy a hacer; tercero, mis hijos no están en venta, y cuarto, si su madre come mierda, pues, ellos tendrán que comer mierda. ¡Hijueputas! Respeten la memoria de mi esposo y padre de mis hijos.

Los insolentes visitantes llegaron con una propuesta y se fueron con cuatro enseñanzas. Desde aquel día, mi madre, mis hermanos y yo, nos sentimos mucho más unidos.

Ella empezó a buscar empleo. Iba visitando de casa en casa familias adineradas, con el objetivo de ofrecerse para cocinar, lavar o planchar ropa por días. Al principio no tuvo suerte, a pesar de ello, eso fue cambiando. A medida que mostraba su habilidad con la batea y con la plancha, y que entregaba bien organizada la ropa, las mismas familias se encargaron de promocionar el buen trabajo de mi madre, hasta el punto de que con el tiempo no daba abasto con tanta ropa que le encargaban.

9

Mi madre nos enseñó a trabajar honradamente. Ella lavaba ropa de lunes a viernes, desde las cuatro de la mañana hasta las cuatro de la tarde. El sábado planchaba. El domingo, mis hermanos y yo íbamos de casa en casa, de las familias adineradas a preguntar si tenían ropa para lavar y planchar. En ocasiones nuestras cabezas iban cargando enormes bultos de ropa sucia y yo llegaba con un dolor de cabeza insoportable.

Ya en casa, mi madre clasificaba la ropa; de un lado la blanca y la que había que darle un trato especial, de otro lado la ropa de color, la que posiblemente manchaba, etc. Había que lavar cuidadosamente esas prendas de vestir; aplicarles almidón y hacerles un secado especial, porque era ropa elegante y muy delicada de los médicos y políticos del pueblo.

A los médicos y a los políticos, por ejemplo, les gustaba vestirse con camisas guayaberas. Solo ellos podían darse el lujo de vestir totalmente de blanco y con ropa fina. Sería una catástrofe si mi madre llegara a manchar alguna de aquellas camisas, o a entregarlas arrugadas. ¡Una hecatombe! Cuando niño, veía que vestir elegantemente era una señal de tener prestigio y dinero; vestir bien es sinónimo de tener estudios o de ser profesional. La apariencia engaña. Esto lo leí en los textos de los antiguos filósofos griegos.

Era tanta la demanda de trabajo, que a mi hermana le tocó ir aprendiendo también a lavar y planchar. Por la mañana, yo le ayudaba a llenar la batea de agua que había que traer desde el propio río de La Magdalena, distante de mi casa. Mientras mi

hermana con cuchillo en mano iba desmenuzando los restos de jabón azul usados en días y meses anteriores para después unirlos y convertirlos en una bola inmensa con el objetivo de que alcanzara para varias lavadas más. Era la forma inventada por mi madre para reciclar. En casa aprendimos a no desperdiciar absolutamente nada.

Antes de comenzar a lavar, la batea debía estar lista y con las aguas limpias; mi madre o mi hermana le aplicaban cloro a las aguas que yo almacenaba en las tinajas de barro, que para esa época y teniendo en cuenta las elevadas temperaturas de la región, funcionaban como las más sofisticadas refrigeradoras. Ninguna nevera actual supera aquellos recipientes. Su propiedad para conservar el agua fría era inigualable, y además eran ecológicas; ayudaban a cuidar la naturaleza. La tecnología transforma la forma de vida y nos somete a la idolatría por unos artefactos electrónicos que poco a poco nos han ido desplazando y desapareciendo los rituales que celebrábamos para sentirnos unidos.

Mi hermana, trabajadora infantil prematura, no tuvo niñez; no experimentó el placer de jugar con muñecas. Le tocó, sin que le preguntaran, aprender a lavar y a planchar ropa extranjera. A veces es imposible tener la posibilidad de elegir.

Mi hermana era la repetición de la historia que había vivido mi madre, quien fue sometida desde pequeña a trabajar en casas de familias ricas.

La vida es cíclica.

El regalo máspreciado de la divinidad es la humildad.

Crecimos viendo a una madre que trabajaba día y noche. Ella nos enseñó con su ejemplo.

En los dos primeros años, tras la partida de mi padre, en casa no había espacio para estudiar ni siquiera para jugar. Los días se tornaron monótonos. Buscar y cargar ropa sucia sobre nuestras cabezas,

se nos convirtió en nuestro trabajo comunitario. Clasificar todo tipo de prendas finas. Retornar la ropa limpia a las respectivas familias. Nos disponíamos con nuestros bracitos estirados llevar la ropa planchada, en fila. No se permitía una arruga en los trajes de las señoras, y mucho menos en los pantalones de lino fino. Mi madre planchaba los calzoncillos blancos de los médicos y de los políticos y fregaba ropa interior untada de semen o ensangrentadas, hasta dejarla reluciente. La ropa entregada era revisada como cargamento sometido a rayos X en un aeropuerto. Una vez le oí decir al escritor y locutor David Sánchez Julio: la literatura nace de la ropa sucia de las familias capitalistas.

Estaba prohibido hablar después que salíamos de la casa con nuestro cargamento de ropa; así evitábamos que nuestra saliva fuera a caer sobre la ropa planchada. Esa regla se la habían impuesto a mi madre, las distinguidas esposas de los clientes anónimos.

Una vez. Mi madre tuvo un altercado con una de ellas, quien no me quiso recibir unas camisas guayaberas, porque supuestamente en mi trayecto hasta su casa, yo había hablado y había rezagos de saliva en las prendas planchadas. De verdad que yo no había hablado absolutamente con nadie en todo el trayecto. Era obediente a la regla. Era un niño sigiloso. La regla es para el esclavo. El espíritu libre no tiene inconveniente con la norma. Por eso el niño posee espíritu libre. Esa mujer parecía tener un ojo de rayos X capaz de traspasar lo más recóndito.

Regresé a casa. Minutos después, mi madre me acompañó a enfrentar la situación. La mujer seguía en la posición de no recibir las prendas. Entonces, mi madre y yo nos devolvimos para la casa. En mis brazos estirados llevaba la ropa para que no se arrugara. Cuando llegamos a casa, mi madre, despachó lo que tenía pendiente ese día, y se dispuso

a lavar y a planchar de nuevo la ropa. En el trayecto ni ella ni yo hablamos. Éramos dos sigilosos unidos por la misma causa. Al día siguiente, volvimos a aquella casa de ricos a entregar nuevamente la ropa. Estando en la casa de esa señora, mi madre misma tocó la puerta. Esa señora ni siquiera nos saludó. Nos recibió las prendas planchadas. Le pagó a mi madre. Mi madre, entonces, le aseveró: sepa que esta es la última vez que le lavo o le plancho ropa. ¡Búsquese una esclava!, no soy una muerta de hambre. Y a mis hijos les creo.

Tras el incidente ya habían transcurrido unos ocho días. La mujer llegó hasta nuestra casa a solicitar el servicio de lavado y planchado. Creía que mi madre le iba a aceptar su propuesta. Educadamente, mi madre la saludó.

- Buenos días.
- Buenos días, ¿qué se le ofrece, señora?
- Venía para ver si puede lavar y planchar una ropa.
- De poder, puedo, pero, parece que no le quedó claro la última vez que le llevamos las prendas lavadas y planchadas. Vea, cuando yo digo no, es no. ¿Quiere que le repita las palabras del otro día? Esa mujer inmediatamente se fue.

Mi madre había perdido un cliente, pero había salvado nuestra dignidad. La dignidad se debe proteger.

Con el transcurrir del tiempo, mi madre se cansó de lavar camisas sucias, calzoncillos hediondos a semen, pantaletas ensangrentadas y pantalones untados de barro, o de boñiga, porque a los médicos y a los políticos se les había ocurrido el fin de semana departir en sus fincas. De qué se iban a preocupar si tenían una mujer capaz de dejarles sus prendas como nuevas. Lo que ellos no sabían era que mi madre ejercería su derecho a cambiar de trabajo. Decidió trabajar mejor como empleada doméstica

en una familia de mujeres célibes. Un día. Le pudo decir adiós a ese trabajo de lavar y planchar ropa sucia.

Es posible escapar de la esclavitud.

El dinero es efímero. El hombre convirtió el dinero en un dios. Esta es la principal denuncia de Marx. Y como toda deidad, necesita alimentarse de las ofrendas que le sacrifican sus más devotos creyentes. Todo dios que crea el hombre para aplacar su miedo a la muerte, conlleva a la propagación de una cultura de la inconsciencia. El amor de una madre es el antídoto contra el miedo a la muerte. La madre es Vida, pero la Muerte, la engendra. La madre tiene exclusivamente ese derecho. Por la ambigüedad que existe en su ser. Da vida, pero puede también quitarla. Es luna, pero puede ser sol. Es luz, pero puede ser oscuridad. Genera paciencia, pero también, turbulencia.

10

El dolor crea una nueva perspectiva de vida. Unos días después del incidente con la mujer que no quiso recibir la ropa planchada en principio, mi madre decidió dejar el trabajo de lavar y planchar y se dedicó a cocinarle a la familia Thomas. Era un hogar conformado por cuatro hermanas solteras y el hermano mayor, que había estudiado medicina y hacía muchos años estaba instalado en Bogotá.

Entre tanto, ellas vivían en una casa heredada de sus padres. Era inmensa, pintada totalmente de blanco, tenía diez habitaciones; nunca las conocí, pues las dueñas eran muy reservadas en sus cosas; tenía un jardín hermoso y dos pasillos con ladrillos cocidos en el piso y unas inmensas palmeras embellecían cada habitación. También había un pozo profundo antes de llegar al comedor; cuando no salía agua de los grifos, me tocaba sacar agua del pozo, con un balde sujetado a una cuerda, para que mi madre lavara la loza y trapeara la cocina. Había un zaguán inmenso y enfrente una habitación en donde estaba ubicado un almacén de telas finas traídas de Medellín, atendido por Penélope. En el zaguán me ponía a jugar fútbol, entre tanto era la hora del almuerzo. Mi madre me dejaba jugar por un par de horas. Lanzaba la pelota contra la pared y sentía que el tiempo corría como las aguas caudalosas de un río. Años después, en esa misma casa, entendí que, sin haber leído *El capital*, mi madre era profundamente marxista. Ella nunca se ensució las manos con dinero robado. Y afirmo esto porque para ella el dinero nunca fue un dios; esta fue una de las grandes denuncias de Marx, eso

sí, consideró el dinero necesario para intercambiar mercancía y obtener beneficios. En esa casa, en cualquier rincón había dinero.

Cuando nos veía dinero en las manos, nos decía: “Lávense las manos, el dinero ensucia; no solamente las manos, sino también el corazón”; “¡pobres, pero honrados!”, era su consigna, de siempre.

A las hermanas solteras, había que decirles: niñas. Una vez le pregunté, el motivo y nunca supe por qué uno tenía que dirigirse a ellas de esa manera. Tal vez, siempre fueron mujeres consentidas y tratadas como si nunca hubiesen dejado de ser niñas. Gracias al trabajo en esa casa, la situación de vida para mi madre y nosotros cambió en todos los niveles. Ahora tenía un salario estable que le pagaban puntualmente. Mi madre tenía una sazón envidiable. Había venido a este mundo con ese don innato para cocinar exquisitos platos. Muchas personas pueden realizar todos los cursos nacionales e internacionales de cocina posibles, pero sin el innato ingrediente de la sazón, su tarea es inútil; es como “gastar pólvora en gallinazos”.

Mi madre, poco a poco, se fue consolidando en su nuevo trabajo. La niña Mary, era entre sus hermanas la que dirigía todo en esta peculiar familia. La vida es un estado emocional inmerso en una jerarquía, ya sea interna o externa. Con el tiempo, mi madre se graduó en casa como administradora meticulosa de alimentos.

La niña Mary, le indicaba a mi madre todas las cosas a realizar durante el día, en la cocina. ¡Que haga esta carne!, que estos granos!, ¡que estas frutas para el jugo!, ¡que este postre!, ¡que cocine esta cantidad de arroz!, que este café para la visita! En fin. Hoy, cuando escribo esto, siento que mi madre, en esa casa, estaba despertando su verdadera vocación.

Lavar y planchar ropa habían sido estrategias de supervivencia para poder alimentar a sus hijos.

Si estamos atentos a lo que realizamos tarde que temprano se despertará en nosotros la vocación. Con mi madre, las niñas tenían garantizado que siempre al comer disfrutarían deliciosos alimentos, exquisitamente cocinados, gracias a las benditas manos de mi madre.

Todos los días, veía a mi madre trabajar con mucha alegría en la cocina. Nos levantábamos temprano a vivir el día a día, entusiasmados; parecía como si una divinidad saliera de lo más profundo de nuestras tripas. Eso es lo que significa la palabra entusiasmo, así lo definieron los antiguos griegos.

Antes de salir de casa, mi madre dejaba todo en orden y a cada uno de mis hermanos les indicaba sus respectivas tareas para el día, era un rosario de todos los días: Carlos, barre el patio; Prisi hace el aseo a toda la casa y José, busca la leña... Las tareas en casa las realizábamos por semanas. Después se rotaban. Y como yo era el más pequeño, me llevaba con ella a su sitio de trabajo. Pese a lo cual, antes de salir del trabajo y después de haber jugado fútbol en el zaguán, le ayudaba a organizar la cocina.

Con el transcurrir del tiempo, fuimos creciendo. Tras tres años de trabajo allí, las niñas necesitaron una persona que les hiciera los oficios de regar las plantas del jardín, asear el zaguán; ir a recoger diez litros de leche que les vendían exclusivamente a ellas desde una finca y barrer el frente de la casa, todos los días.

Antes de hablar con la niña Mary y con la niña Penélope, que era la segunda al mando, mi madre me había preguntado si yo era capaz de asumir las cuatro actividades. Me sentí complacido con esta propuesta.

¡Por supuesto que sí, mami! Le respondí emocionado.

La nueva noticia: ya éramos dos que devengábamos un salario en casa. Mi madre

reclamaba mi salario, sin ningún reparo de mi parte. Era un júbilo contribuir y suplir nuestras necesidades económicas. Mi primer trabajo me produjo inmensa alegría. Disfruté mucho mi primer trabajo. Ella siempre me recomendó que no fuera a ensuciar mis manos con dinero. ¡Pobres, pero honrados! Me repetía.

En ese tiempo, mis hermanos cumplían sagradamente con sus deberes en casa. Era tanta la comida que le daban a mi madre que todos podíamos comer muy bien. Ella empacaba el almuerzo, y después de terminar mis actividades les llevábamos comida a mis hermanos. Mi hermana se encargaba de servir a cada uno la porción necesaria, pero pensando en guardar un poco para la cena. Era un búmeran. Dejaba la comida en casa para que mis hermanos comieran, y regresaba a ayudar a mi madre a organizar la cocina. Barría y trapeaba.

Eso es la vida: barrer lo que haya que barrer; limpiar lo que haya que limpiar. Tanto afuera como adentro.

Siento y pienso que el hombre está condenado a esto. Pero, no olvidemos que existen seres a quienes esto no les interesa. Tal vez es mejor que sea así. Hay personas a las que no les interesa saber quiénes son, esto es un gran misterio. En cambio, a quienes nos preguntamos quiénes somos o quiénes no somos, se nos revela la dicha de ser repudiados para este mundo. Esas personas están más cerca de lo único que en verdad interesa: entender.

En esos años de trabajo, mi madre entendió para qué había venido a este mundo. Para ser una mujer creativa a través de la cocina. Cocinar es un arte. Tal como mi padre era un artista del hierro, ahora mi madre se estaba consolidando como artista de la cocina.

Las cosas fueron mejorando en casa. Ya lo decía. Entonces, después de tres años de la

ausencia de mi padre, mi madre vio que era el tiempo de matricularnos en la escuela. Teníamos la alimentación asegurada, gracias a su trabajo. Cuando existe el medio para conseguir los alimentos de manera honesta, lo demás viene por añadidura, pregonaba mi madre. Con eso de “lo demás”, se refería a las cosas inoficiosas, por ejemplo, vestidos, zapatos y demás prendas materiales. A estas alturas ya estábamos matriculados en distintas escuelas.

La educación es un arte. Habían llegado los tiempos en que nosotros no entendíamos por qué teníamos que estudiar. No obstante, en medio de esta ignorancia, ella nos decía que había que hacerlo porque sí. Quien ejerce a cabalidad y con honestidad la educación es un verdadero artista. El que descubre la vocación en este mundo, no le importa la diferencia entre educación pública o privada. Educar es un arte que al ser realizado con pasión, nos conduce a la felicidad.

11

Mi madre nos matriculó en casa de familia. Para esa época algunas mujeres dedicadas a la docencia conformaban escuelas para preparar a los niños a enfrentar la básica primaria. Empezamos el primer año escolar que en esa época le llamaban kínder. A José lo matriculó en la casa de la familia de apellido Niño, a mi hermano mayor, Carlos, y a mi hermana, Prisi, en la casa de las González y a mí me matriculó en la casa de las Gutiérrez.

Algunos vecinos pensaron, tal vez, que ella no nos matricularía en la escuela. Porque nos veían trabajando todos los días a su lado. La primera experiencia de algo no se olvida. Por ejemplo, el primer beso a una novia, el día que empezamos a trabajar, la primera vez que nos fracturamos un brazo o una pierna, la primera vez que recibimos una ofensa de alguna persona cercana, la primera vez que vimos nuestro equipo de fútbol ser campeón de un torneo nacional o internacional, la primera vez que vimos un muerto, y esa vez que nos graduamos del colegio. Mi primer día de escuela fue inolvidable. Ese día nos levantamos muy temprano y visitamos nuestro altar como todas las mañanas. Ella encontraba las fuerzas para vivir en ese altar doméstico.

El altar tenía algunas advocaciones de la madre de Jesús en primer plano; María Auxiliadora,

Inmaculada, Fátima, Guadalupe y Carmen. Eran amigas íntimas. Mujeres con ojos lúgubres. Debo confesar, en realidad, que Carmen, fue la amiga inseparable de mi madre, con la que conversaba más todos los días. Encendíamos una vela. Juntábamos las manos. Cerrábamos los ojos. Nos arrodillábamos e inclinábamos la cabeza en señal de adoración. El arte es una expresión sagrada y colectiva que nos invita al respeto.

Quedábamos en silencio frente a los símbolos de la madre de Jesús de Nazaret. Era como si nos olvidáramos de este mundo, de los problemas, y de todo cuanto oscurecía nuestro camino. El encuentro era indescriptible. No existen palabras para expresar la experiencia de trascendencia. Da la sensación de oír una voz que nos dice: No eres nadie. El devenir trascendental acontece a través de un destello para recordarnos la urgencia de vaciarnos de tanta importancia que nos damos frente a los demás. Y como no hay palabra que describa esta experiencia, nos quedamos atrapados en juzgar la nueva perspectiva incomprensible del designado. El místico desea contagiar a otros, pero se le olvida que la experiencia con lo divino no está sujeta simplemente a su encuentro personal, sino que existen formas múltiples. El místico debe estar atento a esto porque se expone a convertirse en un fanático.

Cada día veía a mi madre en ese estado místico. Se iba quedando allí, silenciosa, hipnotizada; después de cierto tiempo, como regresando al mundo, abría los ojos; comprobaba que yo estuviera a su lado, y daba una mirada holística a la habitación y verificaba la presencia de mis hermanos que todavía dormían. Unos segundos después, me decía: ¡Vamos, hijo! Ese imperativo, era la invitación de ir afuera, especialmente a la cocina. Los dos estábamos

conectados desde el mismo instante en que nos disponíamos a rezar. Claro está que yo realmente disimulaba; en verdad, medio cerraba los ojos. Ella rezaba por mí. La conexión entre hijo y madre sobrepasa todas las fronteras de la vida.

Llegábamos a la cocina, prendía la radio y sintonizaba el programa de noticias del país. En medio de todo oíamos la voz que nos convocaba, esa voz que anunciaba el ganador de la lotería de la región. Ese día el número del premio mayor fue el 5572, serie 9830; y el anunciante repetía lentamente el número y la serie. Ella tenía el número: 1023, serie 1980. Otra vez, se apagaba la ilusión de ganar el premio mayor. Nos miramos mientras ella dijo “sigamos, otro día será”. Y seguíamos trabajando. Tal vez, si hubiera ahorrado todo ese dinero que invertía comprando la lotería, ahora seríamos millonarios.

Las noticias eran las mismas todos los días. ¡Que mataron a fulanito! ¡Que tal político robó una cantidad de dinero! ¡Que capturaron a menganito!, ¡Que le robaron varias vacas y novillos a Zutanito! ¡Que procesarán a perenganito! ¡Que mañana estará atendiendo consulta el homeópata... en el hotel...!

Mi madre preparó café para los dos en nuestra cocina, que era un rancho de palma africana sostenido por cuatro vigas de roble. Desde el fogón en el centro, el fuego calentaba el frío de la mañana. Detrás estaba el árbol de guayaba que sostenía la batea de madera que para ese tiempo solo se usaba para lavar la ropa de nosotros. La batea no volvió a recibir ropa ajena. Había entrado en desobediencia civil, no obstante, de manera pacífica. Nos sentamos en unos taburetes de madera. Me dijo:

- Hijo, hoy es tu primer día de escuela.
- Sí, mami. ¡Estoy muy contento!
- Ay, si tu padre estuviera, estaría muy contento, enfatizó. La voz se le entrecortó, atestiguó su sentimiento de nostalgia.

— ¡Tranquila, mami! Desde el cielo está muy orgulloso de todos nosotros, especialmente de ti!

En un segundo pasó de la nostalgia al entusiasmo. Después se puso a preparar unas deliciosas arepas de huevo, que no tenían nada que envidiar a las famosas de Luruaco-Atlántico. La comida iba alimentando el proyecto académico. Cuando mis hermanos se levantaron, encontraron el desayuno ya servido: arepas ricas y calentitas sobre la mesa. Nunca perdió esa exquisitez para cocinar; nos decía, que además de la sazón, había un ingrediente importante que no puede faltar: el amor por lo que hacemos.

12

De la alegría a la tristeza.

Quiero hablar de José. Cuando mis hermanos y yo cursamos el kínder, el año previo para ingresar a la básica primaria, decía que, mi madre matriculó a José en la casa de la familia de apellido Niño. Era una familia conformada por mujeres solteras. Mujeres dedicadas a la enseñanza. Fueron reconocidas por su modelo pedagógico. Se decía que los niños salían mejor preparados para afrontar los estudios posteriores, que ellas sí enseñaban de verdad.

A mí me tocó con la profesora Julia Gutiérrez. Las escuelas donde estudiábamos mi hermano y yo quedaban muy distantes. Lo que llamábamos escuela era algo así como una casa-escuela, en fin... A la que asistía mi hermano tenía las paredes pintadas de color amarillo como la casa de la profesora Julia. Ambas tenían jardín y muchas flores. Él llevó siempre un solo cuaderno donde anotaba los apuntes de todas las materias. Esta fue una constante hasta los estudios del bachillerato. Pienso que mi hermano es muy inteligente. La inteligencia es imposible medirla por las diferentes formas en cómo se manifiesta.

Su inteligencia se evidencia al tomar decisiones, independientemente de su resultado. Desde niño José era miedoso, lloraba mucho; con solo ver la correa en la mano de mi madre ya estaba llorando. Su inteligencia innata hacía presagiar los correazos que padecería su cuerpo en escasos minutos. José fue un niño que siempre disfrutó jugar con carritos, y lo particular es que siempre lo hizo solo. Recuerdo,

como si fuera ayer, los sonidos que salían de su boca al unir los labios; sus carritos adquirían movimientos, ¡Buuuum, hiiiiii, hiiiiii, hiiiiii! Nunca jugué esto con él. Disfrutó de la querencia, ese lugar sagrado en donde hacemos y resignificamos la vida.

La jornada para ir a estudiar empezaba muy temprano en casa. A José lo llamaba mi madre tres veces, si a la tercera aún no se había levantado de la cama, la correa aparecía para darle una orden ipso facto. Si bien, cuando mi hermano se levantaba de la cama, mi madre pensaba que se dirigía inmediatamente al baño, pero lo que ella no imaginaba era que José se quedaba al lado del fuego, al lado del fogón, que no albergaban solo a mi hermano, sino también a mí. Y allí estábamos los dos, adoradores infantiles de uno de los símbolos de la vida. Yo lo miraba, con sus brazos entrecruzados y escondidos en medio de las piernas, pienso que si José hubiera practicado deporte de elasticidad, habría ganado muchas medallas de oro, en competencias nacionales y hasta internacionales. ¡Qué elasticidad!

En pocos minutos mi madre se daba cuenta de que todavía no se había bañado para ir a la escuela; él había cambiado la cama por el calor del fuego. Entonces, su dicha se le acababa cuando ella llegaba.

En algunos momentos le hizo sonar la correa en la espalda y el sueño se iba de inmediato para volver solo por la noche. Los latigazos, que sacaban lágrimas de sus ojos, le hacían irse a bañar de inmediato, pese a que en ocasiones esto no fue cierto, hacía trampa. Hacía sonar el agua en el piso para hacerle creer a mi madre que se estaba bañando. Él solo se mojaba su cara y cabello. Luego, se ponía el calzoncillo, su pantaloncito de cuadros fabricado con tela de mantel y su camisa blanca. Estas actividades daban muestra de que ya estaba preparado para ir a la escuela; ya había pasado el primer tramo de la travesía, sin embargo, faltaba que él desayunara. Las comidas

fueron su tortura, no las quería y entonces volvía a aparecer mi madre con su correa en la mano.

La estrategia de José era que a escondidas llamaba Jaco, el gato que teníamos en casa, no para que lo acompañara, sino para que lo ayudara a comer. Ambos comían. Este dúo siempre se encontraba puntualmente a las mismas horas de las comidas. A veces José no comía por estar jugando a los carritos. Mi madre decía: hijo, mira al menos la comida; él la complacía con ese gesto y simplemente miraba la comida.

El baño y el desayuno fueron dos momentos tormentosos en la infancia de José. Después de esto venía el paso de salir para la escuela. Eso pensábamos en casa. Tres meses después, llegó el día en que mi madre solicitó el informe escolar de su hijo. Aquella vez yo iba a su lado. Cuando llegamos a la casa-escuela nos sentamos en las últimas sillas. Ella y yo oímos y escuchamos el discurso de la directora, que nunca supe quién fue, pero intuía que era la quien se estaba dirigiendo a los padres de familia. Habló casi dos horas que para mí fueron eternas.

Al terminar de hablar comenzó a entregar las calificaciones; en ese entonces se registraban en un papel cartulina de color amarillo doblado a la mitad. La profesora llamaba a cada padre de familia y conversaba sobre los resultados obtenidos por cada niño. El tiempo pasaba, pero para mi madre y para mí..., particularmente para mí, era eterno. El salón de la reunión iba quedando desocupado. Los padres habían dejado solamente las huellas en el pasillo de baldosas rojas brillantes que se había engalanado y no era para menos. Entonces, en vista de que la directora no llamaba a mi madre, ella decidió acercársele y preguntó:

— Profesora: ¿el informe de José Zúñiga Rodríguez?

— La profesora mostró rostro de asombro, y respondió:

— Su hijo solo asistió a clase una semana.

El rostro de mi madre cambió en extremo.

¿Cuándo se recuperaría todo el tiempo que había perdido en esa reunión? ¡Nunca!

El tiempo es un monstruo que devora la vida para sumergir los momentos vividos en el río del olvido. La indignación de mi madre tuvo que haber sido fatal. Ahora las preguntas eran: ¿qué hizo durante el tiempo que no fue a la escuela?, ¿dónde se había metido?, ¿con quién estuvo?

Después de todo ese tiempo en la reunión, salimos como almas poseídas por un espíritu indómito, a buscar a mi hermano; pero, ¿por dónde empezar?, buena pregunta. Llegamos a la casa. Y al ver el rostro de mi madre, mi hermana preguntó:

- ¿Qué pasó?, ¿dónde está tu hermano José?

Respondió mi madre con otra pregunta. La pregunta daba el sentido que en casa había un reo de la justicia. Mi madre insistió:

- ¿Tu hermano, José? No sabes la que hizo ahora. Yo creía que iba a la escuela y hoy me enteré de que no. ¡No sabe lo que le espera!

Yo pensaba las consecuencias de estos escapes. Sabía lo que le esperaba. El tiempo pasaba y José no aparecía. Tal vez, pensaba en lo que le esperaba. Me retiré sigilosamente de la casa; mi madre y mi hermana se quedaron conversando. Tomé la decisión salir a buscar a mi hermano. Ahora, empezaba la aventura que despierta la búsqueda de un tesoro escondido. Me pregunté por dónde empezar. Sé que no podría iniciar por las casas vecinas; era ilógico, el prófugo no podría estar tan cerca. En aquel momento me dejé llevar por la intuición ..., conocía su lugar favorito: la orilla del río de La Magdalena, que quedaba a poca distancia de mi casa. Me dirigí hacia allá. La vida empieza a orillas de los ríos.

Precisamente lo encontré arrodillado en la orilla. No le cuestioné absolutamente nada. Mi hermano ya estaba llorando. Qué sentido había. Él sabía de la hecatombe que se le venía encima. Me senté a su lado. En medio de su llanto, me preguntó que si mi madre sabía lo de sus ausencias. Le dije que sí. Hubo profusión de lágrimas. Lo invité a que afrontara la situación, porque tarde que temprano tendría que hacerlo, el día estaba oscureciendo y la ira de nuestra madre no se iba a aplacar. Si algo tenía ella era que pegaba sin rabia. La ira siempre estaba y más en los momentos en que no necesitaba pensar, sino actuar.

José y yo llegamos; estábamos juntos en la puerta de la casa. La historia de la humanidad se comprende y se narra a partir de la vida de una pareja. No me sentía bueno, solo solidario para lo que se le aproximaba a José. Siempre he pensado que la bondad es invisible. Y allí estaba mi madre, mujer de un talante perdurable. Los hijos somos ilusos. Todo artefacto lanzado por la madre es un búmeran, si a la salida falla, al regreso acierta. Cuando mi madre lo vio, le gritó, ¡entra, te estaba esperando!, no era un simple grito, era la orden para que José pasara a la tortura. Ese momento ha estado presente desde el instante que sucedió. Está instaurado en lo profundo de mi alma. También lloré, y más cuando brotaba sangre de las piernas de mi hermano. Y le suplicaba a mi madre, entre llanto, ¡ya!, ¡ya!, ¡ya!, ¡por favor! José corrió hacia el patio de la casa. Me fui con él. Yo no era Abel. Ni mucho menos él era Caín. Quería sufrir con mi hermano. Aun cuando, es muy difícil estar en los zapatos de otro. Pero quería responder la única pregunta pertinente de la solidaridad, ¿dónde está tu hermano?, él estaba llorando, no sé de dónde salían más lágrimas, pensaba que ya las había agotado en la orilla del río de La Magdalena. José estaba tirado en el suelo. Y

estuve también con él. Lloraba, lloraba y lloraba, y yo pasaba mis manos sobre sus piernas ensangrentadas, tal vez para hacer desaparecer las inflamaciones de la piel, y le decía, ya hermanito, ya pasó, pienso que nunca pasó, aquel maltrato nunca pasó, sino que se registró en su alma y también en la mía. Esta escena afianzó más el amor por mi hermano José. Por tal motivo, lo amo. Él y yo siempre hemos sido como los hermanos de la película, Los niños del Cielo. Esta película narra lo que los dos vivimos tal cual, cuando estábamos en el bachillerato, compartíamos zapatos, la misma camiseta para ir a la escuela, él estudiaba en la jornada de la mañana y yo por la jornada de la tarde, lo que no me gustaba era que me traía la camiseta sucia, en unos pocos minutos me tocaba lavarla, y ponérmela mojada. Nos pudimos graduar con mucho esfuerzo, gracias a la persistencia de mi madre. La felicidad de habernos graduado juntos consistió en que la celebración fue el mismo día, 6 de diciembre de 1991, ese día estábamos tan contentos que no nos cambiamos por nadie. Mi madre duró cinco horas en la peluquería, era la atracción de la celebración. Los únicos integrantes de la familia graduados de la básica secundaria. Externamente, no hubo fiesta, pero la felicidad de estar al lado de José produjo en mí la sensación de mitigar tanto dolor que padeció por no querer ir a estudiar. Una vez le pregunté por qué no quería estudiar; me dijo que la primera escena que vio, en la única semana que asistió a la casa-escuela, fue el día en que, la profesora insertaba la uña en la oreja de un niño porque no había respondido lo que ella preguntaba. Ese suceso lo intimidó y hasta hizo bien, irse todos los días a la orilla del río de La Magdalena. Jugar es la mejor forma de aprender.

13

De la tristeza a la alegría. Había llegado el primer día en la escuela básica primaria.

Estaba muy contento. Tenía la oportunidad de socializar con otros niños y recibir aprendizajes de los profesores en otro grado académico.

Cuando éramos niños el patio de la casa era nuestro baño; esa mañana, la manguera lanzó un chorro de agua mucho más frío que de costumbre en medio de aquel gesto de cuidado que hacía parte de un ritual. El agua golpeaba el rostro y dejaba nuestros ojos cerrados; nos reíamos muchísimo; pronto nos dimos cuenta de la alegría de volver a sentirnos niños. Desayunamos todos. Mi madre tenía que ir a trabajar. La casa quedaba sola por muchas horas en el día y por eso supe que cambiarían las cosas en casa. El estudio se convirtió en el corazón del proyecto de todos nosotros, pero más de ella.

Ese día, además del delicioso desayuno, mi madre nos empacó en termos una rica avena, para la hora de recreo.

Nos dio la bendición y salimos directo a la escuela. Sentía que ese gesto de mi madre era como una coraza invisible que nos acompañaba durante todo el día. Siempre la he sentido así.

Después nos dio uno de esos imperativos de vida. ¡Cuídense, el uno al otro! Eso era lo que hacíamos cada día. Traer la comida desde la casa de la familia Thomas a mis hermanos, era mi manera de cuidarlos. Hacer los quehaceres cotidianos, o cuidarnos mutuamente, era seguir aquel consejo.

Llegamos a la escuela y entramos juntos por esa puerta inmensa, que estaba abierta para despertar el placer de estudiar. Ya en la escuela, fuimos separados. Después del discurso de bienvenida que dio la directora, todos los grados —del primero al quinto— fuimos organizados en filas por edad y tamaño. Mi hermano mayor y mi hermana fueron admitidos al grado segundo gracias a la preparación rigurosa que habían tenido en su kínder. En cambio, José y yo nos quedamos en el grado primero, por la estatura y la edad, pero, en aulas separadas.

En mi aula me sentí solo, a pesar de que estaba rodeado de muchos niños. Algo me decía que los compañeros estaban sintiendo lo mismo. Hubo mucho llanto, tanto, que no sabía si salir corriendo o no, quería irme detrás de mi hermanita, quien ya se alejaba de mí.

Sentado en aquella silla de madera, aparecieron unas lágrimas. La profesora de grado primero me reprochó gritando: ¡Deje de llorar!

Insensatez es el acto destructivo de la persona que habla de esas cosas que no puede sentir por el otro. Toda opinión es abstracta.

La silla tenía la impronta de mi primer apellido. Nunca me ha gustado que me llamen por el apellido porque siento como si estuviera en un contexto de formación militar. Órdenes de superiores vienen y vuelven. La primera clase en esa mañana fue de matemáticas. Había que repetir el nombre de los números que la profesora indicara en el tablero. Éramos como unos loritos: ¡Este número es el cero, repitan: cero!, ¡Este número es el uno, repitan: uno! Y así hasta llegar al número veinte. Las dos primeras clases de la mañana consistieron en eso: repetir, repetir, y repetir. No nos permitía omitir esto.

La profesora nos dijo antes de retirarse del aula y sin importarle que todavía no supiéramos leer: ¡para mañana, se deben aprender estos veinte

primeros números estudiados en el día de hoy! Sabía que mis compañeros estaban en la misma situación.

El segundo bloque de clases, lo tuvimos con la profesora de español. Se nos presentó diciendo que su nombre era Catalina Castaño Castro, que era licenciada en español, egresada de la Universidad del Atlántico. Que había estudiado la licenciatura durante ocho años, nombrada por la Secretaría del Departamento, graduada con honores y que nos iba a enseñar español. Deberíamos presentarnos de otra manera. Por ejemplo, soy fulanito... Mis padres son... Estudié esto porque... Tengo este trastorno mental... Le tengo miedo a... Me gusta... Soy padre o madre... Con el objetivo de que los estudiantes no piensen y sientan que les está hablando un extraterrestre.

Cuando somos niños lo que menos nos interesa son los títulos académicos. Porque con tantos datos intimidan el auditorio. Al ser niños, no nos interesaban para nada aquellos títulos académicos. Mientras la nueva profesora seguía concentrada en su presentación, yo miraba a mis compañeritos... En medio del desorden ninguno le estaba poniendo atención. Consternada gritó, ¡hagan, silencio, niños, no respetan! ¡Hagan silencio! Ella no veía que lo que queríamos era jugar. Ver es sentir. Juntar palabras es jugar. Tejer palabras es transportarnos a sitios recónditos de fuera y dentro de nosotros. La escritura es un arte en donde el yo se transforma en un nosotros.

La profesora de español, ante la impotencia de que no le habíamos prestado atención a su presentación académica, se dispuso a escribir las primeras letras del abecedario en el tablero. Un tablero grande, verde, rectangular, con una cajita en la parte inferior del lado derecho donde se depositaban esas tizas blancas y de varios colores. Tizas blancas enmudecidas y fabricadas a base de

cal, capaces de promover el arte en un aula de clase. Una tiza crea arte. La primera vez que tuve una tiza en mis manos y la usé fue ese primer día de escuela, en horas posteriores al recreo, cuando la profesora de español dejó el tablero con las primeras letras dibujadas del abecedario. Ella nos había indicado las primeras letras del abecedario sin explicarnos por qué se le llamaba a cada letra de esa manera. Había llegado yo con la ilusión de que me explicaran en la escuela las causas de las cosas. Como niño quería saber: ¿por qué se le llama dos al número dos?, ¿de dónde surgieron los números?, ¿cuál es el objetivo de nombrar y señalar las cosas?, ¿cuál es el origen de las palabras que cotidianamente utilizamos? En fin. Era una serie interminable de interrogantes que guardaba y estaba entusiasmado en que alguien me respondiera.

La primera clase de español acabó igual que la clase de matemáticas: pura repetición. La campana sonó indicando que era la hora del recreo, que estábamos nuevamente libres; era el mejor momento de toda la jornada. Sí. La verdad era que encerrados por varias horas en aquella aula, todos nos sentíamos presidiarios, pagando una condena. La educación debe ser un espacio donde se promueva el juego.

Busqué a mis hermanos para contarles acerca de mis dos primeras clases. Cuando nos encontramos en el patio, sus rostros mostraban decepción. Solo nos quedamos allí, en silencio, disfrutando de la avena que nuestra madre nos había empacado en la mañana. Tras media hora de juego y risas, la campana volvió a sonar, indicando que debíamos regresar al aula del aburrimiento. Volvimos pensando que retomaríamos el segundo bloque de clase. Si bien, en el aula nos informaron que se suspendían las clases por el día porque todos los profesores se iban a reunir a programar el calendario escolar. Nos dieron

la lista de los útiles escolares. La campana volvió a sonar, ahora con un sentido de despedida. Busqué nuevamente a mis hermanos.

De camino a casa, cada uno empezó a compartir su experiencia de ese día; según sus comentarios no había diferencia alguna con lo que yo había vivido. La enseñanza era pura repetición de información. La educación debe ayudarnos a responder la pregunta sobre cómo ver las cosas que hemos ignorado, pero que siempre han estado a nuestro lado.

14

El mundo es un conjunto infinito de coincidencias, de encuentros, de actos, de símbolos, de cosas y de libros en el que todos quedamos atrapados. Y es una secuencia intangible de luz tenue en medio de la noche. E incluso el calor que penetra nuestros huesos nos prepara para emprender un nuevo comienzo. El frío hace lo mismo con nuestro cuerpo. Y así va el infinito mundo contagiado de interacciones que van señalando nuestro destino. ¿Necesito un trabajo? Entonces aparecen personas con las que hace tiempo no interactuamos y nos ayudan a conseguir el trabajo necesitado. Recibes una llamada de una persona que aparece para indicarte adónde debes llevar la hoja de vida. Te encuentras con un desconocido y te comparte un mensaje en el instante para alentarte en tu búsqueda. Oír una palabra atenta, leer y meditar una frase de algún libro puede ser el motivo para experimentar ese destello incomprensible. O tal vez, lees un libro que te cae como anillo al dedo. Así es la vida: fusión de interacciones invisibles. El contemplar es lo que integra: cuerpo y alma, pensamiento y sentimiento, palabra y acción, muerte y vida, miseria y grandeza, infierno y cielo, pasado y presente. Esto lo sabían los griegos clásicos. El sentido profundo de nuestra belleza nace cuando la conciencia se despierta. La conciencia es ver la propia vida y la de los demás, sin juzgar, simplemente contemplar.

Cuando llegamos a casa, nos pusimos a hacer nuestros oficios cotidianos; ahora con mayor intensidad. Además, a partir de ese primer día, se

sumaban las tareas de la escuela. Me quité el uniforme y me puse una ropa más adecuada, porque tenía que ir a buscar el almuerzo en la casa de la familia Thomas. En el camino, a escasos metros de la casa de la familia Thomas, me encontré una bolsita blanca de papel cometa; se notaba que contenía algo. La recogí y la abrí. En su interior reposaba una cadena radiante; no sabía si era de oro, pero la guardé en el bolsillo de mi pantalón. Se la llevé a mi madre.

— ¿¡Es de oro, hijo!?, me preguntó ella.

— ¡No sé, mami!, la encontré en la calle.

— Esperemos; cuando salga de trabajar, la llevaremos a una compra venta”.

Efectivamente, mi madre, me alistó la comida para llevar a mis hermanos, y unos minutos después regresé y juntos fuimos a una compraventa a comprobar si la cadena era de oro. El señor que la atendió le dijo que era de oro puro de dieciocho quilates.

— ¿Cuánto pide por la cadena, señora?

Mi madre, sin saber cuánto en verdad era el precio del objeto, le preguntó: ¿cuánto me ofrece? ¡Diez mil pesos! Estamos hablando de los años de 1980. ¡Cómo se ha devaluado el peso colombiano!

Con esa plata, entonces se podía comprar una lista de cuadernos, el mercado y pagar los recibos de los servicios públicos. Hoy no alcanza ni pa’ comprar una canasta de huevos.

En eso estaba pensando mi madre. Ella, muy astuta, le dijo al hombre: ¡doce mil pesos y la cadena es suya!

— ¡Once mil pesos!, ofreció el hombre.

— ¡Le dije que doce mil pesos! Y punto...

El joyero no sabía con quién estaba negociando. Cuando mi madre decía: ¡Y punto...!, ya no había oportunidad de objetarle. La expresión era un reflejo de su vida y su carácter. El hombre terminó dándole la suma que mi madre le pedía. Inmensa era la

alegría cuando llegamos a casa. Se le notaba en el brillo de sus ojitos. Preguntó: ¿comieron?, ¡sí, mami! Respondieron mis hermanos. Pues, ¡alístense, hijos, vamos a ir al mercado!

Salimos a comprar los útiles escolares. Yo solo pensaba en la persona que había perdido la cadena de oro. En fin, ese día compramos todo lo que necesitábamos para estudiar. Nos alcanzó hasta para comprar helados. Así es la vida. En ese instante recordé el día en que a mi madre le habían robado la plata de toda una semana de lavado y planchado, había sido una tragedia en casa. Un primo, vecino, había entrado a la casa, aprovechó un descuido de mi madre. Le había saludado amablemente y había pedido permiso para entrar por el patio de la casa y poder volarse la cerca porque se le había quedado dentro supuestamente la llave de la casa.

Ella aseguraba que el único que había entrado a la casa había sido ese primo. Justamente, cuando se descuidó, le robó la plata que le habían pagado por adelantado y que había guardado debajo del mantel de la mesa de planchar. Casi siempre el ladrón inspecciona previamente el sitio donde va a realizar la fechoría. Ese día la tragedia volvió a visitar la casa. Nosotros que habíamos salido a buscar agua al río cuando llegamos a casa la encontramos destrozada, llorando en medio de tantas vecinas que se habían solidarizado con ella. No era para menos. Le habían robado el salario de todo el mes. Ahora, ¿con qué plata se iban a pagar los servicios públicos y con cuál se compraría la comida? Algunas vecinas hicieron una recolecta, con la que alcanzamos a solventar la comida de una semana. La generosidad aparece cuando lo cree conveniente.

Esa imagen volvía a mí en aquel momento mientras disfrutábamos los deliciosos helados. Yo veía muy contenta a mi madre. No sé si ella recordaba aquella tragedia. Yo, contagiado con un

sentimiento de culpa, pensaba en que haberme encontrado la cadena en el suelo podría interpretarse también como un robo. Me dije que no lo era, que yo la había encontrado en el suelo. Cuántas personas pasaron seguramente y no miraron hacia el suelo. Con ánimo, me dije: ¡no fue un robo...! ¡Esa cadena era para mí! Diferente si hubiera visto a la persona a quien se le había caído y se la hubiese entregado inmediatamente.

— Ese día, mientras disfrutaba del helado con mi madre y mis hermanos, ella preguntó: ¿cómo les fue en la escuela? Mis hermanos guardaron silencio, pero yo le dije que no me habían gustado las dos clases que había recibido.

— ¿Y por qué?, me objetó.

Porque esas profesoras solo nos pusieron como loritos, a repetir, repetir y repetir números y letras que dibujaron en el tablero. Le dije.

Pues, sepan, que deben acostumbrarse a eso, respondió.

Quizás, mi madre, tenía razón. El método utilizado en la educación es una constante repetición de cosas sin trascendencia. ¡Aprendan, hijos, porque no estaré toda la vida! Nos dijo. Cuando llegamos a casa, comenzamos a marcar los útiles escolares para que no se nos fueran a extraviar en la escuela.

15

La práctica de la bondad es la virtud que ridiculiza a la moral. ¿Cuál es su objetivo? ¡Suplir nuestra miseria!

El hermano mayor de las hermanas, Thomas, llegó de Bogotá. Los primeros días de estadía fueron vividos con mucha amabilidad hacia mi madre. ¡Muchas gracias, señora María...!, ¡muy deliciosa la comida...!, ¡Cocina muy bien...!, frases de elogio y agradecimiento iban y venían cada día. El susodicho con el tiempo se fue tomando atributos que no le competían. ¡Que tráigame esto!, ¡que quiero comer esto!, ¡que esto está crudo!, ¡esto ya no lo quiero! Como era el hermano consentido, mi madre debía atenderlo muy bien a como diera lugar. Una cosa es aparentar, y otra cosa es ser. El hombre es un fantasma que se habitúa a sus múltiples oscuridades.

El muy querido hermanito de las niñas, Thomas, le lanzó los perros a mi madre. El aludido se había enterado de que era viuda y madre de cuatro cachorritos, y tal vez por eso pensó que ella caería rendida a sus pies. Pues, no le esperaba más que una respuesta contundente: ¡A mí me hace el favor y me respeta!, ¡no soy la mujer que usted piensa que soy!

El hombre siguió insistiendo hasta más no poder. Y mi madre, ante el acoso, tomó la decisión de comunicar la situación a la niña Mary. La niña Mary no le creyó. ¡Qué incoherencia! Entre mujeres a veces suceden cosas insólitas. Entonces a mi madre no le quedó otra opción que renunciar a su trabajo.

La defensa de la mujer no es un asunto de discurso y creación de asociaciones en pro de esos

seres indefensos, sino el coraje de defender a través de recursos propios del carácter la dignidad de ser, así se les caiga el mundo encima. La vida es una constante manifestación de resistencia frente al atropello del patriarcado. La resistencia es el arma para el combate de la injusticia.

El día que mi madre renunció, regresaron las lágrimas. Ella volvió a la cocina después de hablar con la niña Mary en la sala; habían hablado sobre aquel hermano, que aprovechaba la ausencia de sus hermanas para molestarla y acosarla descaradamente a mi madre.

Aquel día yo la acompañaba. Llegó llorando al patio que yo estaba barriendo. Cuando le pregunté por qué lloraba, ella solo dijo: “no es nada, hijo”

— ¡Pero, si estás llorando, mami!, ¡uno no llora, porque sí! Entonces me sorprendí de que estaba recogiendo y empacando las cositas. ¿Por qué nos vamos tan temprano? ¡Vamos!, sentía mucho dolor en su expresión cargada de despedida.

— De eso se trata la vida, hijo, de despedirse, de retirarse, y de al final, morir.

Ese día, los dos salimos de la casa de la familia Thomas sin despedirnos, muchos quizás piensan que es un acto de ingratitud, pero no, aquello estuvo movido por la dignidad; y mi madre no podía ignorar la injusticia recibida. Ella había trabajado incansablemente para ellas, y allí había mostrado toda su gratitud. La gratitud no es una palabra, sino un acto implícito desde el instante mismo de haber nacido.

Ellas no tenían el poder sobre mi madre.

Apenas llegamos a casa, mis hermanos supieron que algo había ocurrido. Enseguida preguntaron qué había pasado.

— ¡Nada, hijos!, respondió ella.

— ¡Pero si tienes los ojos rojos!

— ¡Desde hoy ya no trabajaré más en esa casa!

Nos fuimos al patio. Sentada en su taburete de siempre, recostado al árbol que antes había soportado la batea en la que lavaba la ropa de los ricos del pueblo, su mirada triste, se perdió en el horizonte. Yo me metí entre sus piernas y mis hermanos se acurrucaron a su lado.

Ahí estábamos los cinco, reunidos por esta situación dolorosa, sin saber que de una manera extraña —de una manera extraña— estábamos celebrando esa decisión que mi madre tomó por dignidad. Yo no sé qué pasó por su mente en ese momento, pero unos minutos después se levantó de allí y se supo a cocinar.

No habíamos comido. Ese mediodía nos preparó unos deliciosos macarrones con queso, acompañados de jugo de guayaba. Almorzamos como de costumbre: todos reunidos alrededor de la batea, que puesta boca abajo se convertía durante algunos minutos en nuestro comedor. Aquel día comimos juntos hasta saciarnos.

En casa quedó comida hasta para un comensal que llegara sin avisar.

La dignidad es amar lo que somos. Esa fue la enseñanza de mi madre frente a ese suceso.

Pasado este suceso, buscó insistentemente para emplearse. Tocaba las puertas de las casas de las familias ricas; en algunas abrían, pero en otras ni siquiera se tomaban la molestia de asomarse; a veces solo encontraba por respuesta los ladridos de un perro.

Me sumergí con ella en la rutina de salir cada día a pedir trabajo. El sentimiento de estar acompañado era una manera de sentirnos mutuamente fortalecidos. En esa situación uno no quiere sentirse solo. Una tarde, después de una ardua mañana de búsqueda, una vecina le dijo que estaban necesitando una mujer para que aseara la

oficina de Electri-Caribe. Esta empresa se encargaba de administrar y suministrar todo lo concerniente a la energía eléctrica en la región.

La oficina estaba ubicada en una casa colonial muy grande, de esas que fueron construidas por los españoles, de quienes heredamos las rencillas políticas entre liberales y conservadores, entre puros e impuros, entre ricos y pobres, entre poderosos y débiles, entre intelectuales e ignorantes, entre apellidos nobles y apellidos de la plebe. Una disputa que nació del odio que se sembró en todos los escenarios de la cultura. Y el resultado fue una sociedad clasista.

Gracias a su vecina, al día siguiente, muy temprano y antes de que abrieran la puerta de la oficina, mi madre y yo estábamos allí, apostados como centinelas, esperando a que llegara el gerente de Electri-Caribe, para hablar con él.

A eso de las siete y media llegó un hombre muy elegante, vestido con una camisa de color morado satín, un pantalón negro muy fino, y unos zapatos brillantes del mismo color del pantalón. El dorado del reloj en su mano izquierda me hizo creer que era de oro puro.

— ¡Buen día, doctor! — Le dijo mi madre.

— ¡Buen día! Le respondió tajantemente, como cuando alguien no quiere entablar conversación con nadie.

Los dos quedamos atentos a este señor. Sintió nuestras miradas mientras abría la puerta; de pronto giró la cabeza y dijo:

— ¿Qué se le ofrece, señora?

— Vea es que me dijeron que aquí están solicitando una persona para realizar el aseo. Creo que yo soy esa persona que están buscando.

— ¡Espere, ya la llamo! Dijo entre dientes y se entró.

Esperamos casi media hora. Cuando volvió a salir, llamó a mi madre y nos hizo entrar a su oficina. Se sentó detrás de su escritorio. Y nosotros de frente.

- ¿Cuál es su nombre? Preguntó
- María Inocencia Rodríguez Torres.
- ¿Dónde ha trabajado?
- En casas de familia. Cocinando, lavando y planchando.
- ¿Quién la recomienda?
- Una vecina.
- ¿Cuál es el nombre de la vecina?
- María Magdalena Padilla.
- ¿Dónde trabaja la vecina?
- En la sucursal del Banco Popular.
- ¡Ya! Pero necesito que una persona más le recomiende. Le dijo.
- Pues, la niña Mary. Podría ser
- ¿Y quién es ella?
- María Thomas Piñeres.
- Espere un momento. Dijo.

El hombre levantó la bocina del teléfono y empezó a marcar varios números con su índice derecho; articuló algunas palabras desde la línea telefónica.

- ¡Qué cosas tiene la vida! María Thomas había sido la primera gerente de Electri-Caribe en el pueblo.
- ¡Señora! Estaba verificando con mi secretaria. ¡El trabajo es suyo! Empieza desde mañana.
- ¡Muchas gracias, señor!

El rostro de mi madre se exaltó de alegría. Le cogí la mano y la besé. La miré a sus ojos anegados, esta vez eran lágrimas de triunfo. Nuevamente tenía trabajo.

El gerente le indicó el sitio donde debería ir a firmar el contrato laboral. Pero la tristeza se volvió a asomar.

- ¿Qué le pasó?
- Doctor, me da pena, con usted..., es que yo no sé escribir...
- No se preocupe. El trabajo es suyo.
- Haremos una nota donde se especifique que el contratista no sabe escribir, y listo. Así fue.

Rápido nos fuimos a casa, a compartir la nueva noticia a los otros, porque en ese tiempo estábamos todos de vacaciones escolares. Al día siguiente. Llegamos a las siete y media de la mañana. Ahora la situación era diferente; estábamos frente a esa inmensa puerta. Además de volver a percatarme de la ropa elegante del nuevo jefe, también pude oler su clásica agua de colonia, María Farina.

- ¡Buenos días, señora! Dijo el nuevo jefe. ¿Cómo amaneció? ¿Madrugó?
- ¡Muy bien, gracias a Dios, doctor!
- ¿Muy contenta?
- ¡Sí, muchas gracias por esta oportunidad, doctor! Le respondió.

Entramos. Desde el día anterior el gerente ya le tenía preparado su uniforme. Era la primera vez que se ponía uniforme de una empresa reconocida en la región. Le entregó además dos baldes, tres bolsas de detergentes, dos escobas, dos traperas y una docena de bolsas para la basura.

- Empiece por las oficinas; siga con el zaguán, luego los dos corredores, y por último los salones de visita.

Amablemente, le indicó el recorrido expedito del aseo.

- Hijo, ve limpiando los escritorios, me dijo.
- ¡Claro que sí, mami!

Yo iba limpiando con mucho cuidado cada objeto que estaba encima de aquellas mesas tan grandes. Cuando terminé, seguí ayudándole con la trapeada del zaguán y los pasillos que aún seguían sucios. Daba yo dos trapeadas mientras que ella

daba tres. El objetivo era que todo quedara limpio, brillante y con buen aroma antes de abrir las oficinas para recibir y atender a los usuarios. Escasamente, teníamos una hora para asear todo, además de los salones de visita. Cumplimos el objetivo en el tiempo establecido.

Con casi tres meses de estar trabajando allí, ya el gerente había depositado su confianza en mi madre. Le delegó la responsabilidad de comprar todos los implementos de aseo para la oficina. Desde niña había sido educada para los números, lo que le hacía muy hábil para las cuentas. Esa confianza traspasó fronteras. Con el tiempo, desde la central de la oficina de Electri-Caribe— ubicada en Cartagena— decidieron enviarle todos los implementos de aseo hasta nuestra casa. Cuando el camión se detenía en nuestra puerta, varios vecinos se asomaban a chismosear, en especial cuando ella salía recibir los detalles que le enviaban por ser una empleada responsable y honesta.

Mi madre se sentía a gusto con su trabajo. Como una manera de agradecer a quienes le habían dado la oportunidad de trabajar, comenzó a preparar jugo y tinto para los empleados de la oficina después de finalizar el aseo. Al gerente le pareció muy extraño; jamás había visto una iniciativa así; por eso la acogió sin dudar. Quien vive en la gratitud, habitualmente ofrece más de lo que puede dar.

16

Mi madre se fue consolidando en su nuevo trabajo. La confianza depositada en ella por parte del gerente de la oficina central de Electri-Caribe se notaba incluso en el trato que recibía de sus compañeros, quienes les fueron tomando cariño y aprecio; era una compañera trabajadora, responsable, humilde y dispuesta a servir, en fin..., una buena persona. La bondad es una virtud que se muestra en pequeños detalles que solo se pueden apreciar con los ojos del espíritu. Este es el regalo recibido por las personas humildes: gratitud. En esto tenía razón Jesús de Nazaret, un judío del primer siglo; agradecía y alababa a su padre por revelar las cosas fundamentales de la vida a las personas humildes y sencillas, y escondérselas a los prepotentes, vanidosos y autosuficientes. La única contienda es contra nuestra inconsciencia.

Durante esos cuatro años de trabajo de mi madre, en casa ya habíamos terminado los estudios de la básica primaria, e iniciado los estudios de la secundaria. Mi hermano mayor cursaba noveno grado; mi hermana, octavo grado, José y yo, sexto grado. Ese año, mis hermanos mayores decidieron no seguir estudiando. Fue una gran decepción para mi madre, quien les reprochaba una y otra vez.

Mi hermano mayor le dijo que lo suyo no era estudiar; mi hermana se apoyó en el primero y ambos se dedicaron entonces a trabajar, posteriormente lo hizo José.

— ¡No saben lo importante que es estudiar!... ¡El día de mañana, cuando se arrepientan, ya será demasiado tarde!, les dijo mi madre.

Las dinámicas cotidianas de la familia se fueron transformando. Mi madre y yo nos levantábamos temprano a preparar y a dejar listo todo para la siguiente jornada. Mi madre llegaba del trabajo a cocinar. Mi hermano mayor había aprendido el arte de la carpintería y mi hermana el de tejer prendas de vestir, por lo tanto, comían en el trabajo. Entre tanto, José se quedaba cuidando la casa, mientras yo estaba trabajando con mi madre.

La vida es un círculo. El punto de inicio, tarde que temprano termina convirtiéndose en el de cierre y viceversa, como decían los antiguos griegos. A esta máxima no escapa la existencia del hombre. Nacer es un morir. Morir es un nacer. El contexto laboral en la empresa donde trabajaba mi madre cambió tras el nombramiento de un nuevo gerente. Si bien seguía haciendo su trabajo con responsabilidad, el ambiente laboral no fue igual.

El nuevo gerente —que venía nombrado desde la misma central de Electri-Caribe— era hijo del pueblo. Ella pensó que las cosas seguirían marchando tal cual, al igual que con el gerente anterior, pero no fue así. Suele ocurrir.

La traición no viene de los desconocidos sino de los más cercanos.

Resultó que el nuevo gerente era nuestro vecino. ¡Quién lo iba a pensar! El señor Manuel Mestra Martínez, hijo del pueblo, era el nuevo jefe de mi madre. Ella tuvo dudas de que las cosas podrían mejorar. Ese señor encarnaba tres personajes en uno: era de esos vecinos que saludan muy poco; como jefe, era irreconocible; desde su oficina insultaba verbalmente a los empleados, lo mismo que a los usuarios.

— ¡Y es marica!, me decía mi madre en voz bajita.

Yo no sabía, entonces, qué era ser marica. Con el tiempo descubrí que la homosexualidad es una forma noble de humanización, igual que las demás formas de existir y de ocupar un lugar en el mundo. Para mi madre la condición sexual de su nuevo jefe no importaba. Nadie tiene derecho a juzgar al otro por su condición sexual. A ella lo único que le importaba era simplemente que la tratara con respeto y dignidad, como la buena trabajadora que era. Pero eso no se consiguió con facilidad.

El nuevo gerente empezó a revisar cada sucio posible que quedaba en esos sitios donde era más que imposible limpiar, porque la mugre posee sus propias formas de camuflarse. Incluso, desde cierta distancia, se agachaba para ver cómo había quedado la trapeada del zaguán y la de los pasillos de la oficina. Llegaba al extremo de arrodillarse y poner la nariz en el piso para examinar si el olor era el adecuado; un acto que se convirtió en obsesión para el nuevo gerente.

Pese a lo cual, el temor de mi madre aumentaba cuando el nuevo jefe llegaba gritando en la oficina por la mañana.

— ¡Seguramente, anoche, se peleó con el marido! Me decía mi madre en voz bajita mientras exprimía la trapería en el patio. Debemos ser compasivos con la ira del otro cuya causa no conocemos.

Después de trapear y de limpiar las oficinas, le llevaba un delicioso café a su jefe.

— ¡Buen día, señor Manuel! ¡Acá le traigo el tintico de la mañana!

— ¡Muchas gracias, señora María!

En el barrio era su vecina, pero en la oficina era la señora María. Nos dejamos habitar por esos fantasmas

con los que intimidamos inconscientemente a los demás en cualquier contexto.

Mi madre no lo juzgaba. Cuando veía airado a su nuevo jefe, se concentraba más en su tarea. Con el tiempo pudo apreciar incluso con cariño a su nuevo jefe. Él se enteró de que mi madre era una verdadera chef. Un sábado, este jefe en la oficina y vecino en el barrio, le pidió que le preparara una carne, porque ese día tenía una comida con sus amigos, mi madre muy complacida, le dijo que sí.

Una extraordinaria sorpresa para todos en casa, cuando el señor Manuel Mestra Martínez se presentó con unos señores cargando media vaca.

— ¡¿Y dónde ponemos semejante cantidad de carne?! Exclamó asombrada mi madre.

En casa nunca habíamos visto tanta carne junta. Mis hermanos y yo corrimos a buscar unos cartones y los tiramos al piso. Detrás venía la madre del señor Manuel dando gritos.

— ¡¿Cómo es que desperdicias tanta plata?! Le dijo.

— ¡Yo con mi plata hago lo que me da la gana!, respondió.

Una bofetada de su madre le silenció. En esa discusión nadie se metió. Nos convertimos en testigos sin voz. Fue lo mejor.

— ¡Esos no son tus amigos!... ¡Son unos vividores! Insistió la madre.

En medio de muchas lágrimas, y sin ninguna respuesta de parte del hijo, por último, le dijo:

— ¡Lo que hoy desperdicias mañana lo desearás, pero será demasiado tarde, Manuel!...

Mi madre, efectivamente, condimentó la carne para asado y sancocho. Después, el señor Manuel Mestra Martínez buscó su carne, ya condimentada y sazónada con pocos ingredientes por mi madre. Él le pagó por el trabajo realizado.

A pesar de los reclamos de su progenitora, aquel señor hizo su fiesta. Al poco tiempo nos enteramos de que en la fiesta habían homenajeado al novio del señor Manuel por su cumpleaños. Disfrutaba celebrar por lo alto.

Con el tiempo, mi madre se fue enterando de más intimidades de su jefe. Una mañana de lunes, lo encontramos encerrado en su oficina, llorando, sentado detrás del escritorio.

— ¿Qué le pasa, señor Manuel? Le preguntó mi madre.

Conservaba los ojos rojos e inflamados. Su aspecto era deprimente. Se había encerrado sábado por la noche en la oficina.

Quedaban apenas unos minutos antes de abrir las oficinas.

— ¡La vida es una mierda!... Señora María, dijo.

Mi madre lo abrazó. Pasaba sus manos comprensivas por su cara y acariciaba aquel cabello sedoso, dejándole llorar desconsoladamente.

Los dos fuimos testigos de su indescriptible derrumbe interior. Él estaba experimentando una decepción amorosa, porque su novio se había ido con su mejor amigo. Aquel día no hubo atención al público. A pesar de que la gente tocaba insistentemente la puerta de Electri-Caribe, los tres seguimos allí, encerrados. Nosotros consolando el jefe con nuestra simple presencia. El derrumbe interior ignora lo que sucede afuera.

17

La primera representación del dolor, la vi de la pintura donde la madre está triste porque le han asesinado a su hijo Jesús. El mundo es una continuación exacerbada de asesinatos. Cuando un hijo muere a la vez también lo hace la madre. Ese día en que la vi apoyando empáticamente a su jefe, me pregunté: qué significaba ser madre, y la mucha falta que le hace a un hijo vulnerable. Con el tiempo, mi madre se convirtió en su confidente. El trato del señor Manuel Mestra Martínez cambió notablemente. Más allá de ser empleada y jefe, se gestó un vínculo materno-filial. A veces sucede que cuando no tenemos madre en casa salimos a la calle en búsqueda de un ser que la reemplace y nos comprenda como lo hacía ella.

Ahora este jefe-amigo no salía de nuestra casa. En la oficina era niña Mary, cariñosamente, hasta los demás empleados estaban extrañados por la forma y el trato que le manifestaba a mi madre. Un jueves por la noche, a eso de las siete y media, llegó él a nuestra casa muy contento; lo delataba su rostro y el brillo en los ojos. El brillo de los ojos nos revela un vestigio tenue del infinito, ya sea en el hombre, o en otro animal que respira y siente.

Yo estaba pegado como siempre a la falda de mi madre cuando el señor Manuel Mestra Martínez, le dijo:

- ¡Me dijo que sí, niña Mary!...
- ¿Quién? Le preguntó ella.
- ¡Ese hombre...! ¡Con el que hace algún tiempo

vengo conversando y con el que he estado saliendo!...

- ¡Mucho cuidado! Le dijo ella. ¡Recuerde que las cosas se repiten!

Mi madre no quería ser ave de mal agüero; solo recordarle la tragedia que había experimentado hacía poco tiempo.

El señor Manuel Mestra Martínez, le describió a su nuevo novio en detalle; solo un enamorado ve belleza en cada rasgo. Esa noche mi madre vio a su vecino, jefe, y ahora hijo adoptivo, enamorado completamente. Quería asegurarse de que fuera cauteloso, pero el enamorado ni oye, ni escucha, ni entiende nada que venga de lo racional, porque en el noviazgo, lo único que importa es el corazón.

Llevaban tres meses de noviazgo, cuando el señor Manuel Mestra Martínez se fue de vacaciones a la isla de San Andrés y Providencia. Había preparado un tour como antesala de su matrimonio. En aquella época de mi niñez, ser homosexual, primero que todo era un escándalo, segundo, estaba prohibido el matrimonio entre personas del mismo sexo. Se consideraba un total absurdo y un pecado. Esto ha cambiado afortunadamente por el bienestar de la cultural.

En una cultura tan patriarcal, a la mujer y a los homosexuales únicamente les queda luchar por la dignidad. Afirmarse en la femineidad y en su identidad es la única forma de contrarrestar al implacable machismo.

Antes de irse veinte días de vacaciones con su nuevo novio a la isla de San Andrés y Providencia, le dijo a mi madre que tenía que conocerlo, pero era tanto su entusiasmo que se le olvidó hacerlo.

Cuando regresó, lo primero que le dijo fue:

- ¡Estoy muy feliz... niña María, ¡no me cambio por nadie!
- ¡Me alegra! Le dijo mi madre.

En verdad, todos esos gestos mostraban cómo se estaba sintiendo. Nadie puede sentir por otro. ¡Es imposible! El lenguaje se queda corto para describir ese fantástico mundo en que nos introduce el amor.

El amor es un incomprendido relato entre dos seres que no admiten participación de otro; por eso un tercero destruye el mundo interior del que más está enamorado. En el enamoramiento sufre más quien más se entrega.

Otra vez volvió a suceder. El nuevo novio del jefe, también lo traicionó, pero esta vez con una mujer. Desde antes de aquellas vacaciones, ya el susodicho le traicionaba. Algunos conocidos suyos le habían dicho que ese hombre estaba con él únicamente por su dinero, pero las palabras que le revelan la traición a un enamorado son un desgaste inútil.

El señor Manuel lo pudo ver con sus propios ojos: un día, recibió una llamada en su oficina; una de esas que aparecen en el momento preciso.

— Hola. ¿El señor Manuel Mestra Martínez?

Preguntó una voz grave al otro lado de la línea

Yo estaba limpiando su escritorio; con mucha cautela seguí atento esa conversación. Los adultos no ven a los niños.

— ¡Sí! Dijo.

— Vea, vaya ahora mismo a la residencia: Encantos de amor, y verá cómo lo están traicionando.

— Su semblante cambió de inmediato. El rostro se le puso pálido como el de un muerto. Se fue de inmediato a buscar a mi madre, quien estaba trapeando el pasillo.

— ¡Tengo que irme Niña Mary! Dijo con voz desesperada.

— ¿Y para dónde?

No le respondió. Cerró la oficina y se fue a comprobar la novedad; a sentir nuevamente lo que era una traición.

No sé lo que vio en esa residencia. Con todo, esa vez no se encerró a beber licor en la oficina por dos días.

Ese mismo día, destrozado nuevamente, llegó por la noche a la casa, buscando a mi madre. Corrió hacia ella. Sentada en su tradicional taburete apoyado sobre el guayabo, lo recibió en sus brazos. Lo abrazó. Se ahorró palabras. Ya sabía qué le estaba pasando. El patio de la casa estaba iluminado únicamente por la luna, que suplía la ausencia de la luz eléctrica que se había ido en todo el barrio. Por fortuna, e inconscientemente, estuvimos apoyando al señor Manuel Mestra Martínez...

A menudo, aprovechábamos la oscuridad causada por la ausencia momentánea de electricidad, y nos íbamos al patio a holgarnos, y a reconstruir experiencias a través de anécdotas, leyendas, cuentos, relatos, mitos y chistes, para entender que la vida es un relato como todo lo que nos sucede a diario.

La diferencia con la primera ruptura que ahora estaba viviendo el señor Manuel Mestra Martínez, era el sentido que le había dado a su vida aquella frase que le había compartido mi madre.

— ¡Eso me pasa por no ver con quién me relaciono, niña María!

La última expresión fue muy tierna.

El hombre está necesitado de encontrar brazos que le ayuden a sentir ternura hacia sí mismo y le den la posibilidad de erguirse frente a cualquier situación adversa. De esta manera puede afirmarse un tipo de situación, ya sea sexual, social o cultural en este mundo.

Al día siguiente, en su oficina, el señor Manuel Mestra Martínez fue visitado por un hombre. Apenas le vio le increpó:

— ¡¿Qué vienes a buscar?! Le dijo.

— ¡Hablemos!

— ¡No, no hay de qué hablar! Le respondió tajantemente.

— ¡Te puedo explicar lo que sucedió!

Era tanta la indiferencia del señor Manuel Mestra Martínez, que el hombre tuvo que violentarse contra él, e intentó golpearlo. Ante esta situación, mi madre se vio obligada a intervenir.

— ¡No quiere hablar con usted! Casi gritó mi madre. ¡Aprenda a respetar el dolor del otro!, ¡Voy a llamar a la policía, si no se va!

Esta vez el señor Manuel contaba con una persona que le defendía. La decisión de no mendigar amor y la defensa de mi madre eran los dos ingredientes necesarios y apropiados para transformar su vida.

Ese día, la noche me poseyó; yo soñé que estaba muy triste, tirado en el suelo, con un perro a mi lado. En medio de esa tristeza, un niño se me acercó y me señaló el rostro de mi madre que me mostraba con sus manos unidas en señal de oración, que yo no estaba solo. Su rostro brillaba con un blanco intenso en medio de la oscuridad y noté que su sola presencia resplandecía en la noche. Al despertarme sentí profundamente la compañía de mi madre, miré y la vi durmiendo a mi lado. Seguí recreando la escena que había visto en la oficina y cómo mi madre había consolado tiernamente a su jefe.

18

El destino es un misterio que suele usar múltiples disfraces; aun cuando, se nos imposibilita, en principio, conocerlo, hasta que no nos acerquemos al final de nuestro viaje. Suele decirse que llegamos a este mundo con nuestro futuro ya marcado. Si fuese así, se le quitaría ese ingrediente de aventura a la vida.

El destino tampoco está determinado por la muerte; ella es simplemente la bendición que nos hace vivir, por la sencilla razón de que no tendremos noticia de la propia. La finitud no permite determinar el destino. El destino está implícitamente en el acto de tomar conciencia de querer vivir una vida honesta. Es como caminar por un oscuro sendero sin guía y sin compañía, pero con la certeza de que el miedo se va desvaneciendo a cada paso que damos. Cuando ponemos la mirada en la sola meta, nos perdemos de vivir plenamente. Ella se construye de a poco y en medio de nuestros propios miedos. El miedo es el vestido ficticio que el hombre se pone en su noche de gala cuando le visita la diosa Morgana.

Mi madre no había nacido simplemente para servir. Había venido para ser una sacerdotisa. Después de mucho tiempo entendió que su trabajo sirviendo en casa de familia, había sido su forma de sobrevivir a los actos injustos perpetrados por seres ciegos y destructivos.

De vez en cuando la acompañé a la iglesia. Siempre iba a dar gracias a Dios por su trabajo.

Y la veía sirviendo y recogiendo la ofrenda en cada eucaristía, cuidando que no se cayera ni una moneda al suelo; repartía los folletos de las lecturas dominicales, ella que no sabía leer, pero con la certeza de que contenían palabras de Dios dichas a seres vulnerables que necesitan su palabra para poderse levantar de situaciones adversas que nunca faltan en la vida. La veía comulgar la hostia sagrada y retirarse con los ojos cerrados por un buen rato y refugiarse en su mundo interior.

La mujer es el auténtico celebrante de la vida y dueña de los misterios tenebrosos a los que estamos expuestos. Es la sacerdotisa capaz de entender los misterios sagrados en este mundo. Es quien nos bendice y nos ayuda a concebir las causas propiciadoras de las consecuencias negativas de nuestros actos. La perspectiva de vida de una madre le concede el derecho de ser quien celebra la vida sin distinción alguna. Es quien celebra el rito en que los seres se reúnen con plena conciencia de que todos son vulnerables. Ninguna madre es Dios; pero da la sensación que lo fuera; en ocasiones es ambiguo su comportamiento, pero es su naturaleza por conceder vida y muerte, nace el hijo, pero se resiste a la pérdida tras su nacimiento. Tampoco es una deidad de la radiante luz, pero sí la que nos puede ayudar a entender un poco las múltiples contradicciones de nuestra propia vida.

La vida nació de una Diosa. Es una Diosa, la protectora de la vida. Una Diosa que acompaña al hombre en esta larga noche. Es una Diosa que acompaña ingeniosamente al hombre para no culpabilizarlo, porque sabe que la culpa lo paraliza. Es la diosa que se manifiesta en los hermosos destellos de la luna, y sus manos agrietadas y renovadas son capaces de acariciar a quien se siente destrozado. Se disfraza sutilmente de madre, pero no es de este mundo. Pese a que, su presencia es una

ausencia; esta es su gran paradoja. En este mundo ninguna madre es plenamente esa Diosa que busca el hombre. Simplemente, es una matriz de la deidad que buscamos, y la música, el recuerdo de lo que queremos recuperar.

Esta Diosa se vale del poeta; un mortal que revela fonemas efímeros transformados en simples acordes musicales para nutrir el mundo interior de quien los lee con el corazón en medio del desierto. El poema no se interpreta; la interpretación mata el poema. Solo se medita. La meditación es el puente que nos conduce hacia los brazos de la Diosa deseada. El artista no hace más que recordar a través de sus obras este anhelo plasmado en cada trazo del pincel. La pintura y la poesía, simplemente son sublimes manifestaciones de la ternura que el hombre tanto anhela. Los primeros gestos tiernos de una madre es la confirmación de lo que buscamos misteriosamente. La Diosa que destila luz en medio de la oscuridad no es de este mundo. El hombre dejó de adorar la luna y en su lugar puso al sol, para justificar su patriarcado y sufrir su constante huida a la ternura. La vida es una huida inconsciente a la ternura.

Por las noches, el rito no planeado de reunirnos en el patio de la casa, nos permitió escuchar cómo había sido la niñez de nuestra madre. A sus trece años, entregada por su madre, fue esclavizada como interna en una casa de ricos; jamás se pudo comprar un vestido o unos zapatos. En tiempos de mis abuelos, los hijos eran para trabajar; la escuela no era lugar para ellos. Una vez, le dijo una amiga:

— ¡Detrás de una buena madre hay unos buenos hijos! Ella guardó silencio.

La madre es lo único y verdadero.

Mi madre era una mujer de cabello largo, de cadera ancha, labios delgados, nariz fileña, piel morena, manos tiernas, brazos gruesos, de corazón

compasivo y de coraje inquebrantable, después de la muerte de mi padre la acecharon muchos hombres y algunos le propusieron matrimonio con tal de cuidar a los cachorritos y eran pretendientes ignorantes de la promesa juramentada por su carácter que cumpliría hasta la tumba. La ignorancia es atrevida. El sufrimiento termina fortaleciendo el carácter. La vida adquiere ese sentimiento de tragedia, aun cuando salimos de cualquier adversidad gracias a ese coraje que hemos forjado desde niño sin caer en la cuenta. Tan solo una vez un pretendiente le llevó un mercado con la ilusión de conquistarla y apenas el susodicho salió, ella se puso a realizar el acto de donación sin mérito a las vecinas que en verdad necesitaban más que nosotros. Y nos decía: el hambre también es una forma de resistir pacíficamente.

19

En principio, el viaje por saber quiénes somos nos conduce a desenterrar un tesoro. Años anteriores, mi hermano mayor se había ido a Barranquilla y estaba trabajando en una ebanistería. Había conformado un hogar con una excelente mujer, con quien después de tres años de convivencia ya tenía dos hijos.

Mi hermana se había quedado al lado de mi madre convertida en una costurera, arreglaba, cosía y remendaba todo tipo de vestidos en casa. Entre tanto José empezó a trabajar limpiando las piezas de los motores en un taller recién inaugurado en esa época en el pueblo y con el tiempo aprendió el arte de conocer los engranajes de los múltiples motores existentes en el sector automotriz y esto le permitió ascender y posesionarse en el gremio.

En ese tiempo viajé a Barranquilla. Me instalé en la casa de mi hermano. Tres años después de lavar carros de día y de noche conocí al sacerdote Jaime López Gutiérrez, quien me invitó una noche al grupo juvenil. Era un sacerdote que orientaba a los jóvenes en ese viaje incierto que es la vida y nueve meses después de estar colaborando en la parroquia me propuso que me fuera a un seminario en Medellín, a la ciudad de las casas de formación y de la eterna primavera.

Una mañana. Me fui a una cabina de Telecom, la única empresa de telefonía pública de la época

que desapareció cuando los empresarios extranjeros empezaron a comprar los servicios públicos del país. Me comuniqué con mi madre, gracias al teléfono de la vecina.

- ¡Hola, mami!
- ¡Hola, hijo!
- ¿Cómo está?
- ¡Gracias a Dios, bien!
- ¿Cómo estás, tú?
- ¡Bien, mami!
- ¡Hace rato que no me mandas un cariñito! Se refería a un apoyo económico.
- ¡Ya no estoy trabajando, mami!
- ¡Y eso...! ¿Te echaron del trabajo?
- ¡No!, renuncié.
- ¡Yo no sabía!
- Mami, me cansé de estar lavando carros, siento que eso no es lo mío.
- ¡Bueno...! Espero que encuentres lo tuyo. Recuerda trabajar en lo que más te gusta. Nunca lo olvides.
- ¡Siempre lo tengo presente, mami!
- ¿Qué haces ahora?
- Te cuento que llevo meses siendo coordinador del grupo de oración del barrio.
- ¿Y eso...?
- En un servicio que realizo con gusto.
- ¡Ya! También es un trabajo. Usted, nos enseñó que deberíamos trabajar en lo que más nos hiciera sentir realizados como persona, y eso estoy haciendo. Proseguí: ¡el sábado tuve un sueño contigo, mami!
- ¡Y eso...!
- Pues te cuento que el sábado me quedé durmiendo en la casa cural acompañando al padre Jaime, él, es el párroco de la iglesia de san Antonio de Padua... Es un sacerdote muy

querido, pero muy anciano. Vive con otro sacerdote, el padre José, al que quiere como a un verdadero hijo. Los dos llevan muchos años viviendo juntos. Parroquia a donde envían al padre Jaime detrás va el padre José. Mutuamente se acompañan.

- ¿Qué soñaste, hijo?
- Que yo estaba sentado en un piso y a mi lado estaba Limberg. ¿Recuerdas ese perro negro con esos ojos que brillaban en la oscura noche cuando la luz eléctrica nos dejaba sumergidos en la nada? El perro, Limberg, me acompañaba. En el piso, me sentía yo muy triste. Acariciaba su pelaje negro y grueso. De repente miré y vi que en medio de la oscuridad tú estabas en actitud de oración frente a ese altar, irradiabas como la luz que ilumina lo que tiene que alumbrar. De ti venía esa luz radiante impregnada en el vestido blanco que llevabas. Mis ojos te vieron acompañada de tus amigas de siempre, Auxiliadora, Inmaculada, Fátima, Guadalupe, Carmen y Concepción. Y me dijiste: —¡Comprende, no juzgues, simplemente ve...! Y allí desperté.
- ¡Muy raro ese sueño, hijo! ¿Será que me voy a morir? Dijo jocosamente.
- ¡No digas eso madre! Dios te va a conceder muchos años más de vida para seguir disfrutando de tus hijos. Le dije.
- Cuídese mucho.
- ¡Claro que sí! —¡Bendición, mami!
- ¡En el nombre del padre, del hijo y del espíritu!
Me la imaginé haciendo la señal de la cruz de arriba abajo y de izquierda a derecha detrás del teléfono. Unos minutos después, le dije:
- ¡Te amo, madre!
- ¡Yo también, hijo! ¡Te cuidas!

- ¡Amén! Salí de la cabina.
- ¿Cuánto le debo, señorita? Pregunté.
- ¡Cabina 2...! Son tres mil pesos...
Menos mal que me acompañaban cinco mil pesos en el bolsillo.
- ¡Muchas gracias!
- ¡Con mucho gusto! Me dijo.

Salí pensando en las imágenes del sueño: en el vestido blanco, en el perro, en ese lugar que me hacía sentir seguro, en la decisión que había tomado de irme a Medellín, y en la tranquilidad que me transmitió a través del teléfono cuando le participé la noticia de mi nueva travesía. Sentía a mi madre muy segura y absolutamente nunca me reprochó ninguna decisión después de haber salido de la casa; era como si me respetara mi propia búsqueda, y en su silencio distante deseando lo mejor para mí. Eso sí, cuando había dudas en alguna decisión, le consultaba; entonces me recordaba los buenos consejos cuando niño: ¡lo que hagan, háganlo con amor! El trabajo que se hace con amor es la garantía de la mundial economía. Es un regalo del supremo creador que nos cuida de guardar monedas frías, varios años después, oí este mensaje al psiquiatra Claudio Naranjo, pero que reconocía que esta consigna era de un artista chileno, Tótila Albert Schneider.

20

Viajé a Medellín un miércoles por la noche. De Barranquilla a Medellín son aproximadamente catorce horas de viaje por carretera. Llegué a la terminal del Norte. El taxi tardó cuarenta y cinco minutos yendo desde la Terminal del Norte hasta el seminario en el barrio Robledo. En la antesala de la puerta de la calle había una escalera; me tocó cargar el bolso en el hombro derecho. Ya en la puerta, lo descargué, toqué el timbre de botón rojo. Un hombre abrió primero una ventana pequeña y un segundo después, la puerta. Me dijo:

- ¡Bienvenido a tu nueva casa!
- Gracias, respondí sin mucho entusiasmo. La verdad pensaba encontrar algo distinto. Había pensado encontrar una casa con estructura de seminario; algo parecido al Seminario Regional de Barranquilla, que tenía unos espacios amplios para las diferentes actividades. En cambio, esto no era, sino una casa antigua, con su puerta grande pintada de color marrón; con pasillos enchapados de desgastadas baldosas; con un jardín a punto de convertirse en desierto; con una incipiente biblioteca; con una sala de estudio que ahora servía para atender las visitas; con un antiguo televisor que sintonizaba solo canales regionales; con abundantes camarotes ocupados por los integrantes del primer año de formación; con una pequeña cocina de piso de baldosas amarillas y la despensa dejaba ver

que en la casa había ratones y cucarachas en protesta.

Había una larga mesa de comedor con puestos distribuidos por rango: sacerdotes formadores; dos diáconos que había cuando llegué allí; seminaristas de primero, segundo, tercero y cuarto de teología; luego, los de primero, segundo y tercero de filosofía, y, por último, los integrantes del primer año de formación, es decir, el grupo al que desde ese día yo pertenecía.

Me presentaron al padre director.

- ¡Buenos días, soy el padre Fernando!
- ¡Buenos días, padre...!
- ¡Mucho gusto!
- Bienvenido..., esta es su casa.
- Gracias, padre

El padre Fernando estaba sentado en una silla de ruedas. Con el tiempo me di cuenta de que sufría de una artrosis que le ponía rígidas las articulaciones.

Fue el encargado de impartir mi primera clase de griego. Él había estudiado inglés, francés, portugués, hebreo y griego a la vez. Era un políglota. Él se había formado en un seminario en Alemania. Había sido uno de los sacerdotes enviados a estudiar a Europa en una época en que las becas de estudio de la Diócesis de Medellín eran escasas.

Después me presentaron al padre Salomón.

- ¡Buenos días, bienvenido...!
- Pensé que me estaba mirando de manera extraña; enseguida me percaté que era ciego y también estaba sentado en una silla de ruedas.
- ¡Hola, padre! Le agarré la mano.
- ¡Bienvenido...! Me dijo sin mover la cabeza
- ¡Gracias, padre!
- ¿Cómo se llama usted?
- Wilfrido.
- ¡Esta es su casa!, dijo, con ojos que parecían buscar sin encontrar.

— ¡Gracias, padre!

Uno de mis compañeros me iba indicando y presentando uno por uno a los directivos de la casa; posteriormente me compartieron datos de los padres formadores aprovechando su ausencia.

— El padre Salomón ingresó muy tarde al seminario..., cuando lo hizo ya tenía treinta y cinco años. La diabetes lo dejó ciego.

— ¡Ya!

— Ahora están a punto de cortarle una pierna, me decía otro, mientras subíamos por unas escalas hacia los camarotes.

— Esta es tu cama, dijo, señalando con el índice de la mano derecha.

— ¿Dónde coloco la ropa?, le pregunté al no ver un closet.

— Durante este año, te toca mantener la ropa guardada en el bolso.

— Vale. Muchas gracias, dije sorprendido.

— Cuando escuches la campana, es para que bajes a comer.

— Bien. Muchas gracias.

Me senté en el borde de la cama a preguntarme en dónde diablos me había metido. Miraba yo el oscuro pasillo y ese piso profuso de camas. ¡Quería regresarme!, pero a la vez pensaba que ya estaba en Medellín y era mi deber seguir. En esa oscura habitación lloré, me sentí solo. La campana sonó a eso de las ocho. Bajé al comedor.

Me indicaron el lugar que debería ocupar en la mesa del comedor. Sería el mismo durante los siguientes años.

Estando ya todos en el comedor, el padre Fernando me dio nuevamente la bienvenida.

El padre Salomón no comía en el comedor; debido a su situación de salud le habían incorporado a su habitación todas las comodidades de una casa: baño, sala, comedor y una cama confortable. Además,

había contratado a una persona que le preparaba las comidas del día. Nos sentamos, el padre bendijo los alimentos, esa mañana comimos los dos diáconos, los tres teólogos, tres estudiantes de filosofía, más tres aspirantes de primer año como yo.

Algunos compañeros me preguntaron en la mesa mi lugar de nacimiento; dónde había hecho mi proceso vocacional, y cómo me sentía. Hablamos sobre el origen un poco. ¡Siento mucho frío!, les dije.

En el 2000, era un milagro que durante las mañanas saliera el sol en Medellín. El día amanecía entre bruma. La primera noche tuve que dormir con dos pantalones puestos, tres pares de calcetines, dos abrigos y dos cobijas. En la primera semana, mi cuerpo no volvió a saber del agua, porque en toda la casa no existía rincón donde el frío no reinara.

En los cinco baños comunitarios había ausencia de agua caliente. La calefacción era un privilegio del que solo gozaban los dos sacerdotes formadores, los dos diáconos y los tres teólogos. Con el tiempo desafié el frío.

El hombre es un animal de costumbres involuntarias. En tres semanas fueron llegando más aspirantes. Ese año el número subió a veinticinco candidatos del primer año de formación. Antes de cumplir el primer mes de estar allí, me convocaron a una reunión con todos los de la casa. En ella se compartió el cronograma del semestre. Los integrantes del primer año estaríamos en casa estudiando con el padre Fernando, quien nos impartió griego el primer año; los dos diáconos, nos impartirían introducción a la filosofía antigua griega. Los tres teólogos dieron tres cursos: Introducción a la misionología, Redacción y oratoria, y Espiritualidad. Fueron cinco cursos en total durante todo el semestre.

El curso de griego me despertó el placer por la lectura. Empecé a sentir la necesidad de leer y de aprender griego. Con cada nueva clase, el padre

Fernando despertaba el deseo de profundizar en el conocimiento de una de las culturas más influyentes en el mundo occidental. En esos primeros meses la lectura me despertó el deseo de conocer más la cultura de la antigua Grecia. Después de las clases de la mañana, me iba a la biblioteca de la casa, a leer libros de filosofía. Estaba la colección de los diálogos de Platón de Editorial Gredos, cubiertos de polvo y olor a moho y con sus hojas amarillentas por el pasar de los años. No sé si alguien en casa había leído los diálogos de Platón. Limpié los libros y todos los días los acariciaba con mucha ternura.

En horas de la tarde, después del aseo del sitio que destinaban a cada uno en el cronograma semanal, me metía a la biblioteca, a leer. Opté por esconder los diálogos de Platón porque pensé que algún imprudente podía cogerlos. “Más vale pájaro en mano que cien volando”.

Aquel maravilloso tiempo en la biblioteca, me dejó descubrir la importancia de la lectura. Empecé a articular la oración en la capilla, con el estudio en la biblioteca y el descanso en mi camarote. En el primer año, llegaron personas de diferentes lugares del país. Aprendí a convivir en medio de tanta gente diversa. El semestre transcurrió entre tareas de limpieza, clases, oraciones y lecturas. Estas fueron el instrumento que me ayudó a combatir el deseo de regresar a casa sin antes haber enfrentado esos obstáculos que suele presentar la vida.

21

La lectura fue la compañera inseparable y la biblioteca el sitio sagrado en donde exploraba mundos y personajes indescifrables de la filosofía y de la literatura que nunca olvidaré. Sin caer en la cuenta firmé en el seminario una alianza invisible entre los diálogos de Platón, los libros de Aristóteles, los textos de Nietzsche y las obras de Agustín de Hipona. La lectura embellece el alma. Que esto se haga cierto depende de cada lector, pues no siempre sucede así. Con el tiempo fui compartiendo lo leído con algunos compañeros del seminario.

Además de compartir habitación, unos minutos después de levantarnos debíamos formar en fila, fila interminable y esperar varios turnos, antes de poder darme mi baño. El frío que hacía en aquel pasillo, era inclemente. Después, ir a la capilla a recitar salmos. Esto era el ritual de mañana y de noche.

Esos escritos del rey David, con sentido de alabanza, se tornaban monótonos si no se acompañaban de un espacio para la meditación. En treinta minutos había que leer los salmos de laudes y celebrar la eucaristía, porque algunos se iban a la universidad a estudiar.

Desde el primer toque de campana en la mañana, hasta la lectura de salmos por la noche, todos los días era lo mismo. Las actividades eran monótonas... Nos acostumbramos a ellas sin mucho esfuerzo; nos atrapan, nos dejamos controlar por algo que no podemos cambiar y que nos asusta. A pesar de ello, de esas repeticiones elaboré un horario: lectura, oración, estudio de griego, deporte

y a veces conversaciones. Lectura y escritura exigen disciplina. La disciplina es lo que más cuesta. En el mundo griego antiguo se tenía la perspectiva de que las musas se inclinaban hacia el mortal que estaba en la dinámica de la búsqueda y en ella leía vorazmente y no sabía lo que en verdad estaba buscando, simplemente, al final del viaje descubriría el tesoro.

En el segundo semestre de aquel año introductorio, ya el número de seminaristas se había reducido a diez. Me nombraron coordinador académico, un cargo que implicaba organizar la programación académica y el horario de aseo, cocina, atención al teléfono, toque de campana y atender a los visitantes en el seminario.

Cuando nos pusieron a cocinar para todos, yo no tuve problemas; mi madre me había enseñado también a lavar y a planchar. Necesitamos aprender en la escuela y en la universidad también cosas prácticas para la vida como las que me enseñó mi madre. Además, estaba descubriendo que la lectura nos introduce a nuestro mundo interior.

La lectura nos transporta a mundos posibles y entremezcla ficción y realidad haciendo visible la fusión de la tragedia y de la comedia de la vida. Basta solo con cerrar los ojos para quedar atrapados por un sueño en el que vemos rostros de personas y escenas, que a veces no desciframos en el momento y quedan registrados en alguna parte de nuestro cerebro y cuando menos pensamos todo tenía que ver con nosotros mismos y con los otros que nos acompañan en este viaje que cada quien le pone nombre. Los sueños son colectivos. Así como lo es el arte. El cerebro, a veces no nos ayuda y erramos pensando que ya todo lo sabemos. Tenemos sueños siniestros, intimidantes, fantásticos, confiables y otros no tanto; reveladores y no tan descriptivos. En fin. La ciencia aún no responde a la pregunta de

cómo nacen los sueños. Lo cierto es que al igual que las aguas del mar, llegan y se van. Los sueños son misterios.

Me dediqué a tomar apuntes e interpretaciones sobre lo leído y en una libreta anotaba párrafos que me fui aprendiendo de memoria al igual el número de página, nombre del libro, editorial y año de publicación con el objetivo de estar blindado de la mentira. Jamás me ha gustado rayar las páginas de los libros. Porque con nuestros ojos sobra de profanar lo sagrado. No obstante, lo paradójico es que en lo profano nos encontramos con lo sagrado. Los libros son sagrados y muchos de ellos nacieron en la noche, por esto debemos de amarlos. En ellos he aprendido a contagiarme del dolor y del sufrimiento del autor. La escritura es para liberarnos de todo sufrimiento. La escritura nace de un sueño y es el intento de describir nuestro propio sueño entremezclando ficción y realidad en unas páginas que en principio intimidan.

El cargo de coordinador académico suponía un cambio en las actividades cotidianas. En ese tiempo me centré en cuidar el cronograma de lectura y estudio personal. Entonces empecé a dormir pocas horas porque debía estar pendiente de que los otros hicieran de forma adecuada el aseo, de sus procesos académicos, porque el padre Fernando, deseaba que estuviéramos muy bien preparados en lectura y en escritura para el ingreso a la universidad. En medio de sus quebrantos de salud, el padre Fernando nos enseñó que el mundo académico es muy exigente; siempre estaba leyendo y escribiendo, en esos momentos cuando la artrosis estaba ausente. Leer y escribir son dos caminos terapéuticos.

22

Al otro día, muy temprano, subí los quince peldaños de la escalera que me llevaban a la habitación del padre Fernando. Entré y me quedé contemplando la pintura que estaba colgada encima de la cama, La Tormenta en el mar de Galilea, de Rembrandt, pese a lo cual, él seguía durmiendo y no quise despertarlo. Tres días después, la salud del padre Fernando se complicó y decidió irse a la casa de su madre. Su retirada me produjo un dolor indescriptible. En pocos meses me enseñó que el conocimiento debe unirse con la vida. El padre Salomón asumió la dirección de la casa de formación. Me refugié en la biblioteca. La persona con la que más hablaba en el seminario era con Octavio, un compañero de Pitalito Huila; la amistad con él se fue fortaleciendo.

Una noche, Octavio, me visitó estando yo en la biblioteca.

- ¿Cómo estás?
- ¡Bien!, ¿y tú?
- Veo que no conversa con nadie...
- Lo normal, le dije; cada uno está concentrado en lo suyo.
- ¿Me puedes ayudar con la tarea de filosofía? Nos pidieron leer el diálogo Apología de Sócrates de Platón.
- ¿Y cuál es el problema? Que ya lo leí, pero no entendí absolutamente nada.
- ¡Ya...! Pero como la lectura es para dentro de ocho días, pues, te propongo que empecemos

a leerlo mañana a eso de las siete de la noche, porque ahora es muy tarde...

— Dale, ¡gracias...! Así quedamos.

Al día siguiente, leímos y pudimos descubrir el sentido profundo de lo que podría ser la justicia planteada por Sócrates. También las implicaciones y los riesgos a los que se somete la persona que intenta vivir revestido de ella. Aquella vez fue la puerta de acceso a información de Octavio, quien era hijo único, obsesionado por ser sacerdote. La lectura fue el pretexto para que me compartiera un aspecto que le atormentaba y el diálogo sin juzgamiento nos ayuda a pasar al otro lado de la noche.

— ¿Cuándo se acabará el celibato? Preguntó.

— ¡Es más fácil que ganemos un mundial de fútbol, a que eso suceda en la iglesia!, ja, ja, ja. Pero ¿a qué se debe tu pregunta?, le dije.

— ¡Ya no puedo con esto...! Dijo.

— Sigo sin entender, Octavio.

— ¡Con el celibato, hermano...! Explicó.

— ¡Ya...! Pero cuando ingresaste aquí sabías las reglas. No veo el problema.

— ¡Sí..., pero a mí me gustan mucho las mujeres, hermano!

— El asunto es experimentar la sinceridad con uno mismo. Si eso es imposible, entonces sí es un grave problema.

— Pero aquí muchos poseen historias amorosas escondidas. ¿sabías?

— Muy triste el hombre que se justifica por el comportamiento del otro.

— Siento que eres una persona buena y honesta, ...

— ¡Gracias, solo intento vivir el día a día muy atento a lo que contemplo, y busco la manera de mantenerme aprendiendo... precisé!

De repente, Octavio, empezó a llorar. Entonces, detuve la lectura del libro que en ese momento estaba en mis manos.

- ¿Qué te pasa? ¿Le pasó algo a tu mamá?! Pregunté.
- No, no es ella... ¡Le voy a contar un poco el drama que vivo hace varios años...! ¡llevo cargando un pecado como la cruz que me ha dado Dios...! ¡Siempre ha sido el mismo pecado... tanto en la casa anterior como en esta! ¡Siento que no puedo más...!
- Existe un solo pecado: creernos superiores a nuestra naturaleza. ¿Cuál es ese pecado?
- Que cada miércoles, cuando salimos de permiso, voy y visito a las prostitutas. Expuso. Con la mirada fija hacia el piso de la biblioteca. Entre tanto le contemplaba y guardé silencio. Sentía que eso era una dolorosa y liberadora confesión. La experiencia en esta casa no podría ser una tortura: entonces le dije:

- Octavio, tienes que buscar apoyo de un profesional o de una persona que te ayude a experimentar la sinceridad contigo mismo. El seminario debe ser el sitio donde nos despojemos de nuestros miedos y en donde disfrutemos de la sinceridad con nosotros mismos. Si no somos sinceros con nosotros mismos imposible que lo seamos con los otros. Entré al seminario en búsqueda de algo que todavía desconocía. Cada día busco, busco y busco, y siempre me estoy preguntando en esta constante búsqueda. Le dije.

Todos tenemos nuestras propias sombras. Te cuento una historia, ya que hablamos de sombras, dar el nombre a la sombra es lo que nos salva. Esto lo había leído en un libro cuyo nombre no recordaba.

Es la historia de dos hermanos. Una noche, un hermano mayor condujo a su hermano menor a un burdel. Pues este pensaba que su hermano era homosexual. Y para descartar esta duda lo condujo a ese sitio. Cuando estaban los dos en ese burdel, el hermano menor empezó a ver fotografías de mujeres desnudas colgadas en las paredes y en las mesas estaban los clientes de siempre. Entre tanto, el hermano mayor pidió dos cervezas y llamó a una mujer a la mesa y le indicó que se sentara a su lado; el plan era que sedujera al hermano menor. Era una mujer mayor, con el maquillaje lograba disimular las arrugas, entre tanto con los labios pintados de rojo; con senos grandes; y con uñas largas y bien pintadas intentaba despertar deseo en algún cliente, esa noche; dicen que el rojo despierta pasión. La mujer, por indicaciones del hermano mayor, condujo al hermano menor a la habitación.

¡La mesa estaba servida! Para despejar toda duda de homosexualismo, el hermano menor fue obediente. Entraron. Ella tardó poco en quitarse las diminutas prendas que cubrían sus senos y vagina. El joven, sin desvestirse, observó la tenue luz del bombillo que colgaba del techo; la cama vestida de una sábana sucia y amarillenta al igual que la funda de la almohada estampada de líquido asqueroso; la bacinilla destartalada debajo de la cama, y una mesita que soportaba una ponchera llena de agua medio limpia.

- ¡¿A qué vino-... a ver?! ¡Rápido...! Quítese la ropa que ya su hermano pagó por el servicio
Ella aseguró la puerta.
- ¿La primera vez?! ¡Así es que me gustan...!,
primerizos muchachitos.

Era un monólogo en esa habitación. El joven había entrado en un marasmo. Esa mujer le quitó a la fuerza el pantalón. Sacó su pene, que seguía sin

despertarse, ni siquiera cuando ella se lo metió entre los senos voluptuosos.

— ¡Muévete, muévete, que no tenemos todo el tiempo! ¡No demoran en tocar la puerta, son quince minutos por turno...! ¡Por lo menos que la verga se pare para que eyacules...!

Su monólogo se extendió, pero el pene no despertó. Esa mujer se sentía derrotada en su oficio y salió con furia. Estando de pie el joven se subió el pantalón y se quedó llorando un rato. En escasos minutos tocaron la puerta, era una señora para limpiar la cama.

— ¡Pues aquí no hubo faena! ¿Me regala una propina?

— No tengo.

— ¡Siempre lo mismo...! ¡Todos son iguales...!

El joven llegó a la mesa. Y le dijo a su hermano, por favor, nos vamos.

— ¡En quince minutos nos vamos!

El hermano menor, ante la evasiva de su petición, prefirió irse de aquel sitio.

Octavio, lo fundamental, a veces, es huir, y huir es un acto heroico. Esta historia nos ubica cómo otros nos conducen a realizar cosas que en el fondo no queremos ejecutar. Con todo, no tenemos el coraje de marcharnos. Te repito: huir es ser valiente y una forma de resistir pacíficamente.

23

En casa de la señora Eugenia.

La primera Semana Santa en el seminario, me enviaron a misionar a un pueblo de Manizales. Me hospedé en casa de una señora muy amable, madre de seis hijos a los que había criado en la fe cristiana. Cada domingo se engalanaba al igual que todos en casa, para ir a misa, la fiesta del encuentro con el Señor. La consigna de la madre era que se condenaría si faltaba a una celebración; al menos era lo que le había transmitido el sacerdote desde el púlpito del atiborrado templo. Creía que, si ella o alguno de sus hijos faltaba a una misa de domingo, se condenarían; que sería su tiquete a las profundidades del infierno.

Los domingos se tornaron aburridos para los seis hijos de la señora Eugenia. Tiempos negativos para unos hijos que querían cuestionar; pero su madre nunca les preguntó qué querían hacer en un día que ya se les había convertido en repetición. Monótonamente, cada domingo un sacerdote los sermoneaba a ellos que eran niños limpios, sin pecado; los hacía sentir parte de un grupo de analfabetas destinados a escuchar discursos enojosos promovidos, no para entender, sino para informar literalmente lo que estaba escrito en unos libros no históricos sino míticos.

Los libros míticos de la Biblia son narraciones inolvidables que no admiten razones; más bien invitan a tomar la actitud de un niño fascinado porque los árboles hablan, los animales ríen, los ríos cantan; las flores contagian a los seres humildes de múltiples perfumes; el aire toca la piel del cuerpo quizás para hacerle entender al hombre las buenas maneras de vivir en el jardín que es el mundo, que él solo destruye con su arrogancia, y que comprenda esas causas destructivas que han desacralizado la vida, y por último mostrarnos que tanto el hombre como la mujer provienen de una fuente divina; ninguno posee el derecho a esclavizar al otro.

El hijo mayor de la señora Eugenia meditaba todos esos fragmentos míticos, desde que sintió que debía apartarse de esa monotonía sacramental de cada domingo. Así que su simple decisión de no asistir más a misa, propició un conflicto con su madre; aquel domingo en que sus hermanos ya estaban listos para acompañar a su progenitora, le dijo:

— Hoy no voy a misa.

— ¿Qué es ese atrevimiento? ¡Cállate!

Esta frase fue acompañada con una bofetada. El dorso de la mano derecha de Doña Eugenia se estrelló fuertemente contra la boca de su hijo mayor. Los demás se intimidaron al ver a su madre en aquel estado.

— ¡Yo no voy a permitir que mis hijos se conviertan en unos ateos! Dijo la madre mirando a todos los hijos. ¡En esta casa se va a misa o se atienen a las consecuencias!

— ¡No voy para misa así me sigas golpeando! Gritó el hijo, desafiante.

Con palo en mano la madre se dispuso a maltratar cuerpo y alma del hijo. El precio que tiene

que pagar un hijo que no entiende los porqués de los progenitores que constantemente se empeñan en transmitir imposiciones inentendibles es incalculable. El hijo humillado sin que se le tenga en cuenta sus sentimientos, está propenso a protagonizar escenas destructivas en la vida. Esto es de la psicóloga Alice Miller. La imposición de la fe sin entender esos hechos narrados en tiempos pretéritos y extraños propios de unos sujetos extranjeros termina generando consecuencias explosivas en la vida.

- ¡Pues tienes que asistir a misa! Insistió vehementemente la madre.
- ¡Ya le dije que no voy a ir!, reiteró el hijo.
- ¡Te vas a condenar!, repitió la madre.
- ¡No me importa! ¿Acaso ya no lo estamos todos?
- ¡Cállate! ¡No sabes lo que dices!, respondió ella toda indignada.
- ¡Dios no existe! ¡Lo que existe es el Diablo! Respondió el hijo. ¡El hombre detesta a Dios!, ¡El hombre detesta la luz!, ¡El hombre detesta la condición de polvo! ¡Ama la mentira! ¡Ama la oscuridad!, ¡Ama la hipocresía!
- ¡Cállate... Dios mío qué he hecho para merecer esto!, en tono de súplica lloraba la madre.

En medio del llanto, ella decidió irse con sus otros hijos a la iglesia. Pensó en pedir ayuda al sacerdote, así que apenas llegó, acongojada por la discusión con su hijo, se sentó a llorar en una de las últimas bancas. Las lágrimas presagiaban el fracaso; se sentía fuera de sí. En medio de tristeza se preguntaba cómo había podido engendrar un hijo así, y qué había hecho mal.

Estos sucesos la llevaron a tomar la decisión de hablar con el sacerdote sobre lo ocurrido; era cuestión de esperar que terminara la misa... Llegado

el momento se dirigió a la sacristía. El cura, al ver su congoja le preguntó:

- ¿Qué te pasa mujer?
- Ay padre..., si usted supiera...
- ¿Cuéntame?
- Mi hijo mayor no quiere seguir viniendo a misa. Además, esta mañana me dijo que ¡Dios no existe, sino el Diablo! ¿Padre, usted puede ir a la casa para hablar con él?
- ¡Claro que sí, mujer...!, espérame unos minutos...

La madre con sus cinco hijos, el sacerdote y yo salimos a buscar al hijo rebelde. Cuando llegamos a la casa lo encontramos encerrado en su habitación. La madre tocó la puerta con insistencia, pero él no abría.

- ¡Abre la puerta, Satanás, que ha llegado el hombre que te quiere desterrar! Gritó la angustiada madre, frente a la puerta que no se abría ni siquiera con la amenaza de sus palabras condenatorias.

Entonces, ella decidió ir por la llave. Cuando abrieron la puerta el muchacho estaba profundamente dormido. Le zarandearon el cuerpo, pero no reaccionaba. El sacerdote tomó la decisión de tomarle el pulso. Gozaba de pulso Este signo era un alivio.

Cuando el sacerdote intentó hacer la señal de la cruz en la frente del muchacho, este se despertó al instante. Increpando al sacerdote le dijo:

- ¡Qué voy a estar yo poseído por un espíritu maligno ni qué nada! ¡Eso es puro cuento suyo! ¡El diablo es el propio hombre! El diablo está representado en ese que no entiende que la vida depende de quien en verdad ama. El único pecado que existe es no entender la propia vida.

El hombre que descubre la virtud con la que fue arrojado a este mundo no peca por orgullo. La indulgencia divina se inclina sobre el hombre consciente de la virtud que posee porque en él no hay espacio para la envidia ni mucho menos para la mediocridad y el ego.

El rebelde hijo continuó:

- ¡Y si usted, dice que estoy poseído por un espíritu maligno! Le digo que ya no lo estoy porque pude entender que el hombre peca por orgullo. Ese ritual que usted celebra yo no lo entiendo; entonces, si no lo entiendo, no lo puedo celebrar. Si lo he celebrado ha sido por la insistencia de mi madre. El hombre que habla de lo que no entiende es un mentiroso. El hombre no puede vivir de simples informaciones de otros, sino que debe vivir de lo que ha entendido de la experiencia de esos hechos acontecidos y protagonizados por sí mismo. El hombre que comprende le parecen ridículas las disputas generadas sobre Dios. El problema no está en la afirmación o negación de la existencia de Dios. Dios es una palabra reemplazable por vida, poesía, belleza, verdad, bondad, música, poema, luz, tantas palabras salidas de nuestras bocas, tantas palabras engañosas usadas para destruir en nombre de su Dios.

Continúo diciendo:

- Si me pregunta quién es Dios, le respondería que es ese poema escrito que conecta con la vida. Es ese verso que nace desde el corazón. Es esa prosa creada y escrita desde la experiencia de vivir. Es ese ser que no nos hace mentir y que sutilmente se ríe de nosotros cada vez que intentamos escondernos después de cometer

nuestros propios errores. Es quien nos enseña a no sentir vergüenza por lo que hicimos, a lo que han denominado pecado, pero que en el fondo no es más que la falsa relación con nosotros mismos. Cuando el hombre entiende esta verdad, entonces deja de pecar.

Cuando aquel muchacho rebelde guardó silencio, el sacerdote se retiró de la habitación con la cabeza gacha. Lo único que la madre hizo después de escuchar tal discurso fue recostar la cabeza del hijo en su pecho. La mano derecha que antes había sido usada para generar destrucción ahora lo acariciaba. Madre e hijo, ante la ausencia del sacerdote se abrazaron, habían comprendido que los únicos bienes espirituales entendibles están guardados en el corazón.

24

El retorno a la casa de formación se inauguró con una reunión el domingo por la noche; cada seminarista compartió la experiencia de misión de Semana Santa, dónde había estado y cómo había compartido una palabra de consuelo, o mostrado la experiencia particular del amor de Dios en la existencia. Cada uno expresó, pero yo no expuse lo sucedido con el hijo de la señora Eugenia.

En esa reunión observé a Octavio muy triste. Con los ojos apagados, no se veía como cuando regresábamos de la universidad con ese entusiasmo de haber estado en un lugar apartado pero acompañado de humildes personas que entienden que Dios no es un asunto académico sino una experiencia trascendental. Le oí yo esforzadas palabras en el momento de su intervención. Sentía yo que Octavio no estaba en esa reunión, habló por hablar, en realidad, el cuerpo era lo único que comprobaba afirmativamente su presencia en esa reunión. Vi yo a través de su mirada que estaba en otra parte. Esa noche, después de la reunión, me dijo:

— ¡Quiero hablar contigo, Wilfrido!

— ¡Claro que sí...! le respondí de inmediato.

Nos fuimos a la biblioteca, a dejarnos acompañar por autores fallecidos que siguen viviendo a través de sus libros. Nos sentamos de la misma forma en que lo hacíamos siempre, alrededor de una mesa redonda, uno frente al otro. Si le diéramos vuelta a la mesa, fácilmente, sin necesidad de movernos, ocuparíamos el lugar del otro, en ese respetuoso y silencioso deseo de querer escuchar a quien sufre. Octavio empezó a llorar. Las lágrimas eran la antesala de lo que estaba por compartir. Entre lágrimas, me dijo:

— ¡No puedo más con esto, hermano...! ¡Volví a visitar a las prostitutas...!

— ¿Estabas en misión? Le pregunté.

— ¡Sí...!, respondió. Estuve en una parroquia en el barrio Manrique..., pero le pedí permiso al párroco la tarde del sábado, antes de la vigilia pascual y me fui a visitar nuevamente un burdel. Después confesé a un sacerdote el pecado de siempre en la iglesia de la Candelaria.

Después de guardar un poco de silencio le dije:

— La primera vez que me contaste este problema, te manifesté que debías buscar ayuda profesional; no basta simplemente con ir al confesionario. Sé que es difícil encontrar un profesional, pero debes buscarlo. Te reitero las gracias por confiar en mí, y por compartir estas cosas íntimas de tu vida. La confesión no puede ser la justificación de tus repetidos actos destructivos. Le dije.

— Dios siempre me perdona... Hermano. Expresó.

— ¿Acaso no te has dado cuenta de que lo estas desafiando? Retar a alguien que no quiere pelear es contraproducente. En el fondo, es más digno preguntarte cuál es la razón que te conduce a visitar esos lugares, o por qué te humillas constantemente. El perdón es una

experiencia individual; no existe un perdón colectivo. Es un acto gratuito. Se perdona no por el agresor sino para el bienestar de sí mismo. Perdonar es aceptar la enfermedad. Entender la principal causa que impide experimentar el perdón es la apertura a ese proceso que nos conduce a la articulación de las piezas que vienen desajustadas incluso desde mucho antes de nacer. Pregúntate tus razones para entrar al seminario, o quién te trajo aquí. Existen sitios que no son beneficiosos. Expuse.

- Quiero ser sacerdote. Siento que lo mío es el sacerdocio, afirmé.
- La vocación sacerdotal no es un asunto de privilegio, Octavio, existen muchas formas de prestar un servicio sincero. El sacerdocio es una vocación como la del médico, el psicólogo, el abogado, el profesor, la madre, el padre, el esposo, la esposa... Lo divino se manifiesta gratuitamente, lo que resulta es que a veces impedimos su actuar y esto es porque estorbamos y nos cuesta aceptar esta verdad. No hay nada que defender. Octavio. Entre tanto, si no reconoces que estás enfermo no te puedes reconciliar contigo mismo, tendrías que revisar si en este lugar lo puedes lograr, empieza por preguntarte. El ser que entiende esto, vive sin mentiras y ofrece un servicio sin prejuicios ni buscando premios y reconocimientos. La verdad excelsa del budismo: acción sin mérito.
- Quiero servir a la iglesia, repuso.

Frente a esa afirmación no le dije nada. Se hizo tarde, ya era casi medianoche; el tiempo pasó sin darnos cuenta. Dejamos el tema por ahí y con un fuerte abrazo sellamos la conversación. Octavio parecía un poco más animado, pero sus ojos seguían apagados. Cada uno se fue a reconciliar con su almohada lo que era necesario.

En esa noche, acostado en mi cama con los ojos abiertos mirando hacia el techo por largas horas, pensaba en la disputa interna de mi amigo, esa que tal vez él ni sabía en qué momento o etapa de su vida se había iniciado; lo cierto es que yo me había convertido en su confesor. Escucharle exponiendo una y otra vez su pecado, me enseñó que cada uno vive internamente una tragedia. A la mañana siguiente, mientras rezábamos los salmos en la capilla, vi que su rostro irradiaba algo diferente ¡ese era Octavio!

Como de costumbre, por la mañana nos fuimos juntos a la universidad hablando de su madre; le pregunté sobre su salud y cuándo pensaba visitarla.

Cuando llegamos a la universidad, él fue directo a su salón, y yo a la biblioteca.

En ese tercer año, me concentré en los estudios filosóficos. Me encontraba en el último año de filosofía; ya casi comenzaba la teología. Sentado en la biblioteca, me surgió la brillante idea de terminar los cuatro años que exigían en la universidad para alcanzar el título como profesional. Al regresar al seminario, compartí esta iniciativa con el padre Salomón; me dijo que él no podía decidir esto y que había que exponerlo ante la asamblea, pues mi propuesta desarticulaba el proceso académico. En la asamblea expuse mi deseo frente a los diáconos, los teólogos y el padre director. Los superiores del seminario determinaron que no era viable obtener el título de profesional en filosofía, porque no se necesitaban profesionales sino misioneros.

25

Cuidamos lo que conocemos.

Toda la mañana pensé en cómo contrarrestar la negativa de los superiores del seminario. Cuando llegué de la Universidad no hice más que pensar en solicitar el adelanto del año de pastoral, sin importarme si me enviaban a un lugar muy apartado. Quería alejarme de esa casa de formación al menos durante un año. Tal vez, estando en otro lugar, podría pensar más tranquilamente en mi proceso de búsqueda. Redacté una carta dirigida a los superiores en la que manifestaba mi deseo del año de pastoral, consciente de que la propuesta no iba con el orden del proceso. Extrañamente, tras ocho días recibí la aprobación. Mi propuesta había caído como anillo al dedo.

El año de pastoral fue en el Vicariato de Mitú, donde nos recibió su obispo. Él nos otorgaba el aval del seguimiento hacia el diaconado, y luego al sacerdocio. Era quien concedía estos dos primeros grados en la jerarquía de la iglesia.

Me preparaba mentalmente para asumir mi año en la selva, pero varios comentarios y testimonios de algunos compañeros intentaron debilitar mi decisión. Decían que en ese lugar se comía culebra, falso. A

comienzos de enero, finalizado el tercero de filosofía viajé a la selva en un avión desde Medellín hasta Bogotá; de allí a Villavicencio, y luego hasta Mitú, un lugar donde aprendí muchas cosas. Sentirme en las nubes fue inolvidable, era mi primera vez viajando en avión. Sentí envidia de las gaviotas.

En Mitú me invitaron a un retiro espiritual, a modo de preparación para enfrentar el año de pastoral. Durante tres días disfruté de las ternuras otorgadas del silencio. Después del retiro hubo una selección de seminarista de parte de los sacerdotes, sin saber los criterios de elección. Me tocó con un sacerdote que llevaba varios años en la selva, de la que solo salía por calamidades domésticas. Apenas me lo presentaron, hubo empatía. Albergaba el silencio como su más fiel compañero igual que yo, así que no nos íbamos a enfrentar ni mucho menos a generar problema.

Llegamos un sábado a las tres de la tarde. En la pista de aterrizaje se encontraban niños, jóvenes y algunos adultos indígenas macunas, quienes nos saludaron gratamente con sonrisas y un escaso español. Los gestos hospitalarios superan las palabras.

El sacerdote empezó a regalar confites y dulces. Algunos minutos después me di cuenta de que era una forma de recompensar el servicio que nos brindaban cargando en sus hombros las pesadas cajas. Ingresamos a la selva con una provisión de alimentos que podría alcanzar para seis meses. La parroquia era una casa de madera de dos niveles unidos por una escalera. Las tablas estaban pintadas de color azul y hacían las veces de paredes.

En el primer nivel estaba la habitación del sacerdote, y en el segundo el que sería mi lugar por los once restantes meses del año. Por las rendijas de las tablas de la habitación penetraban finos rayos de sol.

Al lado de la parroquia estaba la escuela, y a unos cuarenta metros, la iglesia; eran tres escenarios adornados por un hermoso paisaje. Olía a río y a humedad de hojas de árboles que guardan ocultos mensajes venidos de la inmensa selva. El espectáculo nupcial entre el sol y la luna cerró las primeras horas en la selva. Era como si el sol copulara tiernamente con la complacencia de la luna.

El día en la misión empezaba con el santo rosario y la lectura de los salmos; por la noche se invertía el orden del ritual. Los turnos de la cocina fueron distribuidos equitativamente. El día que me tocaba el turno cocinaba y leía alguno de los quince libros que había llevado en mi equipaje.

Tres meses después, el rector de la escuela invitó al sacerdote a una reunión. En la escuela le preguntaron si podía ayudar con unas clases; necesitaban un profesor que impartiera las asignaturas de filosofía, religión y valores a estudiantes de séptimo a noveno grado. El sacerdote solo dijo que lo iba a pensar.

Después de la reunión llegó a la cocina donde yo estaba.

- ¿Quiere dar clases de filosofía, religión y valores, en la escuela?! Expuso.
- ¡Si me lo permite, padre... Encantado...!, le dije con profunda alegría.
- Pero no van a pagar, sentenció.
- ¡No hay problema, padre...! La recompensa del servicio está implícita en el querer servir, padre, expresé. Esto lo había leído en Nietzsche.
- Entonces, empieza desde mañana. Ya mismo le comunico al rector, afirmó.
- ¡Muchas gracias, padre...!

Sentía que era una oportunidad que me llegaba en el momento más oportuno.

Por la noche me preparé, y recordé algunos temas y lecturas pertinentes para los jóvenes de los

grados mencionados; buscaría acompañarlos en la tarea difícil de entender los actos humanos.

La primera clase recibida nunca se olvida. Esa mañana, el rector me presentó ante en el grado séptimo, como el nuevo profesor de filosofía, religión y valores. Me sentía agradecido frente a esos rostros deseosos de aprender. Les dije que era yo quien iba a aprender mucho de ellos, principalmente de su cultura, no para imitarlos sino para entender su mundo tan distinto, a la vez que hermoso y valioso.

Comencé por compartirles un poco de la cultura griega; como yo sabía griego, se me hacía más fácil explicarles un poco más de ella. En la clase varios estudiantes hicieron comparaciones con los aspectos importantes de la propia cultura. Poco a poco, clase tras clase, les fui introduciendo el sentido de los valores a partir de la etimología de las palabras del mundo clásico griego. En religión, les propuse que fueran ellos los que me enseñaran a mí, porque sentía que su mundo religioso era fascinante. Los ojos brillaron; era la primera vez que un profesor quería conocer su mundo religioso.

Desde ese día comencé a recorrer un camino fascinante. Días y meses transcurrieron en esa dinámica. Esa fue la oportunidad de fusionar actividades de la parroquia y la docencia, procurando siempre armonizarlas.

De aquel infinito mundo religioso aprendí la importancia de su lugar sagrado llamado Maloca; me fascinaba la arquitectura de aquella casa redonda con dos puertas, una de entrada y otra de salida; una para que entrara el sol y otra para que lo hiciera la luna. Los pilares que sostenían el techo, escondían un profundo sentido para los celebrantes; allí se celebraban fiestas sagradas conectadas con el lenguaje de la naturaleza, que a su vez contenía el mensaje de que la vida es una fiesta. Y ni qué decir de los relatos míticos sobre sus dioses, narrados en

cada clase de religión; eran un sueño que involucraba a todos los seres de este mundo y oír de los sitios sagrados llamados: cachiveras; en donde habían nacido sus dioses, me fascinaba. Oír narraciones para niños, donde animales y árboles hablaban para revelar secretos confiados por la divinidad cuando se encontraba en una disputa con uno de sus congéneres y lo hacía para salvaguardar el grupo que custodiaba, me transportaba a un mundo mágico. Así fueron las clases de religión; yo seguía encantado por ese mundo mágico y cargado de oralidad que me ponía a soñar. Lo más hermoso, además, de permitirme ingresar a su mundo religioso, fue la colección de relatos de sus dioses, en los que en principio quien orientaba las fiestas sagradas era la mujer, pero un día el dios mayor, sintió miedo de la ambigüedad de la mujer y todos los dioses se aliaron para atacarla. Esta es la historia repetida del hombre: matar lo que da vida. Cuando no entendemos la vida, solamente nos queda el delirio que engendra la muerte, si bien, cuando le perdemos el miedo a la muerte, esta nos retorna a la vida. Esto que decía Freud ya los indígenas macunas lo sabían mucho antes que el padre del psicoanálisis.

26

Durante unos meses me había olvidado del seminario. Un sábado a eso del medio día, me compré una tarjeta de telefonía que distribuía exclusivamente una empresa en la zona del Vaupés. Las tarjetas milagrosas de cinco, diez y hasta de veinte mil pesos se convertían en conversaciones fugaces. En muchas ocasiones vi gente quejándose de que a duras penas habían alcanzado a dar un corto saludo. En vista de que nadie me había llamado ni siquiera para indagar cómo había llegado a la selva, ese medio día, marqué al seminario; ahí mismo le reconocí la voz... me respondió Octavio.

- ¡¿Cómo estás, Octavio...?!
— ¿Con quién...?
— ¡Con Wilfrido...!
— ¡Qué más, amigo...! ¡Cuánto gusto...! ¡Me alegra oírte!
— Es que se escucha entrecortado. ¿Cómo estás...?
— ¡Muy contento...! ¿Qué cosas han pasado en la casa?
— Pues, en casa todo sigue igual..., pero tengo una triste noticia que comunicarte.
— ¿Y eso...?
— ¡Es sobre el padre Fernando!

- ¡¿Qué le pasó?!
- ¡Hermano...! Dijo con voz sombría.
- ¿Qué le pasó?!
- Murió hace un mes ...
Me quedé quieto y en silencio por un buen rato.
- ¡Aló, Aló, Aló!, insistía Octavio. Los minutos de la tarjeta habían expirado.

Me dirigí a la orilla del río. Mis ojos iban inundados de lágrimas. Estaba destrozado. Lloré. Recordé su imagen durante la primera clase de griego; su último discurso antes de irse del seminario, y la última vez que le visité antes de venir al Vaupés. Esa vez me dio su última bendición. Esos recuerdos están vivos en mi corazón de estudiante, al que ahora le dolía la ausencia de aquel sacerdote que ya no estaba.

Me recosté a un árbol frondoso y en el cielo preñado de nubes, yo seguía buscando su rostro. Recordé que, siendo niño, me gustaba volar cometas en agosto y soltarlas para que volaran lo más alto posible y miraba las nubes para ver si era viable convertirme en aire. Ahora tendría que conformarme con los recuerdos del padre Fernando. El viaje de la búsqueda nos da y nos quita. Perdemos y ganamos. En este sentido, la búsqueda de nosotros mismos es una paradoja.

Como aun no quería regresar a la parroquia, me quedé allí, meditando las enseñanzas del padre Fernando. En ese estado se mezclaron muchas imágenes, en particular, la vez en que lo vi rígido en la cama y solo hablaba con los ojos; la primera vez que celebró la eucaristía en griego, con sus estudiantes bien atentos a responder las jaculatorias; o enseñando desde su silla de ruedas, atento a infundirnos amor por el estudio, al que consideraba el camino para entender parte de nuestra propia vida.

Regresé triste a la parroquia y me refugié en mi habitación.

El sacerdote acompañante entró a mi habitación. Preguntó el motivo de mi ausencia durante todo el día, y le conté de la muerte del padre Fernando. Lloraba porque ya había perdido mi segundo padre en la tierra. Dos padres muertos.

— Pues, entonces, esta noche meditaremos el Santo Rosario por los dos padres que la vida te ha ofrecido, me dijo.

Sentados en el balcón de la casa parroquial, en medio de Avemarías y misterios gloriosos, iba recordando las pocas imágenes grabadas, pero necesarias de mi padre biológico y las muchas de mi padre académico que me había iniciado en este camino del que seguía desconociendo la meta.

Cuando terminamos el Santo Rosario me fui a seguir llorando en mi cama como el niño que siente que no volverá a ver más a su madre y a su padre. Me dejé arrullar por el ruido del río y la tenue luz que entraba por las rendijas de las paredes de tabla. La ausencia física de un ser amado es indescriptible. Esa noche pude entender un poco el inconsolable llanto de mi madre cuando mi padre ya no estaba con nosotros. Entonces yo era un niño que veía por primera vez un ataúd en medio de la sala de su casa, rodeado de su madre y hermanos y que preguntaba con enronquecida voz por su padre. Esa noche entendí la ausencia de la orfandad. Esta vez no vi el cuerpo inanimado del padre Fernando para comprobar que físicamente no estaba conmigo. Desde esa noche me resigné a recordarlo, igual que a mi padre biológico, guardado en mi corazón donde duelen de verdad las ausencias físicas.

Amaneció. Desayuné. En la escuela me esperaban para la clase. Ese día, hablé de lo que me estaba sucediendo a partir de la noticia trágica recibida el día anterior. Comenté sobre la belleza del padre Fernando. La belleza únicamente la comprende el ser que se conmueve ante el sufrimiento del otro.

La experiencia de la belleza nos regala un poco de libertad. En clase preferí hablar de un ser que encontró la propia vocación en el sacerdocio y que entendió que, una vez encontrada, debía cuidarla, embellecerla con tiernas palabras, con virtuosos actos y libre de juicios hacia los otros.

Cuando el padre Fernando fue expuesto a que otros intentaran ensuciar su vocación, vio necesario hacerse a un lado y prefirió marcharse a otro sitio. Su ida del seminario me recordó una máxima para vivir:

“Huye del sitio donde no te valoren por lo que eres, porque estás en riesgo de contagiarte de hipocresía”.

En medio de mi relato se me inundaron los ojos de lágrimas; mi corazón se arrugó aún más y mi voz se entrecortó. Cuando terminé de hablar, se hizo un profundo silencio en el salón de clases. Un estudiante lo rompió invitando:

- ¡Vamos al río, profesor...! Los macunas enterramos a nuestros muertos allí; los acostamos en una canoa que los conduce por las aguas eternas del río de los sueños; nuestros muertos siguen vivos; por eso, desde niños nos enseñan a cuidar a nuestros ancestros, explicó.
- ¡Muchas gracias...!
- ¡Nosotros queremos ser solidarios con usted, y más en este momento de dolor! Afirmó. Lo puede hacer a través de esos gratos recuerdos y desearle un agradable viaje a pesar de que hace días se fue hacia el lugar de los sueños.
- ¡Pues, entonces vamos!, les dije.
- Nos fuimos a la orilla del río y, realicé lo que el estudiante me había indicado: desde lo más profundo de mi corazón le deseé un feliz viaje a ese inolvidable ser.

27

Llegó la noche. Mi cuerpo descansó. Oía el sonido de las aguas del río Pirá-Paraná y me fui quedando dormido. Un rayo de luna entraba levemente por debajo de la puerta de la habitación. Me envistió un sueño. En el sueño un niño estaba mirando desde la rama de un árbol a Octavio que subía a una canoa junto a varios hombres. El conductor de la canoa estaba en silencio, a pesar de ello, solicitaba una moneda para cruzar al otro lado del río. Bajó del árbol y se subió a la canoa, pero, se dio cuenta de que nadie lo veía; se había convertido en un niño invisible. Tampoco los hombres podían verlo, ni siquiera Octavio. El niño aprovechó su condición y viajó en silencio.

Los viajeros iban en un silencio fúnebre en medio de la travesía. Cuando llegaron al puerto desembarcaron y se fueron hacia una casa, entre tanto, el niño los contempló desde un cerro; desde allí vio que la casa poseía cuatro corredores y en el centro un jardín y el techo sostenido por varios pilares redondos pintados de verde claro y tejas color ladrillo cocido, vio a una señora gruñona de avanzada edad que parecía la dueña. La señora extendía amablemente la mano a cuanto hombre entraba. De repente, el niño miró que a su lado había un árbol frondoso y se subió.

Vio a Octavio conversar con una mujer y unos segundos después entró a la habitación. Antes

de entrar, Octavio miró para todos lados; por un momento, se fijó en el árbol, el niño pensó que lo estaba viendo y por unos segundos sintió que lo había descubierto. El niño esperó a que Octavio saliera de la habitación. Nunca salió. Cierta tiempo después decidió bajarse y se dirigió al puerto para regresar al otro lado del río. El conductor de la canoa había permanecido en el puerto en completo silencio, y con la cabeza inclinada y con el remo encima de las piernas. El niño se subió y el conductor sintió la presencia de un pasajero y enseguida la canoa se movió en dirección a la otra orilla. En ese tiempo, el niño miró las aguas tranquilas del río que se mezclaban con los destellos de la luna. Cuando llegaron al puerto, el niño antes de desembarcar miró tiernamente al conductor.

Unos minutos después, el niño se subió nuevamente al árbol en donde en principio había estado y no le quitó la mirada al puerto en donde habían desembarcado los hombres y de repente vio que regresaban. Desembarcaron. Ya en el puerto, empezaron a bañarse desnudos, pero Octavio no estaba. Se lanzaban agua como niños en medio de la lluvia.

El niño bajó del árbol y se sentó en una inmensa piedra, y apreciaba el espectáculo a orillas del río. De repente contempló un pez que parecía buscar refugio en medio de las aguas agitadas por los hombres, al pez no le quedó otra posibilidad que huir.

De pronto, el niño vio una niña con las piernas abiertas en el árbol y le preguntó:

- ¿Le temes a esos hombres?
- No, dijo.
- ¿Por qué no?
- Están limpiando sus cuerpos, y con cuerpos limpios desaparece la vergüenza, y no hacen daño. El agua es el principio de limpieza.

Entonces ella bajó del árbol y le dijo:

— ¡Vámonos a casa!

Cuando desperté, mi cuerpo estaba bañado en sudor. A la mañana siguiente llamé al seminario, esta vez me contestó el padre Salomón, pero no me identifiqué, pregunté por Octavio y me dijo que había solicitado permiso para ir visitar a la madre.

28

El regreso despierta nuevas fuerzas y perspectivas.

Meses después estaba de nuevo en Medellín.

El año de pastoral terminó con un excelente informe. El sacerdote con quien había estado en el Vaupés me dio la aprobación para continuar el proceso en el seminario. No obstante, encontré ciertos cambios. Habían nombrado al sacerdote Rubén Jaramillo Escobar como nuevo director. En una reunión me lo presentaron. Apenas me vio, me preguntó:

- ¿Usted es Wilfrido? Al parecer le habían hablado de mí.
- ¡Mucho gusto, padre!, respondí.
- Ya tendremos ocasión de conversar, afirmó.
- Claro que sí, padre.

La reunión terminó con algunas directrices de su parte.

- La levantada será a las cuatro de la mañana, dijo con enérgica voz.

Me preguntaba para qué se levantaba uno un domingo tan temprano; noté que no hubo protesta alguna. Cuestionar a un jefe es comprar por anticipado el boleto de salida de la fila. Nos fuimos cada uno a dormir. A duras penas pude saludar a Octavio, efusivamente nos abrazamos.

- ¡Mañana conversaremos...! —Me dijo de despedida antes de entrar a su habitación.
- ¡Me alegra verte, Octavio...!
- ¡A mí más...!

La mañana siguiente, ya estábamos recitando los salmos en la capilla. Un compañero se equivocó en la pronunciación de una palabra y enseguida el padre Rubén lo mandó a callar; no bastándole, lo expulsó de la capilla con palabras ofensivas... y todo por equivocarse, en una palabra. Noté que en verdad habían cambiado muchas cosas en la casa. Ante la presencia intimidante del padre Rubén, terminamos de recitar salmos y pasamos a desayunar. En la mesa prevaleció el silencio. Al finalizar, el padre Rubén anunció que teníamos permiso para salir a visitar a nuestros conocidos y familiares, hasta las seis de la tarde. Hablé con Octavio y programamos salir a caminar y de paso conversar. Cuéntame cómo estás, pregunté.

- Pues... Luchando con lo mío, hermano. Unas veces he caído y otras me he levantado. Ya tengo un director espiritual, expuso.
- Me alegra mucho.
- Pero siento que no me ha ayudado mucho, porque dice que mi pecado es cuestión de aceptarlo y que poco a poco desaparecerá. A pesar de que, siento que cada día más me estoy metiendo en una cueva sin salida. Este pecado me está destruyendo, hermanito. Dijo con voz débil a punto de llorar.
- ¿Y si buscas la ayuda de un psicólogo o un psicoanalista?!
- ¡Eso es para locos!, y yo no estoy loco. Me dijo.
- Pues esos profesionales están para ayudarnos a armonizar las piezas desajustadas de nuestra propia vida, lo difícil es encontrar un excelente profesional, le afirmé.

En ese momento sentí que en la vida promovemos campañas colectivas predestinadas al fracaso.

Seguimos caminando un sendero que nos llevó hasta el Parque Bolívar. Nos sentamos en una banca a dialogar sobre algunas cosas sucedidas en la casa de formación:

- ¿Qué pasó en esos meses en que estuve ausente? Pregunté.
- Pues te cuento, que los dos teólogos ya son sacerdotes en el Urabá antioqueño; que durante el tiempo que estuviste en año de pastoral, ingresaron trece jóvenes y que varios de ellos vienen de otros seminarios, algunos venían expulsados pero acá los recibieron; que a la hija de la señora que le cocina los alimentos al padre Salomón le dieron el trabajo de recepcionista, por lo que ahora se encarga de todo lo concerniente a la comunicación en el seminario, ya ninguno de nosotros puede contestar el teléfono, y mucho menos abrir la puerta. Le asignaron un sueldo que se paga con la plata que generosamente dan los benefactores. Este año empiezo a estudiar teología, ¡estoy muy contento! Cuéntame de ti. Solo me hiciste una llamada en todo el tiempo que estuviste en la selva.
- Así fue. Y lo hice para enterarme de la muerte del padre Fernando...
- Nosotros fuimos al sepelio. La eucaristía fue muy sentida y la celebró el obispo de Istmina Tadó el mismo que lo ordenó diácono y sacerdote. A pesar de que era obispo retirado quería tener ese gesto con el finado. En la homilía se centró en resaltar su coherencia de vida, la visible armonía que logró entre su espiritualidad, su sacerdocio y la academia.

Algo más bien escaso hoy día. El obispo recordó el día que lo recibió en el seminario. Había llegado un joven delgado, de mejillas rosadas, de manos sucias de tierra, oliendo a barro y a campo. Ese mismo día le había manifestado que su vocación era ser sacerdote. El obispo dijo, además: “en mis años de ordenado jamás había visto a una persona tan convencida de su vocación”. Era imposible que le negara esa posibilidad. Desde el mismo día en que lo admití se refugió en la oración, en el estudio y en el deseo de vivir lo que leía en los libros. Era un ser extraordinario que irradiaba confianza, con ganas de vivir plenamente, sin hipocresía, y en armonía con todo y con todos en el diario vivir. Para él no había ningún ser extraño en este mundo. Tal vez era cuestión de escudriñar lo valioso que llevamos por dentro. Para mí fue una verdadera gracia haberlo podido ordenar como diácono y después como sacerdote. No me equivoqué, en absoluto. Y precisamente hoy se me ha concedido la gracia de despedirlo y quiero decir que, en verdad, el padre Fernando es un santo. Los santos nacen y se convierten en inspiración. Ellos están invisiblemente en esos sitios donde prolifera la hipocresía, pero saben partir en el momento en que los demás no lo esperan. A veces se convierten en piedra de tropiezo. Ellos ven belleza donde el común de la gente ve miseria y saben conducir por su forma de ser a los demás a encontrar la inspiración. Ellos saben guardar silencio en el indicado instante cuando el mundanal ruido sigue obsesionado por ensuciar el mundo. Ellos saben partir en el momento indicado de esos sitios contagiados de mentiras más porque si no lo hacen saben que terminarán contagiándose. En ellos no hay

lugar para el juzgamiento porque saben que el hombre es proclive a la hipocresía; tampoco hay lugar para el engaño porque entienden que es una seductora tentación. El silencio para ellos es un lenguaje indescifrable. Las pocas palabras usadas están libres de condenas. Cuando hablan de Dios saben que el lenguaje propicio es la poesía, que no se compone de vanas palabras sino de imágenes, símbolos y sueños comunes para todos. El poeta es puente que une infierno y paraíso.

Era la primera vez que oía a Octavio tan inspirado; había recordado cada una de las palabras del obispo... ¡quedé impresionado!

— Muchas gracias, Octavio, le dije, por transportarme a la despedida que le hicieron al padre Fernando.

Tres horas después, regresamos al seminario.

29

Días después del regreso del Vaupés fui a la universidad a renovar mi proceso de matrícula. ¡Ya comenzaba cuarto año de filosofía! Mi proyecto era terminar los estudios filosóficos para graduarme como profesional. Sabía que la filosofía era un saber aislado de la academia sistematizada, pues las épocas cambian y hasta estos escenarios llega impuesta tal transformación. La filosofía es una forma de vivir y de existir que enseña a pensar las causas de nuestro psiquismo. Es un sendero hacia la sabiduría; una verdad antigua de los griegos clásicos; es el escenario donde el logos se hace camino hacia el amor.

El auténtico amor no existe, aun cuando, nos obsesionamos en buscarlo y resulta que ese amor no es de este mundo, simplemente, se muestra en sutiles matices a través de pequeños gestos, como la caricia de una madre, el abrazo de un padre, la palabra oportuna que nos libera del miedo y nos levanta del suelo. Está en el mirar constantemente la luna que nos ve, o en el instante de perplejidad ante el infinito mundo; en la sutil sonrisa después que nos era imposible entender; en el momento de júbilo al abandonar para siempre sitios perjudiciales para nuestra integridad física y mental; el retorno de un viaje para reencontrarnos con nosotros mismos,

es el tesoro máspreciado que no podemos dejar que alguien nos lo robe. Entonces, me pregunto ¿qué son los sueños?, ¿por qué llegan cuando menos pensamos?, ¿cuál es la conexión que tienen con nuestro mundo interior?, pues, el máximo sueño es el amor, el que no es de este mundo. Insisto.

La filosofía también entra en esta lista de miradas epistémicas que nos muestra el auténtico amor. Tras matricularme en la universidad, regresé a casa. El padre Rubén, que me estaba esperando, apenas llegué me dijo:

- Tenemos que hablar, Wilfrido. Vamos Subimos por las escalas a la oficina que antes fue del padre Fernando; me inundaron gratos recuerdos. Allí todo había cambiado. Solo es necesaria una persona para crear o destruir.
- Siéntese, me dijo.
- ¡Gracias!
- Según el informe del año de pastoral que nos llegó le fue muy bien. Como director de la casa de formación apruebo el inicio de sus estudios teológicos.
- Muchas gracias, padre Rubén..., pero precisamente acabo de matricularme en cuarto año de filosofía, porque quiero graduarme primero como filósofo. Tal vez, después empiece a estudiar teología..., expuse.
- ¡Bajo mi dirección, eso no es posible!, dijo con enérgica voz. ¡Empieza a estudiar teología, o, ...! Dijo con voz de militar.
- ¿O, qué padre?
- ¡O se va de la casa! ¡Allí está la puerta de la calle!, y la señaló.
- ¡Pues me voy, padre! Desde el día que entré por esa puerta he tenido presente dos cosas: primero, no sé qué buscaba, segundo, si el camino de la búsqueda se tornaba oscuro, entonces, no había que insistir. Por eso me

gusta viajar ligero de equipaje. ¿Me puedo retirar, padre Rubén?! Dije.

El susodicho no respondió; bajé las escalas y llamé a un compañero de la universidad que vivía en un apartaestudio, de esos que son tan pequeños que uno se expone a soñar lo mismo que el otro.

Así fue que salí de aquella casa, no sin antes dar las gracias por todo. Llegué a la universidad y me encontré con Alí, un joven muy estudioso que tras su experiencia en el seminario también le había tocado renunciar porque no comulgaba con los planteamientos formativos. Le narré lo que me había sucedido. En Alí encontré un hermano.

- ¡Bien, puedes quedarte en el apartaestudio! Lo único que te hace falta es una colchoneta donde puedas dormir, pues, veo que tú eres como yo, que vives con pocas cosas, y que apenas llevas puesto lo necesario. Salgamos a comprar la colchoneta. En cuanto a la comida prepararemos juntos lo que haya que cocinar.
- ¡Así es, muchas gracias... Alí...! respondí.
- La estadía estaba resuelta. Con Alí conviví dos años.

Finalmente me gradué como filósofo. Conseguí un contrato de medio tiempo para dar clases en la misma universidad. Mi primer objetivo era enseñar a pensar; un gran reto nada fácil, en una sociedad donde la mayoría de las personas replican sin criterio la opinión de otros. Jamás pensé que este primer propósito me traería enfrentamientos, sobre todo, en un contexto donde se supone que debemos ayudar a los estudiantes a que entiendan que el conocimiento no puede estar aislado de la propia vida. Alí, se había ido a estudiar una maestría en literatura en New York. Yo me quedé viviendo en aquel apartaestudio un buen tiempo.

Cuando salía a caminar por el centro de la ciudad en las noches, contemplaba los rostros de

jóvenes y niños recostados en la pared de la iglesia de la Veracruz que alargaban su mano para mendigar una moneda o un mendrugo de pan. En ocasiones me iba y compraba panes que les compartía para mitigarles el hambre. Esto se me fue volviendo hábito. Empecé a conversar con varios de ellos, a veces en medio de la lluvia, y no era difícil robarles una sonrisa; me parecía que el pegante que aspiraban los elevaba a un mundo donde la consigna era reír, reír, y reír.

Desde niño he pensado en la imagen de un Dios eternamente risueño. Celebraban todo lo que decían y hasta algunos me empezaron a decir que yo era un padrecito muy bueno con ellos.

Contemplar niños y jóvenes consumiendo droga en el centro de la ciudad era la mejor forma de preparar mis clases. En la universidad empecé a articular las experiencias de la vida con lo que intuía qué había detrás de esas vidas que habitaban las calles, y lo que iba leyendo lo utilizaba para mostrar que detrás de todo libro está el deseo de libertad; mi objetivo era enseñar a mis estudiantes a dejarse sensibilizar por el conocimiento como posibilidad de construir un yo auténtico que estimulara a otros a emprender el propio viaje, en donde el regalo máspreciado fuera la libertad de la doncella secuestrada por fantasmas, monstruos, ninfas, erineas, brujas y medusas.

Solo la noche deja ver la auténtica ciudad de Medellín.

30

La creatividad engendra hastío en el mediocre.

Es impresionante el grado de deterioro que se ha instaurado en la educación. Es un deber de todos los profesores buscar un fármaco que ayude a combatir la mediocridad. La mediocridad es una enfermedad sociológica y contagiosa. Solemos entenderla a menudo como la incapacidad de desarrollar virtudes, talentos y capacidades. José Ingeniero escribió un ensayo llamado: El hombre mediocre, la interpretación más profunda sobre la teoría del súper hombre de Nietzsche. Y es como acercarnos a entender que el artista siempre tiene que lidiar con los mediocres y cuidarse de las alianzas que estos realizan porque en el fondo buscan inconscientemente destruirlo. La inconsciencia se junta con la inconsciencia.

¿Cómo despojarse de la mediocridad? Ella se propaga mediante constantes acciones a niveles espeluznantes en la educación, instaurándose insensiblemente en profesores y profesionales. En el escenario de la educación analizaba constantemente la posibilidad de no hacer parte de un contexto profuso de zascandiles, personajes propagadores de la mediocridad, según Ingenieros.

En mis constantes reflexiones sobre el panorama actual de la educación, me sentía impotente, pero a la vez sacaba fuerzas para convertirme en ser invisible cada vez más frente a un gremio de profesores y profesionales que no me aceptaban, porque tal vez no encontraban en mí el gregario que siguiera —como ellos— fomentando la mediocridad. Cuando existen escenarios formativos en los que la ley instaurada por simples costumbres no se entiende, se suele incurrir en la falsificación de esta. La mediocridad es la fuente de la destrucción de todos los vínculos sinceros posibles en los que los actores, sin percibirla, propagan una de las más nocivas enfermedades de este siglo. Esta era mi reflexión constante como profesor. Me preguntaba frecuentemente cuántos profesores y profesionales estarían reflexionando sobre este mismo asunto.

Nunca encontré de esos en mis lugares de trabajo. La mediocridad es un virus, intangible y desfavorable. Si no se ataca con un tratamiento adecuado puede generar muchos estragos. Es cierto que el hombre tiene un deseo innato de sobrevivir, pero tal intención es solo la excusa perfecta que justifica la corrupción y la anulación de la subjetividad.

Un año antes de que el decano de la universidad decidiera no renovar mi contrato por no haber aceptado dos cursos de los cuales no tenía conocimiento, fui invitado a una reunión por primera vez como profesor. Allí, presentaron a un nuevo colaborador. La presentación fue apoteósica. El decano anunció que había llegado el profesor tan esperado, diciendo:

- Hoy tengo el gusto de presentarles el profesor que estábamos esperando hace mucho tiempo para la facultad. Es filósofo, teólogo, antropólogo, sociólogo, historiador, investigador y escritor. Ha publicado más de

cincuenta artículos científicos en varias revistas indexadas a nivel nacional e internacional. Tiene una Maestría en Filosofía y actualmente está cursando su Doctorado. Su tesis es sobre el hombre máquina y el hombre del futuro.

Cuando anunciaron el nombre, entré a Google Académico a constatar los datos: no había ningún registro de artículos publicados. Tan solo decía que había estudiado pregrado y maestría en filosofía y estaba cursando hacía 8 años un doctorado en sociología. ¿Cómo asesinar el hombre que está dentro y nos impulsa a mentir? Me preguntaba en medio de solemne presentación. Ese día solo faltó la algarabía: ¡ese es...!, ¡ese es...!, ¡ese es...! Sí, era ese el profesor que tanto estábamos esperando en la facultad. Después por simples razones, le pregunté:

- ¿Cuál fue la última Universidad para la cual trabajó?
- Para la UNAC. Universidad Nacional de América y el Caribe. Explicó.
- ¡Qué bien!
- ¿Cuál es la tesis que está trabajando en el doctorado? Preguntó un profesor en la reunión.
- El hombre máquina remplazo de lo humano. Legitimó.

Su respuesta me hizo reflexionar si éramos conscientes de que ya el hombre es una máquina, porque ya vivimos como robots. El hombre no hace más que recibir múltiples órdenes. La vida se convirtió en algoritmos. No somos conscientes de que nos estamos muriendo poco a poco.

La reunión transcurrió en medio de elogios; y discursos reveladores de aparentes verdades y propagadores de simples ilusiones. Como ya de fuentes fidedignas corroboré los datos del nuevo profesor, entonces, me dediqué más plenamente a mi docencia, y me entregué de lleno a tales deberes:

a preparar clases, a leer cada día, a entregarme a la pasión de escribir, y a mi misión de ayudar a los estudiantes a entender. En el ejercicio de enseñar, lo importante es la honestidad, porque impide que el barco de la educación se hunda.

Meses después, el nuevo profesor comenzó a pertenecer conscientemente al orden jerárquico. En este mundo existe un orden jerárquico, se establecen prioridades y situaciones de influencia y privilegio: ¡Usted se encarga de esto! ¡Usted de este asunto! ¡Usted de este asuntico! La educación se convirtió en un escenario donde se realizan favores políticos a diestra y siniestra. Hubo una nueva reunión para realizar la programación del nuevo semestre. En ella, el decano preguntó:

— ¿Quién puede enseñar epistemología en el programa de Nutrición y Dietética?

Hubo un dilatado silencio. El eminente profesor respondió con el índice derecho levantado.

— ¡Si quiere, yo!

— ¿Quién puede enseñar epistemología en el programa de Enfermería?

Nuevamente se hizo un largo silencio. El profesor notable, respondió con su índice derecho levantado.

— ¡Si quiere, yo!

— ¿Quién puede enseñar epistemología en el programa de Derecho?

Otro tiempo silencioso invadió la sala de la reunión. El profesor elegante, respondió con el índice derecho levantado.

— ¡Si quiere, yo!

— ¿Quién puede enseñar epistemología en el programa de Zootecnia?

Después de un breve tiempo de silencio. Con el índice derecho levantado.

— ¡Si quiere, yo!

— ¿Quién puede enseñar investigación en el

programa de Ingeniería Electrónica? Sobraba la pregunta.

- Yo, porque, es el campo donde puedo ejecutar el estudio del doctorado. Respondió.

¡Eureka!... ¡Era cierto lo que decían de él!... ¡Este profesor es un todólogo! En medio de la meditación placentera, reflexionaba: ¿qué hemos hecho con la educación? Ese arte tan antiguo que mostraba de manera invisible el camino hacia la construcción de virtudes comunes. ¿Por qué tanto engaño?, ¿Por qué pretender enseñar todo?, ¿Qué esconde es tipo de actitud, hoy en la educación?, ¿Qué tan separado se encuentra hoy el profesor del interrogante: quién soy yo?, ¿Acaso los estudiantes no son más lúcidos que los profesores? De aquella reunión salí con varias preguntas. Llegué a casa con muchas más ganas de seguir afirmándome en mi ser, aunque esto me acarrearía múltiples inconvenientes en medio de ese ambiente. Esa vez no me puse a leer. Preferí oír y escuchar en mi habitación aquella composición musical que me recordaba que son posibles todas las palabras, y que los actos humanos realizados en la vida pueden crearse desde el corazón. Esa composición musical era la Cantata 147 de Bach, «Jesus bleibet meine Freude». Me dejé transportar por esta creatividad regalada por la música tras la pérdida de algo divino y amoroso y se siente que el compositor nos sumerge en el mundo de la nostalgia. Navegando en suaves acordes me adentré en mi mundo interior, medité sobre mis actos, aprendí a amar más la vida, acogí la muerte como amiga, para disponerme más cada día hacia dónde debería dirigir mi vida. Solo recordar de dónde venimos y quiénes somos nos hace consciente hacia dónde nos dirigimos. De esta manera, se construye un perfil auténtico de profesor en los contextos educativos.

31

De nuevo fui invitado a una de esas repetidas reuniones en las que siempre se habla de lo mismo. En la que el jefe preguntaba: ¿qué opinan sobre tal asunto? Detesto el verbo opinar porque solemos pensar que podemos hablar de todos los temas. El mundo está poblado de grandes opinadores. Existen en la academia y hablan de temas de la vida sin haber vivido absolutamente nada de eso que pregonan. La proliferación de estos sujetos no tiene límites.

Estabayo en esa reunión cuyo centro de atracción eran todos los sujetos presentes; la reunión era todo un espectáculo; la ocasión de presenciar una obra de teatro. Los rostros congregados en aquella sala para una reunión propiciadora de ficciones, representó una premonición que yo viviría posteriormente. El profesor todólogo abrió la boca, pero quien habla, no siempre dice la verdad, como se afirma en el diálogo Fedro atribuido a Platón, y después retomada por Foucault en el libro Discurso y verdad. En la antigua Grecia. La máxima respaldada en la pregunta: ¿quién está autorizado para hablar? Ante esta pregunta la respuesta es: el hombre que primero ha vivido lo expresado, de resto simplemente es un embaucador, charlatán y adulator. En la facultad teníamos a un profesor todólogo. El todólogo como les decía tomó la palabra en la reunión.

Todo charlatán es adulator de su jefe. El profesor todólogo buscaba reconocimiento, pues, claro, ¡cómo no! Si el hombre está contaminado por el espíritu de Narciso. Siempre me ha parecido coherente ese tipo de gente en cuanto que hablan para engañar y se reúnen con otros sujetos que viven igual. Siempre se ha promulgado históricamente que somos unos buscadores, pero ¿cuándo dejaremos de buscar?, ¿cuándo dejaremos de engañar?, ¿cuándo dejaremos de adular? y ¿cuándo dejaremos de mentir? Un filósofo alemán, uno de los primeros en cuestionar la mentira de los hombres en occidente, dejó escrita la respuesta a estas preguntas a través de unos aforismos filosóficos en un nivel alto de conciencia, en los que reveló la mentira de esos aparentes académicos. Un académico simplemente debe hablar sobre lo leído y de la experiencia que ha tenido de la vida. El objetivo es no engañar a los otros, en este caso a los estudiantes.

Podemos leer muchísimo, pero si no lo meditamos, nuestro acto es vano. En el mundo únicamente basta dejar de buscar afuera lo que siempre ha estado dentro. Existen muchas palabras para describirlo: virtud, talento, gracia, tesoro, valor, habilidad, capacidad, Dios, conciencia, en fin... infinitos nombres, metáforas o vanas palabras, constantemente prostituidas por el hombre. Ninguna de estas metáforas describe la verdadera revelación; lo cierto es que para el hombre que busca, su hallazgo le permite despojarse de todas las mentiras de la vida; limpiarse de todas las miserias, de todos los autoengaños; alejarse de todos esos escenarios en los que un día también estuvo inconscientemente como protagonista.

Ese día. Contemplé el rostro del profesor todólogo, a pocos metros de distancia le miré y me

conmovió. Ese día aprendí a no juzgar a ningún ser humano en ninguna circunstancia. Cuando el miedo nos posee nos valemos de muchos recursos para engañar. Para corroborar este sutil rasgo de mentira, y como en tan poco tiempo lo habían nombrado director de investigación de la facultad, le pregunté:

— Profesor, ¿cuántos artículos tiene usted publicados?

— Hasta ahora no tengo ninguno. Respondió. Pero, hace varios años que envié muchos artículos a varias revistas a nivel nacional e internacional. Ilustró el profesor todólogo.

A veces pienso en los motivos que no nos dejan vivir en la sinceridad. El charlatán vive esclavo del futuro.

— Profesor, enviar o proponer artículos a ciertas revistas académicas no quiere decir que los van a publicar.

No respondió a mi cuestionamiento. La charlatanería académica vive de inmutables ilusiones y deseos fallidos de publicar artículos en revistas indexadas para seguir nutriendo el narcisismo. A no ser que el muy astuto tenga un par conocido en x o en y, revista, entonces cambia la situación. Al charlatán le publican, pero cuando se posesiona en un sitio de trabajo tendrá presente el favor recibido. Entre charlatanes se entienden. El lenguaje del charlatán siempre es futurista. Afortunadamente, me di cuenta de las falsas publicaciones del profesor todólogo el día de la presentación. Todas efectivamente estaban en el futuro. Es un gusto oír hablar a un charlatán. Especialmente cuando hablan del futuro. El prestar atención es un deleite porque te permite viajar a esos mundos posibles que exigen conectarlos, articularlos y armonizarlos con eso que hemos encontrado. La tragedia del charlatán es que no tiene la humildad de

buscar dentro de sí lo que oculta con mentiras.

Eso que hemos encontrado resplandece la vida. Le permite al hombre ocupar un lugar en el mundo. Una pregunta fundamental relacionada con la forma de habitar el mundo es: ¿qué tienes? Ese tener se refiere al aferrarse a un talento, a una capacidad, a una virtud específica para aprender, decidir y vivir la vida de manera auténtica. El todólogo se sintió intimidado frente a mi mirada. Suele suceder que la mirada de quien busca humildemente intimida, pero profundamente está libre de condena alguna. El todólogo siguió hablando. Hablaba, hablaba, y hablaba... Me deleitaba oyendo tantas mentiras y hasta pensaba en cómo la mentira instaurada en el hombre, produce y reproduce contraste entre verdad y engaño. También pensaba en cómo salir de la mentira.

A partir del espectáculo de charlatanería de ese día, en ese recinto se me reveló la convicción de que vale la pena vivir desde la honestidad en todos los contextos. Esto, gracias a todas las palabras mentirosas pronunciadas por el todólogo. Tenemos el deber de no juzgar y aprender de los charlatanes, a no juzgarlos, es un gesto noble. Seguí deleitándome oyendo al profesor todólogo. Unos meses después, supe que las mentiras fueron descubiertas por los mismos estudiantes, cada vez que el todólogo impartía un curso del cual no poseía el más mínimo conocimiento fue deteriorando su imagen en el arte de enseñar. El daño académico propiciado por un charlatán es irremediable. Después de unos años me enteré que el profesor todólogo murió de cáncer en el estómago. El cáncer aliado de la muerte simplemente nos recuerda lo efímero que somos. Vale la pena pensar de dónde nacen todos nuestros actos de hipocresía. El hombre que descubre su talento está blindado de la hipocresía.

32

Un día, este todólogo me desafío en una reunión. Entre otras cosas, esto de todólogo lo había leído en uno de los libros de Fernando Vallejo, precisamente, en el ensayo: Las bolas de Cavendish. Desafiar a alguien pensando en ridiculizarlo es contraproducente. El acto suele no tener resultado favorable. Un acto osado si acaso una estupidez; insensatez puede llamársele también. Se puso de pie frente a mí y ante toda la gente, el todólogo, empezó a decir: —¡Que yo no creía en la Universidad!, ¡que yo no estaba interesado en los proyectos investigativos propuestos por los compañeros profesores!, —¡y que siempre estaba refutando las opiniones de todos en la reunión!

Le miraba por el rabillo del ojo para no contagiarme de tanto enojo. Después de expresar estas, sus tres verdades, se justificó planteando argumentos filosóficos. Esos argumentos, según él, venían de Kant. Tan concentrado estaba yo en su discurso que ahí mismo ese hombrecillo hizo que se

terminara mi meditación. No nos damos cuenta de que nuestras palabras mentirosas ensucian el mundo. Razón no tenía en ninguno de sus expresados puntos contra mí, ni mucho menos era ni siquiera auténtico en cuestiones intelectuales. La filosofía es un estilo de vida; una forma de conocer que empieza desde el instante en que estamos más atentos a nuestra propia búsqueda de lo que no somos. Entre otras cosas la filosofía se hace viviendo. El vivir exige experiencia. Entonces, fue cuando le pregunté directamente qué había leído de Kant.

- La crítica de la razón pura.
- ¡Muy bien! y ¿de qué trata?
- De la crítica a la razón.

¡Qué respuesta tan profunda, que hasta incluso puede transformar la mirada miope de la vida de un lector! Sentía yo. Ni mi madre, una mujer que está en mi corazón, y que nunca aprendió a leer ni a escribir hubiese respondido así. En vista de que me miraba y señalaba con su dedillo, entonces, le dije, con respeto hacia los asistentes en la reunión.

- Toma nota, si tienes donde escribir. O si no, graba en tu interior, si puedes. Para que no se te olvide. Siéntate cómodo, que te voy a responder. Procedí a dar las gracias a los presentes. Esas gracias que le hacen sentir a uno que la educación es el acontecimiento más grato porque nos permite entender que el conocimiento es para compartirlo. Cuando dos sujetos comparten un poco de conocimiento, se dan cuenta de que el otro enseña que el compartir es la posibilidad de humanizarnos siempre y cuando estemos dispuestos a aprender algo. Este compartir es como el gesto humilde que se siente cuando una persona sencilla se me acerca a preguntar: ¿qué se le ofrece? En esta pregunta está el comprender el sentido pleno de la vida. Procedí:

- Preguntar para desafiar no es lo correcto ni mucho menos frente a estas personas. Lo miré fijamente. Mientras me disponía a hablarle: eso que decías de Kant, primero deberías meditarlo, lo tomas, para después dejarlo, pues son meras palabras escritas que si las leíste son para ti solito. Todo texto es para disfrutarlo. Entendí de *La crítica de la razón pura* dentro de las categorías establecidas por Kant que, bondad, belleza y verdad están en el marco de la acción humana. Es preguntarnos cómo llegamos a encarnar estas categorías en la propia vida y al parecer la respuesta está en nuestro actuar y hablar para embellecer el mundo. Pese a lo cual, mejor medito la frase Blaise Pascal: “El corazón tiene razones que la razón ignora” “En resumidas cuentas, la razón tiene límites. Lo que en verdad transforma es conocer a través del corazón. El corazón despierta conciencia y nos transforma en seres empáticos. En cambio, la razón nos hace propagar la estupidez en el mundo. Tal vez lo que haya que reconocer es: no sabemos nada. Quizás lo más correcto es aceptar: “no sé qué quiso decir fulanito en su texto porque se trata de meras palabras escritas sujetas a interpretaciones” No sabemos absolutamente nada. Esto es lo más formidable en la educación. Dada la circunstancia un aprender que no está simplemente en esos libros leídos. Debemos leer simplemente para entender. Todos por muy analfabetas que seamos somos seres finitos en la forma y habitamos profundamente en la eternidad gracias a nuestro Ser. La conciencia de la finitud es la bisagra que nos sirve para la realización de nuestro ser. Esto lo aprendí de Heidegger. Heidegger es ese pensador que nos recordó lo que en verdad éramos en la vida. Dado que has citado a un

filósofo, pues yo cito otro para quedar a paz y salvo. El profesor todólogo, entonces, me miró, como a quien le había descubierto su mentira. Decidí continuar: te voy a contestar cada uno de los cuestionamientos que me hiciste frente a los presentes. Dices que yo no creo en la Universidad; ten presente que la creencia es distinta a la fe. No soy creyente, es cierto, soy un hombre de fe. Si fuera creyente entonces sería un fanático. El fanático es la encarnación de la ceguera. El creyente vive juzgando a las demás personas a causa de que cree que él es la representación de la pureza. Un creyente es la persona más propensa a convertirse en asesino. El fanático mata en nombre de su Dios pues piensa que siempre está en deuda con quien le atribuye adoración. El mundo está poblado de creyentes y pocos hombres de fe. El hombre de fe está más cerca de la hoguera preparada y atizada por el creyente. El profesor todólogo había entrado en profundo silencio. Todavía seguía dirigiéndome a él, quien también me miraba fijamente. Si tú y yo, estamos trabajando en esta Universidad no es por nuestros méritos ni mucho menos por nuestros talentos, es simplemente por gratitud. Por gratitud venimos a este mundo los dos. Ten presente mi respuesta a tu segunda inquietud, esa de que yo no tenía interés por los proyectos de investigación de mis compañeros. Eso no es cierto; sucede que son proyectos impuestos de forma autoritaria; son básicamente órdenes. ¿Sabes, por qué te lo digo?, le pregunté—No me respondió. Entonces, continué: porque esos proyectos de investigación terminan como el arca de Noé... te explico: muchos compañeros se apuntan a un proyecto sin saber a qué. Que

te quede claro: ¡la investigación es un placer! No es una imposición.

- Entonces, el profesor todólogo empezó a bajar la mirada. También empecé yo a cuidar más mis palabras para permitir que las que salieran de mi boca, explicaran, pero no juzgaran. Y dando respuesta a su tercer cuestionamiento: dices que yo siempre refuto. Cuando hablo, busco que entre todos ampliemos la perspectiva sobre el tema en cuestión, porque es necesario mirarlo desde varias perspectivas. Le dije: si en verdad quieres asumir tu rol, no se te olvide que un auténtico profesor debe saber de qué habla para dirigir a los estudiantes en el viaje que juntos han emprendido y no sea que todos terminen desorientados; esa es su primera función en el contexto de la educación. Por último, no se te olvide, compañero, que cuando tomamos conciencia de nuestra propia finitud, tenemos mayores posibilidades de ser verdaderamente sinceros con nosotros mismos y con los demás.

Un silencio liberador se apoderó de mí, por escasos segundos. De repente vi una luz esplendorosa y protectora que entró por la ventana y se apoderó de mí. Pero era una luz posesionada de cada cosa, en los rostros, y en cada rincón del salón. Miraba al profesor todólogo que no era capaz de sostenerme la mirada y vi detrás de él muchas máscaras, cuando le miraba se agachaba a dejar la máscara que tenía y se ponía otra, y otra y otra. Era una cadena de repetidos gestos.

A los demás los veía en la misma situación. De pronto me puse de pie. Miré al profesor todólogo hablando y sus mentiras me producían una sensación profunda de sensibilidad que no me atrevía a juzgar ni una sola palabra que pronunciaba. Estando allí, de repente miré al suelo y vi una extensa alfombra roja

que iba desde mis pies hacia donde se encontraba el profesor todólogo; jamás había visto una alfombra así. De repente, la mesa donde se apoyaba el todólogo se extendió. Me dirigí hacia ella y mientras lo hacía, invitaba a los presentes que pasaran a comer y a disfrutar el banquete que se iba a servir. A todos los invité con una amabilidad desbordante de humanidad. El salón de reunión se había convertido en un restaurante elegante en donde se iba ofrecer un banquete, y ahora me indicaban el sitio que ocuparía; la cabecera de la mesa. Una señora se me acercó con una bandeja para que yo iniciara y bendijera la mesa; su mirada era tan auténtica que jamás había sentido tanta ternura. Después de darle las gracias, miré a todos mis compañeros contentos que conversaban alegremente. La mesa estaba engalanada con muchos alimentos. Desde mi asiento, seguía mirando esa luz radiante que me sostenía.

Veía los rostros de los compañeros transformados en comensales dispuestos a disfrutar de exquisitos alimentos. Entre tanto mis compañeros empezaron a reírse como niños que celebran la fiesta del cumpleaños de un amiguito. El almuerzo terminó entre risas. Me levanté; la luz esplendorosa seguía acompañándome, y muchas personas me saludaban sensiblemente por donde pasaba; su gesto era sincero y hacía que mis pasos fueran más firmes de lo común; sentía que la tierra me sostenía y la luz no me abandonaba. A partir de esa revelación, que era como un sueño, tomé de camino al baño con la decisión de pensamiento y de corazón que viviría los últimos años de mi existencia de manera auténtica, conmigo mismo y con los demás. Aquello me produjo una sensación profunda de alegría; miré cómo desde mis pies hasta mi cabeza la luz que me había acompañado irradiaba cada vez más intensamente a medida que caminaba erguido. Regresé del baño a la mesa y todos aún seguían sentados compartiendo

entre risas y anécdotas y a todos los veía disfrutando el banquete.

Me despedí y la luz seguía conmigo. Salí de ese sitio a caminar y todo en la calle lo veía tan sensiblemente armonioso que me producía alegría: el rostro de las parejas en la calle agarrados de las manos; los niños que jugaban en un parque; el vendedor de cigarrillos que me sonrió allí sentado, y la mujer que al pasar cerca me lanzó un piropo respetuoso que le respondí con una sonrisa amigable. Por ese camino todo era armonioso, desde los rostros de las personas; el ruido de las motos; el sonido de los carros y las cosas que veía en el suelo. Llegué a casa y la luz me acompañó y me dispuse a descansar en la cama. No existen enemigos, simplemente seres inconscientes y quien entiende la inconsciencia de los otros, perdona.

33

Después del enfrentamiento con el profesor todólogo me fui a clases.

- ¿De qué nos vas a hablar hoy, maestro? Me preguntó un estudiante.
- De la hipocresía. Respondí, la palabra hipocresía tiene su origen en la lengua griega; se relaciona con la máscara utilizada por los actores del teatro. Está articulada a la apariencia. Nos pasamos la vida poniéndonos cotidianamente varias máscaras. El mundo es un teatro y nos exige una actuación, una simulación, un fingimiento. La hipocresía es indefinible y al ser palabra, también es un engaño. Sí, sí lo es; a pesar de ello, debemos aclarar que, como el hombre occidental, en su obsesión por conocer, ha pretendido hacerlo a través de nombrar y señalar cosas, tal acto le da la certeza de conocer las cosas, pero no es así. Déjenme y les explico. Les comparto mi humilde interpretación sobre la palabra;

eso es a lo que está invitado un profesor. Recuerdan la conversación entre Sócrates y Fedro que está registrada en el diálogo que lleva por título el nombre del discípulo. El tema no es el problema de si se debe escribir o no, tampoco la importancia recae en la oralidad, como muchos lectores creen. Los diálogos platónicos son dignos de leer, pero también de meditación al igual de engañarnos. El problema tratado en ese diálogo no es la oralidad, ni siquiera la escritura, como anteriormente les explicaba, sino que maestro y discípulo quieren profundizar en el asunto de la Verdad. Esta, en relación con la ontología, es la tesis de varios diálogos platónicos. En este asunto el filósofo alemán Nietzsche, es más platónico que el mismo Platón. La Verdad no es un asunto conceptual sino un rasgo característico encarnado en alguien que ha percibido los propios actos generados de autoengaño. El único pecado original es el autoengaño. En esto está la genialidad de la literatura de Kafka. ¿Han leído *La Metamorfosis*?

- No. Respondieron al unísono los estudiantes.
- Una mañana el protagonista se levanta, se asombra a causa de que se ha convertido en un extraño bicho. Cuando esto sucede a una persona, ella está a las puertas de la honestidad. Siempre tengo presente la espeluznante pregunta del protagonista de *La metamorfosis*.
- El hombre se enorgullece de todos los logros alcanzados en la vida, pero es más digno de sentirse plenamente realizado cuando está despojados de toda hipocresía. El hombre que no ha percibido el autoengaño difícilmente puede contagiar de honestidad, autenticidad y humildad la propia vida y la de los demás. “Nadie da de lo que no tiene”. Si tiene hipocresía

eso da. Si posee engaño eso ofrece. Si promueve traición de eso profundamente vive.

- Maestro, ¿cómo se puede percibir el autoengaño?
- Para que eso suceda el hombre tiene que dejar de buscar en los otros lo que siempre ha estado en sí mismo. La búsqueda no está afuera, mi estimado estudiante. Para que esto suceda, primero debe darse un acto de humildad.
- Maestro, ¿y cómo se puede dar ese acto?
- En la vida, primero, hay que partir de reconocer la propia ceguera. Todos estamos ciegos hasta que se nos revela sutilmente un momento sublime que deviene a veces por medio de un sueño, de un acontecimiento doloroso, de una pérdida penetrante, de una revelación en la que somos poseídos pero que después no sabemos y mucho menos logramos explicar. El hombre es un monstruo encarcelado. Lean el fantástico relato griego del Minotauro. El hombre se libera cuando entiende que la vida es una apariencia y hacerse consciente de la apariencia es el antídoto contra la hipocresía que se alimenta de palabras contagiadas de vanas ambiciones.
- Maestro, ya entendí. Por eso, cuando alguien en clase le pregunta sobre un libro, sobre un tema, si usted no sabe preferiblemente dice: ¡No! Con en “N” mayúscula, queriendo afirmar un acto honesto en su respuesta.
- Así es. Decir: No. Es signo de honestidad. La afirmación del propio Ser es la auténtica revolución en el mundo. El asentamiento de lo que en verdad somos es la única protesta digna de valor en sí mismo. El hombre no soporta la Verdad, porque es incómoda. Cuando llegamos a incomodar porque vivimos según los principios inculcados por nuestros padres,

sentimos que estamos en el lugar equivocado. Estamos urgidos en estos tiempos de estar en un sitio donde nos aprecien, reconozcan y valoren, no simplemente por lo que hacemos, sino por lo que somos. Cuando percibimos y sentimos que no nos reconocen por lo que somos entonces estamos cerca del ingreso por la puerta estrecha que ofrece la vida y es la única salida. Cuando no estamos dispuestos a negociar nuestros propios principios y no aceptamos propuestas que atentan contra nuestra forma de Ser, preferiblemente es recomendable desertar.

El profesor que cree que puede enseñar de todo está propagando dramáticamente la hipocresía. Este no aceptará ningún cuestionamiento que provenga de un estudiante. Es incapaz de ver que los estudiantes son más lúcidos que él. ¿Sabes? Por eso, estimado estudiante: la palabra debe estar encarnada en el Ser del hablante. Recuerda que, no podemos hablar de lo que no hemos vivido. No se debe enseñar sobre lo que no conocemos. No se debe hablar sobre los libros no leídos. Toda la pugna propiciada por la hipocresía en el hombre se desvanece en el instante en que aprende a decir: No. ¡No!... contra toda propuesta que atenta contra la forma de ser. El conocimiento debe ayudarnos a despojarnos del fantasma creado en nosotros por la hipocresía. ¡Bienaventurados los que viven según los principios éticos, porque ellos son los que sin tanto ruido fomentan la auténtica revolución!

- La revolución es silenciosa y empieza cuando nos miramos a nosotros mismos y después trasladamos la mirada hacia los otros sin juzgarlos.

34

Varios años atrás en el pueblo había conocido a Álvaro Soto, un tipo oriundo de la Costa Caribe, quien me había enseñado esta máxima de la vida: ¡Bienaventurado el hombre sincero porque se convertirá en piedra de tropiezo para quienes representan una autoridad depredadora! Álvaro era un hombre de fe, inteligente, que siendo adolescente había estado en el seminario por cinco años. Esa grata experiencia lo ayudó a permanecer fiel a la fe cristiana. Conoció a compañeros de otras ciudades y países. Había nacido en un humilde pueblo, de campesinos esperanzados en que el gobierno municipal y nacional les dejara vivir en paz. Allí sentían que el extranjero llegaba a explotar la tierra y a matar las costumbres, causando mucha miseria. Álvaro fue capaz de irse del pueblo, en búsqueda del sueño de la educación. Pero, algo que no iba a olvidar era la sinceridad, que sus padres le inculcaron desde niño.

Le tocó tomar la decisión de abandonar el pueblo y a sus humildes padres con tal de educarse en la capital. Todo proyecto de vida corre el riesgo de contagiarse de olvido. Estando en el seminario jamás olvidó la sinceridad que le inculcaron en casa. En el seminario se dedicó incansablemente a estudiar apenas se le despertó la vocación de leer. Cursó el propedéutico, el año preparatorio o introductorio, después tres años de filosofía. Leyó muchos libros de filosofía griega antigua, muchos libros de filosofía medieval, principalmente, esos textos escritos por autores capaces de sensibilizar a sus lectores y sobre todo esos libros escritos contagiados de la locura de la cruz. Estos últimos libros venidos de la filosofía medieval lo asombraron más que aquellos otros donados por la filosofía moderna. Consideraba que, esos libros de la filosofía antigua y medieval leídos en el seminario todos ellos juntos formaban la biblioteca que no era capaz de distinguir ficción y realidad, sueño y vigilia, cordura y locura. Esto era lo que más le fascinaba.

Álvaro Soto se introdujo en el mundo de la lectura. Quien lee no deja de representar una amenaza para quien practica la tozudez. Quizás este fue el detonante para que se retirara del seminario. Un día, el superior del seminario le dijo que él estaba leyendo demasiado y que tenía que parar porque en el seminario también se tenía que rezar.

- Padre, si yo cumplo con todos los oficios asignados en el seminario. Afirmó
- Pero usted desde que entró en el seminario no ha dejado de leer. Refutó el superior.
- ¡Leer es una forma de orar! Contestó.
- ¡No lo creo! De todas maneras, joven, aquí no se viene a leer. Aquí se viene es a rezar en comunidad.
- Padre, pero la lectura es un acto sublimemente comunitario. Cuando leo siempre estoy

acompañado. Expresó.

- Pues, este sitio no es el indicado. Le dijo el superior.

Álvaro Soto, cinco años después, decidió retirarse del seminario. Existen en el mundo esas personas empeñadas en vigilar quizás para resguardar un ficticio tesoro del cual se creen dueños; se obstinan en cuidar algo que no saben si es valioso o simplemente lo hacen por pura costumbre. El descubrimiento de un tesoro encontrado no se guarda se comparte simplemente. El instante de toda decisión llega de manera inconsciente, y la mayoría de las veces nos ufanamos de lo contrario. Por mucho que planeamos estamos contagiados del devenir de la vida.

Álvaro Soto pensaba que quienes con envidia se empeñan en vigilarnos, nos hacen sentir importantes para ellos, fruto nocivo de su miedo. Antes de retirarse del seminario, agradeció especialmente al superior por todos esos momentos vividos allí, donde pudo descubrir su vocación de ser profesor, de filosofía, y de literatura.

Vio mejor distanciarse, irse a un sitio lejano y evitar ser deshonesto; la enseñanza de cuna es el bienestar integral que no tiene precio, sino valor en sí mismo. Gracias a su paso por el seminario pudo graduarse. Ya convertido en profesional regresó a su pueblo natal y se dedicó plenamente a la docencia. Ahora su objetivo era enseñar el arte de pensar a sus estudiantes y despertar el grado más alto de sensibilidad, conciencia, y sinceridad en la vida.

Siendo adolescente y antes de ingresar al seminario, Álvaro Soto le había manifestado vía email a un sacerdote de renombre en la vida pública, su intención de ser sacerdote, pero él jamás respondió. Imposible para un sacerdote, con tanta influencia en la vida de otras personas, responder un correo electrónico de un aspirante adolescente a

la vida sacerdotal. Álvaro Soto, comprendió la vida entregada y ocupada del sacerdote, quien era un referente coherente para él, a pesar de las ofensivas y calumniosas palabras que le tocaba oír siempre en la plaza del pueblo.

Álvaro Soto, escuchaba cada día la voz de aquel sacerdote en varios programas radiales en los que compartía su experiencia de vida a través de lecciones nacidas por medio del vínculo con lo divino. Lo oía y le creía firmemente. Lo que más le gustaba de su predicación era la forma como acercaba a los demás a Dios, desde un lenguaje sencillo y lleno de humor; era su particular manera de experimentarlo en la predicación. La ausencia del humor es la estadía en el infierno.

Tanto antes, como después de su paso por el seminario, Álvaro Soto fue fiel oyente de sus programas, y su sueño era poder conocerlo. Se apartaba de los sitios de tertulias de su pueblo cuando en medio de discusiones sobre noticias nacionales, cuestionaban al sacerdote.

El cinco de septiembre de 2018, a eso del mediodía, recibió una llamada de parte de su hermana, quien le dijo:

- ¿ya te enteraste?!
- ¿De qué?
- ¡Tu referente sacerdote, renunció! Afirmó.
- Sintoniza, la radio si estás en casa.
- Sí ¡ya mismo!

Álvaro Soto colgó inmediatamente el teléfono y sintonizó en la radio la noticia del momento. Efectivamente, el sacerdote, con rostro dolido y compungido, anunciaba con mucha tristeza la noticia de su retiro del sacerdocio. Álvaro Soto salió a caminar en profundo silencio por la plaza del pueblo. Por todas partes se comentaba la noticia de este sacerdote, quizás el más influyente a nivel local, nacional, y por qué no, también internacional, en

la vida de muchas personas. En el pueblo hacían comentarios acertados y desacertados.

- ¡No pudo con el celibato! Afirmó Fulano.
- ¡Eso es muy difícil! Se apresuró Mengano.
- ¡Seguramente está cocinando un arroquito en bajo! intervino Zutano. Es decir, estaba enamorado de una mujer clandestinamente.
- ¡Se peleó con el superior!, declaró nuevamente Fulano.

Con todo, para Álvaro Soto, el sacerdote lo había explicado claramente con su afirmación sincera: “me mamé de la soledad”. Pensaba que cualquier decisión que nazca de la sinceridad no ameritaba ningún juicio moral.

Días después, aquel sacerdote anunciaba la publicación de su nuevo libro. Seguía en la dinámica de seguir donándose a sus fieles lectores y oyentes. Apenas se enteró de esto, Alberto Soto corrió a comprar el nuevo libro. Lo leyó en un fin de semana, aquel libro con profundo grado de sinceridad. Desde sus primeras líneas lo atrapó: “Nunca me he sentido obligado por Dios a hacer lo que no quiero hacer”, aun cuando la frase siguiente puede tener el tinte de arrogancia: “Yo me siento dueño de mi vida”. Era una expresión de profunda confianza. Álvaro Soto leyó tres veces el libro. En cada una solo encontró eso, sinceridad. Él alimentaba el sueño de que el sacerdote retirado le autografiara algún día su libro, con el epígrafe: “La sinceridad es el arma para combatir el fantasma que habita en nosotros”.

35

La ética es una alternativa pacífica revolucionaria para fomentar la creatividad.

En mi proyecto como profesor está el criterio de enseñar a entender. Entender es la clave. Un día me preguntó un estudiante en clase qué era eso de entender.

- Se puede definir como “dejar de buscar para poder encontrar”.
- Explíqueme. Por favor.
- El hombre se ha dado a la tarea de vivir una vida en pos de la búsqueda, justificándose en que tiene que buscar algo que le permita ser alguien en la vida. El hombre ha inventado fármacos todos ellos creados y divulgados para defenderse de quien no debe: de sí mismo. La única batalla es contra sí mismo. El conocimiento ha servido únicamente como alimento nutritivo del dragón que se mofa de nosotros mismos. Ese dragón es el

ego. Entender que ese dragón es el ego es un descubrimiento que no tiene precio. El único combate que debe llevar a cabo el hombre a lo largo de la existencia es contra su ego.

- ¿Cómo llegó a esta conclusión, profesor?
- Siempre he sido un hombre de tres amores. Mi primer amor ha sido la lectura. Un profesor sin lectura es como si a la música clásica le llegara a faltar la escala musical y la creatividad que es una donación gratuita de algo fuera de este mundo que se cultiva con la disciplina; mi segundo amor es la escritura, porque posibilita compartir la experiencia de vivir a través de palabras sinceramente registradas en un libro; quien decide escribir, se expone y se desnuda interiormente mediante palabras con el objetivo de fomentar el despertar de la conciencia, quien escribe deja atrás cualquier atadura, frente a esos vicios justificados invariablemente, y engendrados por la mediocridad. Alguna vez te has preguntado, ¿por qué el hombre ha llegado a amar más la mediocridad que la creatividad?
- No sé. Manifestó el estudiante.
- ¡Por simple ego!
- ¿Cómo así?
- Sí, mi estimado estudiante.
- El ego es el succulento alimento nacido del árbol del miedo. La vida atada a ese árbol no tiene más frutos que dar, sino deshonestidad, falsedad, destrucción, hipocresía, autoengaño y las justificaciones superficiales del psiquismo humano. De estos se alimenta el ego habitualmente, con el pretexto de hacernos creer que sabemos. El hombre únicamente alimentado del árbol del miedo no hace más que propagar el autoengaño. Te has preguntado, alguna vez, ¿por qué no dejamos la mentira, la deshonestidad y la hipocresía?, ¿por qué no

dejamos de matarnos? Las respuestas están a manera de intuición en las composiciones musicales que encierran mi tercer amor: la música clásica. La experiencia proporcionada por la música clásica es la apuesta de la mirada hacia el infinito. La actitud frente a la vida asumida por Mozart, por Beethoven, por Haydn, por Bach, por Schumann, por Schubert, por Mendelssohn, por Liszt y por Chopin, entre otros artistas, es muy parecida a la del místico frente al mundo: “convertirse en nada”. El gran escritor lo sabe y por eso busca, a través de la escritura, dismantelar e intentar desaparecer la arremetida representación de la mediocridad. La creación musical es la desnudez de toda nuestra miseria, pero también la alimentación de ese sueño llamado paraíso. Es ese fármaco creado por el artista parecido a la energía sexual como pensaba Chopin: “Hacer el amor es equivalente a crear música”. La obra Heroica de Chopin es la muestra de la actitud del hombre militante, brillante, triunfante, fuerte y luchador frente al insoportable sentimiento de la nada. Heroica de Chopin es “el sueño de amor”; es el amor hacia una mujer que no es de este mundo, a un hada, a una madre atenta, solícita, dispuesta, y tiernísima, culmen de la ternura, cáliz lleno de vino que nos embriaga a todos de pureza. Para esta experiencia necesitamos poseer un oído dispuesto que nos acerque más a lo divino. La música clásica no se interpreta, se experimenta, porque el sonido es lo más cercano a lo divino. Por eso te doy un consejo mi amigo: “tapémonos los oídos para huir del mundanal ruido”. La música clásica es el río en donde nos sumergimos para sentirnos vivos. Oír en estado místico los Nocturnos de Chopin es transportarnos hacia

el infinito y sentir que el vacío nos sostiene. La música clásica nos permite esta experiencia. Y es el anhelo de infinito. Que a veces siento que está en los gestos tiernos de mis padres, en el acto humilde de la mujer de servicio, en la sonrisa tierna de un niño, en el cálido viento que destruye el frío; en la palabra libre que sale de la boca de quien descubre que lo divino es inaccesible, intimidante y reconfortante cuando entendemos que no nos corresponde conocerlo sino imitarlo con gestos bellos. El sutil y sublime gesto del infinito está en los labios de quienes se aman en un instante para acariciarse y para saciar en ciertos momentos esos deseos que les recuerdan qué tan cerca están de la muerte.

Esto lo sabe el artista, y por eso presta vista, oído, olfato, tacto y alma como instrumento de liberación de todos nuestros miedos. El artista ríe sutilmente de la insensatez de los tontos; lo paradójico es que sin la presencia de ellos no existiría. El mundo de los mediocres se empeña en desaparecer a los artistas, porque son quienes a través de su arte muestran la miseria y la grandeza humana; los que insisten en recordarnos que la causa de nuestra locura es el ego. Los artistas son la encarnación de Tiresias como los hombres de Edipo.

36

La educación no es la panacea de los conflictos culturales. Siempre decía con empeño mi profesor preferido de filosofía, quien me permitió apasionarme por la lectura. Tuve la oportunidad de recibir sus clases en una universidad privada. Se había especializado en dos pensadores ecuanímes del mundo moderno: Spinoza y Nietzsche, dos contemplativos filósofos cuestionados injustamente por la academia moderna. Los habían juzgado como indecentes para el progreso del conocimiento, tal vez porque pusieron la mirada hacia la propia vida del que se constituye falsamente como académico o intelectual. El primero fue maldecido por la comunidad judía de su tiempo a causa de que planteó que era imposible que Moisés hubiese sido el autor del Pentateuco. Los textos filosóficos escritos del segundo pensador fueron declarados malditos porque cuando no se leen las obras filosóficas en

perspectiva para entender la vida, sino que se leen para condenar a quien escribe, es muy difícil que el conocimiento vuelva a estar articulado con la propia vida.

Este profesor de las áreas humanísticas de una prestigiosa universidad, recién venido de Europa, en principio fue idolatrado por múltiples estudiantes que asistían a sus clases, tal vez por curiosidad. Él intentó mostrar lo simple, pero a su vez lo complejo registrado en las obras filosóficas de pensadores y escritores que se dieron a la tarea de despertar la conciencia de simples lectores capaces de darse cuenta de las cosas nimias que esconden lo que verdaderamente importa: descubrir quiénes somos.

Vivir honestamente en la academia exige coraje. Esto lo pregonaba también constantemente en clase mi mentor. Él se llamaba Francisco Salazar Restrepo. Le decían Doctor Salazar. Era el título que había obtenido en una Universidad de Alemania, por mérito como se concedía antes a quienes ampliaban la mirada respecto a un tema concreto en el contexto de la academia. En principio muchos asistentes después de un curso corto sobre los dos pensadores estudiados a profundidad por el doctor Salazar, se distanciaron quizás porque se imaginaron encontrar a un profesor que hiciera alarde de su ego alimentado por el conocimiento recibido en Alemania. Leyó todos los textos escritos por estos dos pensadores en alemán hecho que lo despojaba de toda vanidad.

Tres meses después de haber llegado de Alemania fue contratado por poco tiempo, por el decano de filosofía y letras de la prestigiosa universidad privada. Trabajó escasamente seis meses allí. Recuerdo su primera clase, que impartió un lunes a las ocho de la mañana; empezaba un curso exclusivamente sobre Nietzsche. Nada más placentero que recibir clase sobre temas investigados

por un profesor que comparte antiguas pesquisas sobre las obras escritas de pensadores cuyas ideas registradas a través de esas obras inolvidables hacen pensar y sentir la vida.

La vida no solo está para pensarse también está para entender ciertos sucesos. En la primera clase citó la frase: “yo vivo en mi propia casa, nunca he imitado a nadie— y me reí de todo maestro que no se haya reído de sí mismo” era el epígrafe con que inicia el texto: *La gaya ciencia* de Nietzsche. Se le volvió una costumbre de iniciar cada lunes la clase con una frase. Después de compartir la frase que sirvió de epígrafe para iniciar ese día, en la clase nos preguntó:

— Apreciados estudiantes, ¿qué textos filosóficos de Nietzsche han leído?

Se hizo un profundo silencio que se apoderó de todos en el salón, hasta que lo rompí con una pregunta:

— Maestro, ¿cómo podemos entender la filosofía de Nietzsche?

— La filosofía de Nietzsche es el proyecto de vida que empieza desde el instante en que el hombre reconoce la enfermedad como exigencia para el despertar de la conciencia.

— ¿A qué se refiere Nietzsche con la palabra enfermedad?

— La actitud del hombre al pensar que es indispensable para el mundo.

— ¿Puede ampliarnos esa respuesta?

— El hombre no es nadie. Existe en función de creerse útil para el mundo. Lo que él necesita es que alguien le ayude constantemente a morir.

— ¿Cómo así?

— El hombre está poseído de la mala conciencia.

— ¿Y qué es eso?

— El sentimiento de culpa que adquirió el hombre

por tradición en el momento en que se instauró la moral. Por eso Nietzsche quizás pensó que había que matar al Dios moral, porque creer neta y obsesivamente en un dios y a la vez castigador era la posibilidad de que el hombre estuviese incansablemente despreciándose.

- ¿Cuándo surge la mala conciencia?
- En el momento en que el hombre cree que las múltiples posesiones materiales le proporcionan seguridad frente al sinsentido de la vida. La mala conciencia penetra hasta las más íntimas partículas del ser del hombre. Eso es el mal. Para Nietzsche no se puede superar las propias sombras mientras el hombre desprecie la única vida que se le ha dado en la Tierra.
- Maestro, ¿y qué es la vida para Nietzsche?
- La vida para Nietzsche es un destello que resplandece en el interior del hombre, cuando se ha dispuesto a “cavar profundamente” porque esto es un acto valiente únicamente realizado por el que dice: yo, libre de narcisismo. La vida es, “...derribar continuamente algo de uno mismo que quiere morir” Aforismo 26 de La ciencia jovial.
- ¿Cómo deja el hombre de reproducir la mala conciencia? Pregunté con mucho más interés.
- Cuando el hombre obtiene exclusivamente conocimiento profundo de su yo. Cuando el hombre ya no tiene motivo alguno de avergonzarse de lo que hizo. Porque eso lo condujo a pensar en las infinitas causas generadoras de hipocresía. Esta, se constituyó para Nietzsche en el punto central para entender la escisión predominante en el mundo interior del hombre. Esta, hace que el hombre crea en un juicio moral final del que se puede liberar mediante la voluntad que conocerse a sí mismo. El filósofo enuncia los cuatro errores

predominantes en el hombre: “se observó a sí mismo de un modo incompleto, se atribuyó propiedades inventadas, se sintió dentro de una falsa jerarquía respecto a los animales y la naturaleza y siempre inventó nuevas tablas de valores, considerándolos durante tiempo eternos e incondicionales” Estos errores impiden la búsqueda de sí mismo. Por eso la aventura más heroica de la búsqueda es el deseo de saber quién soy yo.

- Maestro, según Nietzsche, ¿cómo es posible saber quién soy yo?
- Pues, para él existen tres amores: el amor por la vida, el amor por el lenguaje y el amor por el arte de contemplar porque “todo está en la manera de mirar”. Estos tres amores principales pueden solamente armonizarse en el hombre si este llega a estar por encima del deseo de codiciar cosas inoficiosas. Cuando el hombre ha sido traspasado por los apetitosos jugos del deseo, termina simplemente como un ser contemplativo. Este ya no desea nada, “simplemente vive su ojo despierto” nos dice Nietzsche en uno de sus textos filosóficos, uno de los libros más desgarradores que he leído.
- ¿Por qué el amor por el lenguaje?
- El lenguaje es la fuente de la vida íntegra del hombre. En todos sus escritos filosóficos, nos está invitando a que seamos cuidadosos con el uso de las palabras porque pueden ser usadas para engañar. Para que estas sean auténticas deben estar conectadas con nuestro mundo interior. Nietzsche consideró que el mundo del conocimiento construido por el hombre no es más que un conjunto de metáforas y metonimias que no pueden explicar la vida ni mucho menos el mundo, sino más bien descubrir que el hombre que usa las palabras

para engañarse y engañar a otros, no es más que un mendaz. Por tal motivo, Nietzsche no toleraba la hipocresía debido a que es la madre de la mediocridad. El hombre que presume de ser lo que no es, nunca llegará a ser. ¡Qué presunción!

Con esta última explicación terminó mi maestro la primera clase de filosofía. A partir de ese día entendí que el conocimiento enriquece la vida humana cuando se conversa sobre asuntos íntimos de quienes exponen humildemente las interpretaciones de autores prominentes. El diálogo se fortalece entre preguntas y respuestas. Esta debe ser la educación: conversar para compartir y entender un poco la vida.

37

Durante unos meses compartí oficina con dos compañeros y el profesor todólogo. Llamábamos oficina a aquel salón inmenso en donde nos habían asignado un cubículo reducido, un escritorio pequeño y una silla ergonómica. En el salón residía una puerta grande. El profesor todólogo guardaba las llaves. Una tarde, minutos después del almuerzo estábamos esperando a que el todólogo la abriera. Los otros dos compañeros estaban cerca de la puerta, entre tanto, yo me encontraba a metros de distancia cuando llegó el de las llaves y enfrente de la puerta decía: ¡Nada que abre la puerta! Oigo a pesar de que estaba distante, la frase también la dirige hacia mí. Mi ejercicio contemplativo abarcaba tanto a sus dos ilustres auxiliares como a él. Él desiste, y dice: — ¡espérenme aquí, voy por otra llave a la oficina! Me quedo mirándolo hasta que desaparece en la distancia. Me recuesto a una pared blanca y digo, ¡qué delirio de gobernar! Este interrogante invade

mi mente. Motivos me sobran para seguir allí. Allí permanezco, también los dos compañeros en el pasillo.

Desde la distancia los contemplo moviendo sus labios; interrumpen mi meditación para preguntarme al unísono:

- ¿Sabes a dónde se ha ido el coordinador?
- Pues, ha ido por la llave, les respondo.

Los veo allí, hablando y sin mostrar interés en buscar la llave. Tal vez están esperando a que su jefe solucione el problema de la puerta. Ya he estado allí un buen rato y esto me empieza a fastidiar. Entonces decido ir por el paciente que se había ido a buscar la llave, ya que ninguno de los dos compañeros se movió. La personalidad del que tiene delirio de gobernar algunas veces coincide en la forma de imaginarse con cuatro secretarias de llamativos escotes y tacones de dos pisos de altura, de labios pintados de rojo, de cabellos hasta las cinturas, de uñas postizas largas pintadas de rojo. Todas atendiéndolo.

- ¿Qué se le ofrece, jefe?, le dice una.
- ¿Un cafecito o una aromática, jefe?, expone otra.
- ¡Ya hice el informe que me pidió! afirmaba otra.
- Por favor, ¿mañana me da un permiso para llevar a mi hijo una cita médica?, suplica la cuarta secretaria.

Claro está que, estas personas sueñan posiblemente por lo menos con tener una secretaria para alimentar el delirio de gobernar. Él soñaba dándole órdenes a diestra y siniestra a las pobres secretarias. ¡Que si esto, que si aquello, que si lo otro!, ¡que si llamó a fulanito! ¡que si llamó a menganito! En fin. Él las quería bien sumisas, y por eso les exigía tanto. La obediencia es miedo.

Lo busqué por todos los alrededores y no lo encontré. Decidí marcharme. Saliendo a la calle,

veo al paciente yéndose en un taxi; de inmediato paro otro que viene detrás. ¡Taxi! Ipso facto paró el conductor, al que le pido que siga el carro que va delante.

El conductor, obediente, comprendió mi apremio. Varios pensamientos retumbaban en mi cabeza. ¡Hombre, cómo fue que aquel sujeto nos había hecho esperar tanto tiempo frente a una puerta que nunca abrió! Hacia dónde se dirigía era la pregunta importante en la travesía.

Varios minutos después, el carro en donde iba el susodicho se detuvo mientras el taxista esperó a que le pagara. Yo hice lo mismo y agradecí al conductor de mi carro. Al bajarme del taxi, mis pies siguieron sigilosos al director de investigación, quien con mucho miedo caminaba por la calle de tolerancia. Mujeres, hombres, jóvenes, niños solitarios, ancianos desamparados, todos esos rostros por un momento permitieron que me olvidara de mi objetivo.

Cuando volví la mirada a los pasos del director, observé que con mucho sigilo entró en un prostíbulo. Me quedé allí, frente a la puerta del sitio, pensando en la fuerza seductora de la apariencia. Gracias al compañero, en ese instante pude comprender que para entrar o salir de aquel sitio primero habría que preguntarse a qué se le tenía miedo. Con miedo no podemos ser sinceros con nosotros mismos, y mucho menos con los demás. Dejé al director de investigación allí en ese sitio, y entre tanto yo me fui a mi casa. Me fui pensando: ¿qué se busca en esos sitios? Algunos psicólogos, psicoanalistas y psiquiatras han planteado varias teorías fundamentadas que en esos lugares se busca a una madre, aunque, pienso que se busca inconscientemente otras cosas, por ejemplo, la autodestrucción, la comprobación del hastío por vivir, el fracaso insoportable del sin sentido, el deseo de morir, la certeza de la miseria humana, la

prostitución de los cuerpos, el asesinato del ego, la locura de la noche y el desprecio de no estar a gusto con nosotros mismos. Estas cosas y otras más, pienso que están en los prostíbulos.

Al día siguiente, el decano me citó en su oficina para decirme que mi contrato no sería renovado. Pensé en preguntar, ¿por qué? Pero preferí darle las gracias, lo miré a los ojos y lo que hizo fue bajar la mirada. Dentro de los aforismos profundos escritos por Nietzsche, hay uno que me sirvió esa mañana para recitarlo mentalmente y darle también todo el crédito a Platón: “sólo el gran dolor, en tanto maestro de la gran sospecha, es el último liberador del espíritu”

Unos días después me enteré de que mi remplazo había sido el director de investigación. Razón sigue teniendo el filósofo alemán, estamos condenados a agradecer a los artistas, especialmente, a los creadores del teatro. Porque, “han sido quienes han proporcionado a los hombres ojos y oídos para escuchar y ver de modo placentero, lo que cada uno es, vive y quiere por sí mismo... nos han enseñado el arte de poder verse a uno mismo desde la distancia...”

Es fundamental el otro para preguntarme quién no soy, para poder resistir.

38

Dicen algunos psicólogos y psicoanalistas, que independientemente de la pérdida experimentada en la vida, es necesario realizar un duelo. El último día en la Universidad, me dispuse a recoger las distintas firmas de las personas encargadas de las respectivas dependencias administrativas. En esas oficinas en ocasiones se privan de preguntar las razones del despido. Quizás por miedo. El miedo impide un gesto de solidaridad, y no deja que aflore el sentimiento de gratitud hacia aquellos que compartieron con nosotros momentos gratos a través de un saludo, una palabra, un favor pedido o recibido..., en fin. Existen tantos motivos gratos que nos pueden hacer sentir que tuvimos por mucho tiempo en un sitio donde intentamos humanizarnos. Toda despedida está contagiada de nostalgia. El momento de la despedida es indescriptible.

Esa mañana recogí firmas para avalar que yo estaba a paz y salvo. Expresión tan religiosa y tan moralista insertada en la cultura.

Religión es sinónimo de esclavitud cuando la creencia no es auténtica, decía yo siempre a mis estudiantes cada vez que me preguntaban sobre estos temas en clase. Se inventa la culpa, luego el lugar donde expiarla. Me dirigí a la biblioteca, porque inconscientemente a veces se empieza la despedida

por el mismo lugar que se ingresó. Visitaba la biblioteca todos los días. La biblioteca ha sido mi templo sagrado. De cualquier universidad era el primer sitio que visitaba, porque me recordaba los tiempos idos, en que a solas podía meditar sobre un gesto sincero que nace de la humildad de escoger un libro para leerlo sin saber qué se va a encontrar.

En varios momentos estando en la biblioteca pensaba en esas personas de servicio general, que, todos los días, se levantan a trapear los mismos pasillos extensos de la Universidad, de la empresa, de la organización, o de la escuela. Cuánta humildad en esa gente que nos enseña a limpiar las suciedades de cada día como cuando tomamos la decisión de limpiarnos de tanta hipocresía. Los gestos sinceros y cotidianos de estas personas nos revelan sutiles verdades. Estaba meditando en esto mientras subía las escalas hacia la oficina de la directora de la biblioteca. ¡Buen día!, le dije, pero ella, sin mirarme a duras penas, contestó el saludo, concentrada en la pantalla de su computador. ¡Buen día, profesor! Me respondió. Por la voz me reconoció. En ese momento, pensé en la frase que aparece cada vez que intentamos ingresar a navegar en Google: “No soy un robot”, ahora se cambiaba por la de “Soy un robot”. ¿Quién iba a pensar que tenía al frente un robot?

Le dije a la directora:

— Por favor, necesito la firma para verificar que no tengo ninguna deuda en la biblioteca.

Con las sinceras personas jamás debe existir deuda alguna, algo parecido al agradecimiento mutuo que debemos tener por los libros que acariciamos. Deberíamos agradecer a quienes los escribieron y siguen viviendo en sus palabras, deseosas de lectores buscadores sin saber, en principio, qué buscan. Una biblioteca es un cementerio que engendra vida. Frente a una biblioteca solo puede brotar la gratitud,

porque nos ayuda a embellecer el espíritu y nos recuerda que el mundo es más fascinante cuando nos despojamos de prejuicios, y reconocemos que no somos nadie, en sentido académico e intelectual.

Sin mirarme la directora me dijo:

- ¡Con la secretaria, profesor! Entonces, me dirigí a la oficina de la auxiliar.... ¿Para qué un director o un decano si con una eficiente secretaria basta y sobra?
- ¡Buen día!
- ¡Buen día, profesor!
- ¿Cómo estás?
- Bien, ¿y usted?
- ¡Muy bien!... Hablé con la directora. Era un decir de protocolo instaurado en el lenguaje del establecimiento. Por favor, necesito la firma para...
- ¡Claro que sí, profesor...!

Solo tuvo que cambiar el documento por otro con la firma escaneada de la directora, y todo resuelto... ¡Así de sencillo! Por el pasillo, me dirigí a la salida de la biblioteca, y de paso saludé a la señora que casi todos los días me llevaba café a la oficina, mientras yo leía y establecía los objetivos de la clase. Cuando le conté a la señora Dora que ese era mi último día en la Universidad, se le empañaron los ojos y a los dos se nos entrecortó la voz. No pude contener las lágrimas. Ella me llevó a la cocina; ese sitio donde se planifica y administra el día y la vida. Me derrumbé en sus brazos entre tanto trataba de consolarme pasando las manos sobre mi espalda; me hizo sentir que no estaba solo en mi sufrimiento. Cerré los ojos, y me transporté cuando tenía diez años, vi a mi madre en la cocina, consolándome en medio de lágrimas, por la mordida de un perro callejero.

Cargado de reproches me preguntaba ¿por qué, a mí?

La señora Dora seguía consolándome con voz de madre: Así es la vida, profe. Pero, recuerde: yo sí sé quién es usted: una excelente persona. Se nota en el trato sincero y honesto que nos ofrece, a los de servicio general. Sé cómo te aprecian los estudiantes, eres un profesor ético, honesto, sincero y muy humano. Con tus palabras tocas la vida de quienes tienen la dicha de compartir contigo un poco de conocimiento. ¡Ánimo! Para quienes Dios ama, las cosas suceden para bien.

Sus palabras, robadas de los dichos populares estaban contagiadas de sinceridad y de compasión. Sentí nuevas fuerzas para seguir recogiendo firmas de otras instancias institucionales, donde el panorama no cambió: robots que ni miran, ni sienten, ni se conmueven.

Me firmaron los documentos para obtener el paz y salvo. Cada paso dado en los pasillos me hacía más consciente de que tenía que irme de allí; Doña Dora me permitió comprender que en realidad yo era una excelente persona y un buen profesional y que, con mi partida, la Universidad perdía más. Los seres humildes en su forma de vivir implícitamente hospedan la recompensa en el simple acto de dar consuelo a través de un abrazo. Salí, convencido de que el amor a lo que somos nos dará tarde o temprano el premio sin haberlo buscado y con la certeza de que la gratitud habita en el sujeto que te recuerda lo que eres a través de una palabra sincera.

Con documentos firmados en mano, me dirigí a la puerta de salida de la Universidad. Desde la mañana, el sol se había engalanado de una luz resplandeciente. No era para menos. Sin percibirlo, me había preparado para el duelo. Ese día me había vestido a la altura, perfecto para la ocasión. El traje invisible interior tenía que estar armonizado con el exterior.

39

En la noche del día del despido tuve un sueño. Soñé que estaba en un bar ubicado en una esquina; allí, las mujeres acariciaban el rostro de los hombres que departían. Entre tanto, yo tenía una escoba en mano y barría todas las suciedades y las hojas secas traídas por el viento del aquel sitio. En eso estaba, cuando vi que se inició una disputa entre varios hombres, pero yo miraba simplemente, no me interesaba involucrarme en tal espectáculo y como si no fuera conmigo. Seguí barriendo. De repente, vi una mujer que salió de la calle oscura, al lado de los hombres que discutían y se me fue acercando. Era una mujer demasiado delgada y su piel estaba totalmente arrugada. Estaba en los meros huesos, pero caminaba. La piel arrugada de la mujer indicaba que había vivido muchos años. A pesar de que, tenía una postura envidiablemente erguida. No hablaba. Me indicó el camino moviéndome sutilmente los ojos. Sin temor alguno acepté la dirección que señalaba con ellos. Ella y yo caminamos en la dirección a un camino oscuro. De repente, oí una voz imperativa diciendo detrás: ¡No te vayas...!, ¡No te vayas...! ¡No te vayas...! Pero yo no hice caso; se trataba de una mujer que gritaba desde la esquina de

aquel sitio. Miré furtivamente, y no me importó. La extraña mujer y yo seguimos caminando entre tanto el camino se iba iluminando por unos rayos que penetraban las ramas erguidas de unos árboles, unos segundos después noté que esos rayos se hacían más intensos en el vestido desgastado de la mujer.

Dando pasos seguros en medio de la oscuridad de la noche vi cómo adentrábamos por aquel camino, el sendero resplandecía. La mujer me indicaba con gestos de sus ojos los rostros de los seres que íbamos encontrando a lado y lado del camino. Vi varios rostros demacrados por donde íbamos pasando. Los seres señalados estaban en medio de la basura, hurgando en los desperdicios de donde sacaban artefactos inservibles. Después de mucho caminar, me percaté de que nadie hablaba. La palabra estorba. El silencio solo exige ver de otra forma las mismas cosas para poder armar las piezas del rompecabezas que es la vida. Casi al final del camino vi a un joven sentado al lado derecho de un barril azul, rodeado no de basuras, ni de objetos, ni cosas inservibles, sino de extraños animales que adornaban su cuerpo.

Cada vez que nos acercábamos, la mujer y yo, a ese joven, fuimos viendo que los animales no eran tan extraños, cuando nos acercamos notamos que eran serpientes que subían y bajaban por todo su cuerpo. Mediante una mirada hospitalaria, la mujer me señaló con los labios la imagen más cercana del joven. Ante nuestra presencia, el joven se puso de pie y se sacudió las serpientes y se unió a nosotros. Ahora, los tres caminantes éramos seres inseparables de aquel camino, y con una mirada furtiva realizamos un pacto. Cuando desperté me puse a recordar el sueño. Sentí que la extraña mujer era la muerte. Así actúa. Va recogiendo suciedad por donde pasa. Señalando a sus propios hijos. Mostrando el camino hasta que llegamos a la reconciliación con nosotros mismos. La reconciliación es un júbilo. La muerte

es una bendición de la divinidad y hace del hombre una bella-miseria.

El encuentro con la muerte saca al hombre de la miseria y le ayuda a entender que no había nada que buscar fuera de sí. La muerte acoge a quien ella quiere. Ella tiene la facultad de elegir a su antojo. Es un derecho propio. Cuando desperté todo mi cuerpo estaba completamente en sudor. Me dirigí al baño y la imagen del espejo estaba riéndose de mí. Recordé una de las enseñanzas registradas en el libro *Análisis del Carácter* del psiquiatra Reich Wilhelm: “El problema está dentro de los atrapados” lo que significa que el problema no está en el establecimiento ni mucho menos en quienes lo dirigen, sino en quiénes se acostumbraron a vivir una vida de borregos.

40

Después de este sueño, me convertí en un desempleado más que escribe para poder estar despierto y atento a lo que sucede en mi cuerpo. Desde que fui despedido injustamente de la Universidad, no ha habido día en el que no sueñe.

Días posteriores. En un sueño apareció mi madre. Estábamos sentados en frente de una iglesia al lado de un hospital. Estando allí vi que de pronto entraba a esa iglesia el compañero de la facultad, el que poseía delirio de poder, el que siempre soñaba con encarnar al personaje Polonio de Hamlet.

Resulta que en una de las bancas traseras ya le esperaba uno de sus fieles servidores. Los dos se sentaron a conversar. El uno le hablaba al oído al otro. Mientras los observaba le dije a mi madre: ¡viste, de qué o de quién están hablando! ¡yo para eso no estoy aquí! Entonces me subí al andén para dirigirme a la esquina en la misma acera de la iglesia, cuando vi al frente mío al compañero de la universidad, montado en un caballo, aunque lo veía más pequeño de lo que era. Incliné la mirada, con la intención de no saludarlo, aunque la verdad era que quería verlo. Pasé rápido y llegué a la esquina. Me regresé por el otro lado de la calle, donde se encontraba mi madre. Le dije que nos fuéramos al hospital, pero el portero

nos dijo que podía ingresar una sola persona. Ya en la puerta le dije a mi madre: ¡espérame, aquí!, y entré. Mi madre muy astuta apenas vio que el portero se descuidó, entró. En el pasillo nos encontramos a una enfermera, y nos dijo: ¿buscan a Julio Antonio? ¡Vamos a buscarlo! Muy amablemente la enfermera nos acompañó. Recorrimos varios pasillos y varias habitaciones. Y al llegar a la habitación buscada y anhelada, nos dijo que no hiciéramos tanto ruido, porque lo podíamos despertar. Para mí y para mi madre fue una alegría indescriptible. ¡Papito! Exclamé. Mi madre me dijo: ¡shhhhhhhh...! Salimos. Entre tanto, mi papá seguía durmiendo. Entonces, mi madre me llevó al jardín del hospital y empezó a contarme cómo se habían conocido. Ese día llamé a mi madre a contarle el sueño, además de darle la noticia de que estaba sin trabajo.

Recuerde que, la dignidad nadie se la puede robar. El hambre es una forma pacífica de protestar. Me dijo. Esto se lo aprendí a su papá cuando empezamos a convivir. “Dios proveerá”. Así es la vida. Y cuando iba a colgar el teléfono me dijo: ¡yo también soñé contigo!

41

Una mañana de enero, me desperté en la madrugada. Un silencio acogedor me envolvió y me animó a escribir el sueño que me había regalado la musa:

Dice Rosa Montero que “cuanto más te gusta la idea de lo que vas a escribir, más miedo te da no estar a la altura de tu musa”.

Soñé que estaba en un lugar con mucha gente; yo estaba sentado frente a una tarima. El presentador anunciaba que ya había llegado el escritor, el amante de la escritura como integración auténtica del yo; pese a lo cual, había que esperarlo un poco más. Pero minutos antes yo lo había visto entrar y se había quedado detrás de unas cortinas largas que adornaban la tarima. Vestía un pantalón de dril gris, y camisa de manga corta color verde aceituna. Tenía la cabeza poblada de canas, y los ojos lucían enmarcados en sus lentes. Una mujer estaba detrás de mí.

Cuando el presentador terminó de anunciar al invitado, este subió a la tarima, en la que se quedó por poco tiempo. Saludó a los presentes y su discurso era una cascada de palabras y de sentimientos de agradecimiento. Gracias por la asistencia. Gracias por el interés de leer mis libros. Pero no era Nadie. Decía. Sentía que estaba aludiendo al gran Ulises.

Escribo Nadie con N mayúscula por la insistencia en que Él lo expresó. Entonces, se bajó de la tarima, con micrófono en mano. Apenas lo vi que se me acercó, todo mi cuerpo temblaba con violencia. Pasó delante de mí y se dirigió hacia el centro del auditorio y se sentó en medio de gentes serviciales. El anunciante seguía hablando, explicando y notificando quién era aquel invitado. Y cada vez que agregaba algo de su biografía, mi corazón latía con mucha más emoción; mis piernas temblaban; era toda una conmoción temblorosa. Pensaba en aquel instante consciente en que había deseado conocerlo en persona. Antes de entrar a aquel escenario al lado de la tarima, dejé los nueve libros de su autoría que había leído al lado de mi silla. Todos estaban rayados, resaltados, releídos y ubicados en el mismo sitio donde los había dejado minutos antes que mi escritor se hubiera dirigido a todos los presentes. Los libros estaban organizados según la fecha de publicación.

Pensaba que estaba próximo a que se me cumpliera ese sueño de que me autografiara uno por uno cada libro. Me veía pasándole libro por libro; me anticipaba; miraba su forma de escribir; deseaba que me preguntara mi nombre. Mis ojos radiantes de alegría podían por primera vez verlo escribir. Era mi más hermoso sueño intelectual hecho realidad.

Por un instante me fijé en ese sitio donde había dejado mis libros. De repente, la mujer que había estado todo el tiempo de la presentación detrás de mí, se levantó y le preguntó al escritor: ¿para qué analizarnos a través de la escritura? El rostro de esa mujer me pareció conocido, pero yo no tenía certeza en dónde era que la había visto. El escritor no respondió. Ante el silencio, la mujer se indignó. Unos segundos después, se dirigió violentamente y por la espalda, tomó la cabeza del escritor con las manos, zarandeándolo hasta enfurecerlo. Él reaccionó todo

indignado; se levantó de la silla; tiró el micrófono al suelo; se dirigió fuera del auditorio.

Sentí que en ese instante mi sueño de que me autografiara los libros se me estaba escapando. Entonces volví a sentirme como niño huérfano. Salí corriendo detrás de Él. A pesar de que lo sentía amenazante, le insistía vehementemente:

— ¡No, por favor, no se vaya sin autografiar mis libros, por favor!, ¡No se vaya!, ¡No se vaya!, ¡No se vaya! Porfavorporfavor. Le suplicaba con lágrimas. Logré retenerlo con mis intensos ruegos, nacidos desde lo más profundo de mi ser.

Ya más calmado me dijo:

— ¿Dónde están los libros para firmarlos?

Antes le había dado las gracias, pero cuando entré a buscar los libros ya no estaban. Desesperado preguntaba:

— ¿Dónde están mis libros?, ¡yo los había dejado aquí!, ¡¿Dónde están?!

Ninguno de los presentes me decía absolutamente nada. En medio de la desesperación, con los ojos invadidos de lágrimas, me di cuenta que cuatro de ellos los había escondido la misma mujer que había ofendido a mi escritor. Desafié a la mujer hasta que confesó que había vendido los demás libros. Con ira le pregunté: ¿cómo se le ocurre vender algo que no es suyo?!

Me dijo que creyó que no tenían dueño. La respuesta hizo que me desplomara en el suelo sin consuelo. En medio del llanto le pregunté a quién de los presentes se los había vendido, pero ella no respondió. Un silencio intimidante se apoderó de ella. Empecé a sentirme intensamente humillado, entre tanto, recordaba los diversos colores con que resaltaba los párrafos meditados en cada uno de los libros leídos.

La descarada mujer respondió que le habían dado noventa mil pesos por cada libro. Miré alrededor y efectivamente algunos asistentes asilaban en sus manos mis libros. Entonces les dije: ¡ellos nunca van a leerlos!, ¡ellos no entienden lo que está escrito allí!

En toda esta escena vi que el escritor de la búsqueda del auténtico yo había permanecido en profundo silencio; un silencio liberador. El escritor se me acercó sin pronunciar palabra y colocó su mano sobre mi hombro. Me ayudó a levantarme. Le miré y sentí en lo profundo de mi ser que nunca se había ido de allí, que siempre estuvo contemplando la escena. Me acompañó a enfrentar a la insensible mujer; su gesto me dio fuerzas para golpearla en la cara. Varias veces, y desesperadamente, le pegué para desquitarme de la ofensa que me había propiciado. Le pregunté: ¿Cómo te atreviste a vender mis libros?!, ¿No sabes lo que significan para mí?! Con estas preguntas contagiadas de valor la desafié. Ella salió corriendo del auditorio. Sentía vivamente la presencia del escritor no solo física sino también espiritual. La palabra es espíritu. Unos minutos después salí corriendo a la calle. Buscaba desesperadamente a un policía para que la mujer respondiera por su acto. En medio de esa situación me encontré con una niña, quien al verme en tal estado me dijo:

- ¿qué le pasa?!
- ¿Viste a esa mujer que acabó de salir por esa puerta?
- Sí.
- Pues, ella cometió una imprudencia contra mi escritor favorito.
- ¡No te preocupes, siempre ha sido así! ¡Después que engendra, ella misma asesina a sus propios hijos!, me dijo como si la conociera.

- ¿Cómo te parece que no cree que la escritura sea una posibilidad de análisis en búsqueda de un yo auténtico?

Me desperté entonces con una sensación de que era el inicio de un viaje desde la escritura; con todo, no era consciente del mensaje, ni mucho menos de los símbolos contenidos en aquel destello que activó mi deseo de saber quién no era, no sin antes tropezarme con las raíces de mis padres.

42

Cuando éramos niños nos reuníamos en la esquina del barrio a preguntarnos: ¿qué quieres ser cuando seas grande? Cuando pienso, en la urgencia de educar desde los sentimientos idóneos forjadores de valores existenciales, desde el corazón, desde la condición materna, desde la necesidad de cuidar, desde las distintas formas de enseñar y desde la honestidad, traigo a colación, el relato de mi amigo José Gregorio; le decíamos “Jota Ge”. Nunca pudo ir a la escuela. Un niño que llegó crecido al barrio un día jueves por la noche. De lunes a viernes en horas nocturnas ningún niño se quedaba en casa. Cada día con su noche nos permitía reunirnos en la esquina del Barrio Abajo. Barrio Abajo porque nacimos en una casa ubicada en la zona baja del pueblo, según me contaba mi madre.

Ella me contaba historias sobre la fundación del pueblo ubicado en medio de dos ríos, Magdalena y Cauca, había sido supuestamente descubierto por españoles conquistadores y trajeron la arquitectura y calles y las bautizaron con nombres de próceres de España; años después nos enseñaron que ellos eran los héroes de la patria y con esta enseñanza generaron una división no solo social sino espiritual

en el pueblo. Me decía que la religión que trajeron los españoles tuvo el detonante de la violencia. Las familias ricas quedaron considerablemente separadas de los linajes pobres. Ella me contaba repetidamente estas historias.

A mi madre le tocó la época en que los padres, en especial el padre, creía que la educación a la mujer era una inversión innecesaria, un tiempo desperdiciado. Aunque ella no fue a la escuela, un año después de la muerte de mi padre, sacaba tiempo en la noche para contarme las leyendas que hablaban de un conocimiento amplio; tenía tantas tesis como para un doctorado de historia, de filosofía, de teología, de literatura, en fin, de todas las disciplinas del conocimiento, porque me enseñó a través de las narraciones, que una tesis doctoral simplemente es la alegría de haber encontrado la causa que ha generado algún problema, primero personal, luego académico. Leemos acorde a la enfermedad que padecemos.

Había una esquina favorita para todos los niños del barrio. Allí en ese lugar para las conversaciones, tomábamos las decisiones, hacíamos pactos y establecíamos las reglas. El juego brindaba la experiencia de que todavía éramos niños y se tenía la sensación de que la infancia era eterna. Aquella esquina conservaba muchos recuerdos de quienes fueron mis mejores amigos. Aquella noche, nadie quiso jugar, tomamos la decisión de conversar, una manera de oír las palabras del otro que exige disposición para oír y escuchar.

Mi madre me contó sobre la procedencia de Jota Ge, quien hacía parte del grupo. Era un niño huérfano; su madre ni siquiera sabía con quién lo había engendrado, y lo más grave, no tenía forma de alimentarlo, por lo que prefirió regalárselo a una de sus vecinas, a la señora Natividad Navarro.

Jota Ge era el símbolo del destierro y la fuerza descomunal. Como desde niño su cuerpo era vigoroso, reflejaba una fuerza poderosa que mostraba lo que sería cuando grande. Algo de su físico recordaba al protagonista de El hombre increíble. Como no lo habían bautizado, se levantó sobre él una gran calumnia: iría derecho al infierno.

Aquella noche oscura, Jota Ge se sentó en la palabra para responder a la pregunta sobre lo que quería ser de grande. Esta es la pregunta obligada para todo infante. Nos dijo que quería ser soldado de la patria para defender a Colombia. Y no estuvo muy lejos. Con el paso del tiempo, se convirtió en un Hércules adolescente y ya con dieciocho años ingresó al Ejército Nacional.

Apenas lo vieron sus superiores militares, quedaron admirados por la escultura física de este joven. Era un Louis Jude Ferrigno. Cada músculo contenía fibras resistentes y fuertes. En ocasiones le gustaba levantarme cuando yo estaba descuidado. Me hacía sentir como una hormiga en manos de un Gigante. El inmenso deseo de ser soldado se le cumplió, más nunca lo volví a ver. Por mucho tiempo estuve esperando noticias de él, pero fue imposible. Meses después de su juramento de bandera en el Ejército Nacional, se tuvieron noticias de él en el barrio: que estaba en Carepa-Antioquia; que estaba bien. Eso dijo un amigo del pueblo, que se había ido junto con él, ese mismo día. Le contó a la señora Natividad Navarro, que Jota Ge no quería regresar a su pueblo; esta se lo dijo a mi madre. Además, dijo que estaba muy contento porque apenas lo vieron los superiores militares le prepararon y le asignaron el M-60.

Cuando oí que, Jota Ge no quería regresar, pensé: ¿qué deseo va a tener uno de regresar a un lugar donde lo han humillado, maltratado e irrespetado tanto?

Jota Ge, fue un niño que no tuvo infancia. Recuerdo que, en la casa donde vivió, fue el sirviente, obligado a ejecutar todos los oficios del día. Cuando los cumplía, se iba a ver televisión a mi casa, sin embargo, era sacado con fuertes latigazos ante los que yo no podía hacer nada. Todos en aquella casa lo ultrajaban. Era un niño con cuerpo de adulto. Le decían que no tenía derecho de ver televisión. ¿Para qué quería volver? Yo, sí quería verlo, luciendo su impecable uniforme de soldado, de color verde tigrillo, como decíamos los niños en aquella época, pero no lo logré. José Gregorio estaba bien por lo menos, eso pensé.

El tiempo pasó. Estábamos jugando un jueves por la noche, cuando oí llantos al lado de mi casa. Me acerqué. Algunas mujeres entraban y salían de allí; otras lloraban; otras tenían rostro de angustia. No entendía, absolutamente, nada. Una de ellas entre lágrimas gritaba: ¡lo mataron!, ¡lo mataron!, ¡lo mataron!, y en medio de su dolor expresó lo que un niño jamás debería oír acerca de la vida de un amigo: ¡que habían matado a José Gregorio! Salí corriendo para mi casa a contarle la noticia a mi madre.

— Mami, mami ¡mataron a José Gregorio! Junto a ella lloré la muerte de mi amigo.

Tres días después llevaron su cuerpo al pueblo. Un cortejo de soldados le rindió honores. Esperé la noche, entré a la sala de su casa, donde yacía su cuerpo inerte y me llené de fuerza y valor para ver su rostro con muchos orificios por última vez. De nuevo lloré desconsoladamente.

Salí de allí con un dolor profundo en mi corazón; me hice al lado de algunos soldados que estaban conversando sobre la fuerza descomunal de Jota Ge. Decían que se había enfrentado él solo y por mucho tiempo, contra un grupo de guerrilleros que los habían acorralado en las montañas del municipio de Carepa–Antioquia. Su sofisticada M-60 se le

había quedado sin municiones; intentó camuflarse en medio de la selva, pero uno de los guerrilleros lanzó contra él una granada que le impactó todo su cuerpo.

Admiro la valentía de Jota Ge, por haber muerto defendiendo su patria. Pienso en el deseo que pudo sentir cuando hospedó en sus manos el M-60, y concebir la oportunidad de vengarse del abandono de sus padres y los maltratos de las personas que lo adoptaron y lo humillaron.

Estaba enfrentando a guerrilleros sediciosos eran sus representantes inconscientes de las personas que le habían hecho daño por ser un niño huérfano. Jota Ge no pudo escapar de los maltratos del alma. Si hubiese estudiado, tal vez yo estaría escribiendo un relato distinto sobre un amigo al que quise mucho. Después de haber leído las obras de Nietzsche — mis libros preferidos en filosofía—, siempre he sentido profundamente que su Übermensch, el superhombre, es un niño.

Epílogo

Escribimos nuevas y diferentes historias con los interrogantes existenciales de siempre. El hecho de formular preguntas sobre ¿quién soy?, ¿quién no soy?, ¿quiénes fueron mis padres?, ¿por qué me comporto de tal manera?, ¿por qué hago lo que hago?, ¿cuál es el origen de mis miedos?, ¿qué lugar ocupo en este mundo?, ¿para qué nací?, ¿cuáles son mis talentos?, ¿cuál es mi vocación?, ¿a qué fui llamado?... es un reiterado acto auténtico que actualiza la herencia recibida de nuestros padres. Nuestro único objetivo es generar una fisura que desarticule ese círculo de hábitos heredados. No es seguro que logremos vivir de manera diferente a nuestros progenitores y si logramos descubrir nuestra vocación habrá sido también gracias a ellos, más allá de nuestras capacidades.

Los talentos son regalos que un día pueden no estar. Cuando los descubrimos nos ayudan en el proyecto consciente de la afirmación de nuestra singularidad. Nuestro viaje como mortales es tan parecido... A veces parece que solamente se trata de un cambio en los nombres de los personajes y de los lugares.

En algún momento hemos deseado materializar la idea de vivir en un mundo mejor comparado con este que nos tocó en suerte. Tal deseo inicia con los actos heroicos y termina con la muerte del adversario, un adversario a veces consciente, si bien es más inconsciente.

Me hice profesor de filosofía. Vocación y llamado son cosas muy distintas que solemos confundir y mezclar. Tener vocación es hacernos conscientes de nuestros talentos y vivir a partir de ellos; es responder a ese llamado. Todos tenemos talentos, al menos uno; comúnmente ocurre que los desperdiciamos. No descubrirlos es estar condenados a destruir el mundo. La posibilidad de vivir consciente a nuestra vocación y a nuestro llamado es ser honestos con nosotros mismos.

Antes de escribir este texto había leído libros de psicología, entre los cuales destaco los de Alice Miller, cuya obra se centra en historias de personas que vienen de hogares donde la violencia de alguno de los progenitores era el pan de cada día. A través de sus textos, entre los que se encuentra: El drama del niño dotado, La llave perdida, Por tu propio bien, El saber proscrito, El cuerpo nunca miente y Salvar tu vida, me fui adentrando a esas teorías de la psicología que nos ayudan a formular la pregunta, ¿quién no soy? que amplía la reflexión de una búsqueda y construcción de un auténtico yo.

A partir de este interrogante quise saber por qué me habían despedido del trabajo, por qué pasó eso y cómo revertir lo que me sucedió. Años después fueron llegando los libros con los que pude dialogar como los de Carl Gustav Jung, Arthur Janov, Wilhelm Reich, Andrew Solomon, Alexander Lowen, Melanie Klein, Viktor Frankl, y el Método de Konrad Stettbacher, que consiste en describir la situación y las emociones, vivir y manifestar los

sentimientos, cuestionar la situación y expresar las necesidades.

En El drama del niño dotado Alice Miller nos dice que “la experiencia nos enseña que en la lucha contra las enfermedades psíquicas, únicamente disponemos, a la larga, de una sola arma: encontrar emocionalmente la verdad de la historia única y singular de nuestra infancia”. A partir de este párrafo empezó mi viaje. Quería construir un auténtico yo, y para hacerlo era necesario conocer y entender parte de mi infancia.

Este libro nace en enero de 2021, un mes después de haber sido despedido de una universidad en la que había trabajado durante nueve años.

Una noche me senté a escribir estos relatos que ahora comparto. Inician recordando la despedida de mi padre y preguntándome quién no era yo. No obstante, esta pregunta está relacionada con el secreto que guardaba mi madre y que nunca me reveló y tanto me costó entender después que murió. Siento que de ese secreto vivió y se alimentó todo el tiempo. La búsqueda que un día emprendemos nace por el deseo de saber quiénes somos, y quiénes no. En este viaje nos tropezamos con tiempos trágicos y cómicos, pero así es la vida. Lo más importante es recorrerlo y llegar tranquilos algún día a nuestro puerto de llegada.

Siento que en esto está nuestro mayor tesoro: convertir lo inconsciente en consciente.

La educación que nos había posibilitado nuestra madre estaba conectada con el pensamiento de David Cooper, un psiquiatra quien escribió en su obra *Psiquiatría y Antipsiquiatría* que “La tarea de una madre no consiste solo en engendrar un niño, sino en producir un campo de posibilidades en el cual el niño puede convertirse en una persona distinta de ella misma”. El viaje es fascinante cuando el interrogante es: ¿quién no soy? Somos

únicos, pero, inconscientemente, somos muchos, y la respuesta a este interrogante es otro: “¿cómo se puede llegar al lugar donde sin saberlo, se ha estado siempre?” nos dice Alice Miller. La vida es una aventura y la escritura es el arma para liberarnos del secuestro de Calipso.

Las teorías psicológicas y psicoanalíticas que dicen que nuestras problemáticas provienen de experiencias infantiles de maltratos físicos de parte de los adultos, incluidos la madre o el padre, no se cumplió ni en mí, ni en mis hermanos. Nuestra madre tan solo le pegó a mi hermano José, una sola vez, a pesar de que, para mí fue una escena tan dolorosa que al escribirla pude liberar un poco ese dolor que sentí aquella mañana.

La escritura me hizo entender que tal vez ella se sintió frustrada en ese momento porque él, siendo un niño, no entendía lo que inconscientemente ella le intentaba transmitir.

La educación es el camino, si bien, es necesario preguntarnos: ¿qué tipo de educación es la que nos puede transformar en sujetos honestos?

En estas páginas quise compartir el deseo de escribir para liberarme un poco de mis miedos; sigo buscando un lugar y me sigo preguntando: ¿quién soy?

Espero que la lectura y la escritura sigan siendo mis amigas y aliadas para combatir mis propios fantasmas en la noche oscura de este asombroso Universo. Ya sé quién soy: Soy Vida. Somos Vida.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Editores Publicidad, en octubre de 2023.
Para su elaboración se utilizó Propalcote 250 g. en la carátula
y bond avena 90 g. en páginas interiores.
Fuente tipográfica para el texto Minion Pro 13 pt.



**Editorial
Uniclaretiana**



Uniclaretiana
Fondazione Uniclaretiana Giordano